LEOPOLDO LUGONES

MI BELIGERANCIA

BUENOS AIRES
OTERO Y GARCIA, Editores
856-Perú-858
1917

MI BELIGERANCIA

OBRAS DEL AUTOR

VERSO

Las Montañas del Oro	(agotado)
Los Crepúsculos del Jardín	»
Lunario Sentimental	»
Odas Seculares	»
El Libro Fiel	»

PROSA

La Reforma Educacional	(agotado)
El Imperio Jesuítico	(2.ª edición)
La Guerra Gaucha	(agotado)
Las Fuerzas Extrañas	»
Piedras Liminares	»
Prometeo	»
Didáctica	»
Historia de Sarmiento	»
Elogio de Ameghino	
El Ejército de la Iliada	
El Payador (tomo primero)	

LEOPOLDO LUGONES

MI BELIGERANCIA

BUENOS AIRES
OTERO Y GARCIA, Editores
856-Perú-858
1917

D
523
L85

PRÓLOGO

He creído que la eficacia con que algunos de mis escritos contribuyeron a esclarecer en este país el concepto de nuestra posición y de nuestros deberes ante la guerra, duraría más si coleccionaba yo aquellas páginas; pues, aunque su relativo mérito dependiera en gran parte de la oportunidad circunstancial, uno mayor y permanente asignaríamos, de suyo, los principios de verdad y de honor en ellas expuestos.

Las potencias de opresión realizan una doble campaña: la militar en las zonas de guerra y la mental por doquier. Pues, como esta lucha constituye, ante todo, un problema espiritual, así concierne a la humanidad entera; siendo, precisamente, los más interesados en materializarlo, bajo el concepto de una guerra defensiva, como tantas que hubo, quienes le dieron aquella trascendencia con su propaganda.

Esta labor germánica, que constituye una prueba más de menosprecio al resto de la especie humana, con suponerla crédula de patraña tan vil, consiste en sostener que los imperios centrales fueron agredidos por una coalición que Inglaterra dirigía. Ellos no habrían hecho otra cosa que adelantarse con previsión al peligro, consistiendo su modesta aspiración en conservar el territorio, y en que las cosas vuelvan a su estado anterior, como si nada hubiera pasado.

Semejante política empieza con la derrota del Marne; pero, antes de esto, seguros los imperios de un triunfo cuya preparación no habían intentado ocultar, y que abarcaba todos los dominios del alma y de la materia, "pangermanizadas", por decirlo así, nada disimularon su carácter de agresores.

No produjeron las pruebas de aquella coalición que debía atacarlos en ese momento, justificando, así, la "guerra preven-

tiva". No las produjeron entonces ni después; de suerte que esto es una mera afirmación, desmentida por el hecho de la agresión misma. En cambio, declararon que los tratados son retazos de papel, que la necesidad no reconoce ley, y que, invadiendo a Bélgica, violaban el derecho: propósitos tan agresores, que constituyen todo un padrón de barbarie.

Al propio tiempo, pudo comprobarse por las resultas, que los países de la pretendida coalición no estaban preparados; correspondiendo a Inglaterra, su presunto jefe, la máxima deficiencia. Tratándose de pelear con las dos primeras potencias militares del mundo, semejante imprevisión era inadmisible. Se dirá que lo explicaba la incapacidad militar de dichas naciones. Pero, Inglaterra, la más descuidada, precisamente, se ha encargado de probar lo contrario con asombrosa prontitud. La misma intención de agredir, atribuída a los adversarios actuales del bloque teutón, resulta, pues, insostenible.

Por otra parte, después de declarar el imperio alemán con la palabra no contradicha de su canciller, que, invadiendo a Bélgica, violaba el derecho, pero que debía hacerlo como una suprema necesidad, pretendió haber tenido razón para efectuarlo, en ciertos compromisos de Bélgica con Inglaterra, según los cuales aquella nación resultaba violando su propia neutralidad. Mas, tampoco produjo la prueba del caso, agregando, así, la calumnia al crimen. Este procedimiento ha caracterizado siempre la hipocresía de los déspotas. Era el sistema predilecto de la inquisición; y así como cubrió de imborrable oprobio a la España de los Austrias, ha impuesto eterno baldón a la Alemania de los Hohenzollern.

Europa iba a la guerra por exageración de su militarismo. La paradoja cuartelaria que pretende asegurar la paz con la preparación para la guerra, habíase vuelto insostenible, y el lector verá más adelante cómo lo tenía yo anunciado. Pero, quien mantenía el sistema en crecimiento indefinido, era el imperio alemán que así determinaba el armamento de toda Europa. Su diplomacia hacía fracasar sin remisión cualquier intento de suprimirlo o limitarlo. Sus créditos militares obtenían la unanimidad del parlamento. Y no podía ser de otro modo. "La industria nacional de Prusia es la guerra", había dicho Mirabeau. Cuando Prusia realizó la unidad alemana, lo hizo convirtiendo en cómplices de semejante "industria" a todos los estados de la confederación. La prenda de unión fué

una presa: la Alsacia-Lorena, que por eso es llamada "tierra de imperio", y que resulta, así, el verdadero vínculo federal.

Semejante modo de constituir la patria, era el mismo de la antigua barbarie prolongada de esta suerte en el militarismo alemán. El mismo de todas las "unidades" germánicas.

Nada, pues, más distinto de nuestro concepto, en cuya virtud la patria reconoce como fundamento una necesidad moral, que es la justicia: el concepto greco-latino, ante el cual afirma una inmoralidad el fundamento de la patria germánica. Esto es lo que, desde el fondo de la historia, llaman los hombres idealidad y materialismo, civilización y barbarie.

Con ello, también, el germanismo, lejos de ser, como lo pretende una filosofía superficial, causa de vigor para los pueblos greco-latinos que lo adoptan por voluntad o lo soportan por conquista, los conduce a la ruina y a la barbarie. Es el germen maléfico, por su antagonismo substancial con la constitución moral e histórica de los pueblos greco-latinos. Recordemos lo que sus dos germanizaciones, la de los visigodos y la de los Austrias, produjéronle a España: fenómeno digno de mención, puesto que concierne directamente a nuestra raza. Negra barbarie, caracterizada por la crueldad brutal y la violación de los tratados, es lo que sustituyen a la decadente molicie de Roma, los bárbaros del Norte; y al propio tiempo, una debilidad tal, que bastan doce mil musulmanes para conquistar la Península. Análogos resultados con Carlos V y los sucesivos Felipes: la muerte de la libertad foral, la inquisición, el funesto delirio del *Imperio Cristiano,* el odio del mundo entero, la derrota y la decadencia.

Algo, pues, más importante, si cabe, que el propio amor a la libertad, nos mueve a tomar en esta contienda el partido de los aliados: nuestra constitución histórica, para la cual el germanismo es amenaza de muerte.

Porque, aun suponiendo que el bloque teutón triunfara: las naciones vencidas quedarían ahí, tan desmedradas como se quiera; pero quedarían. Tarde o temprano, nuestro temperamento, nuestros vínculos de todo género, nuestra misma situación geográfica, hacia ellas nos inclinarían. No en vano tenemos sangre española que ya va promediando con la italiana, cultura francesa, instituciones sajonas...

Fantástica, igualmente, la suposición de quienes creen que el triunfo alemán, equilibrando la potencia de Inglaterra, nos

garantiría indirectamente contra pretendidos posibles abusos de esta última nación. En tales casos, los fuertes, lejos de estorbarse entre sí, fácilmente se unen contra el débil. Así lo hizo ya Alemania en América cuando la intervención a Venezuela en 1902, bombardeando los fuertes de Puerto Cabello y el Castillo de San Carlos, y echando a pique un velero mercante cuya tripulación abandonó en un bote, sin darle más que diez minutos de plazo; con lo cual se ahogaron algunos hombres.

Esto, para no hablar de la inmoralidad y la estupidez que comporta ser germanófilo después de lo ocurrido con Bélgica y con Servia. La admiración de tales crímenes, tiene el mismo origen que la pasión histérica de ciertas degeneradas por los grandes asesinos. Es una mezcla de prostitución sentimental y de siniestra pedantería.

Tampoco es admisible que las cosas puedan quedar lo mismo. Esto solamente lo llegan a concebir los militaristas teutones y los socialistas, con su famosa proposición: paz sin anexiones ni indemnizaciones. O de otro modo: impunidad del criminal que nunca dejó de serles irresistiblemente simpático y preferible a la víctima.

Pero, cualquiera que fuese el resultado de la guerra, las cosas no quedarán como antes. Ahora mismo, no son ya lo que fueron. Los poderes de la antigua legalidad, incluso las diputaciones socialistas, son cáscaras vacías. La guerra ha servido para definir por las preferencias suscitadas, el verdadero carácter de las doctrinas que practicaban, a su vez, la industria del humanitarismo. Así la neutralidad del Papa, la decisión germanófila del socialismo en todo punto del globo donde puede manifestarla libremente y traicionar con ello a la libertad, cuyo lenocinio ha desempeñado como una rama del pangermanismo.

El lector hallará más adelante, en una correspondencia de 1913 a *La Nación,* titulada *La Europa de Hierro,* esta frase terminante: "El socialismo será militarista mañana".

Tratábase de los créditos militares votados al emperador alemán. Y ello adquiría muy significativo carácter, puesto que siendo el *Reichstag* un cuerpo revisor del presupuesto, a título prácticamente consultivo y nada más, pues no lo inicia ni forma (1)

(1) Quien prepara el presupuesto, es el canciller, representante directo del emperador, el cual lo nombra sin ingerencia alguna del parlamento; y quien lo inicia, discutiéndolo y sancionándolo prime-

la teorización pacifista resulta en él tan cómoda como inofensiva. En cambio, y por lo mismo, toda declaración de ese género, redobla su importancia como expresión moral, puesto que otra cosa no es. Lo que los socialistas aceptaban, pues, al votar los créditos militares, era la doctrina del militarismo alemán. Se dirá que los socialistas lo efectuaban como patriotas alemanes, no como socialistas. Pero, el socialismo es internacional y antipatriota.

La guerra ha evidenciado, entre tantas cosas, que este aspecto de la doctrina era para la exportación, y con el objeto de debilitar a los pueblos, súbditos o enemigos presuntos, ante el militarismo alemán: traición que constituye la índole política del bárbaro. Así, en la agresión germánica, el socialismo ha desempeñado un papel más repugnante que el de los mismos espías. Y al ser aquélla una jugada que sus autores suponían inevitablemente triunfal, el germanófilo apareció por doquier bajo la máscara del sectario.

Todo esto ha sido menester verlo venir (1), estudiarlo, com-

---

ro, es el "Bundesrath", consejo formado por los delegados de los reyes y príncipe que mandan en los veintidós estados autocráticos del imperio, más las tres ciudades libres que integran aquella confederación. Dicho consejo no tiene el más mínimo carácter representativo.

(1) Un detalle, entre muchos que hallará el lector al recorrer las correspondencias anteriores a la guerra, que el texto contiene, lo precisará claramente: En enero de 1912, dije desde París al diario "Sarmiento" de Buenos Aires (correspondencia publicada a principios del siguiente mes) refiriéndome a la situación de Italia en Africa: "Mientras sus dos aliadas de la "Tríplice" formábanle, así un estorbo, la "Entente" iba a darle la ocasión y el consentimiento de realizar sus deseos, como sucedió, en significativa coincidencia, al definirse con un protectorado francés en Marruecos la última cuestión franco-alemana; de manera que en el terreno de los hechos, Italia se halla fuera de la "Triplice". Que su gobierno declare otra cosa para evitarse complicaciones en estos momentos, nada prueba. La opinión muéstrase calurosamente decidida por Francia; sus manifestaciones no pueden ser más inequívocas; y tanto así, que D'Annunzio en la tercera de las magníficas "Canzone" con que va celebrando la guerra, "La canzone d'Elena di Francia", precisamente, interpreta ese sentimiento, presentando la actual empresa italiana como el desquite de la derrota de San Luis en la séptima cruzada. La prensa y la opinión alemanas, no han escatimado a Italia los calificativos duros con motivo de la empresa; cosa que con mayor razón sucede en Austria. Natural y significativamente, en Inglaterra y en Francia pasa todo lo contrario. Este estado de cosas se acentuará con la prolongación de la guerra; de manera que cuanto más dure, más peligrará la "Triplice". Yo creo que sin aventurarse demasiado, puede dársela por deshecha".

prenderlo, resistirlo, desbaratarlo a cañonazos de luz en su piel de lobo taimado. La conspiración contra la libertad, codiciaba el mundo; y se ha debido disputarle el mundo, plantándole, a cada milla, un soldado de la patria o de la verdad.

He aquí por qué tiene este libro el título que lleva.

Ah, la gente que con anónima benevolencia y piadoso cuidado de mi pundonor, me aconseja partir a Francia como voluntario, o me reprocha que no me quedara en Londres a combatir por Bélgica, no sabe cuánta confianza me infunde para seguir desempeñando aquí el deber que me he impuesto. Porque, conforme a mi inveterada costumbre, yo soy el autor de mi deber, de mi beligerancia y de mi estrategia. Mi amor a la libertad y a las naciones mártires o heroicas que padecen por ella, es cosa mía. Tan mía, que más de una vez he estado en público desacuerdo con los individuos, los funcionarios, la prensa de esos países. Yo me hago mi ley, me la doy y me la quito. Si tengo alguna autoridad moral, de eso me viene. Y mi trabajo me cuesta. Me lo enseñó el pájaro que se vuela al amanecer, en ayunas, pero cantando...

Necesito decir dos cosas aún.

Al recorrer estas páginas, he notado con regocijo que no hay en ellas una sola expresión de odio contra las naciones. Si el lector halla más adelante, en unos versos, palabras violentas, observe que es por razón de propiedad, pues aquéllos hacen hablar a los verdugos y a las víctimas de Bélgica. El ideal de concordia humana, el ideal americano, que también comprende a los enemigos de la libertad, desconoce el odio, porque suprime la iniquidad y la servidumbre. Fácilmente se verá por lo que sigue, que eso fué anterior a la guerra y que la guerra no pudo modificarlo. No falta la expresión de reconocimiento a los méritos del pueblo alemán, ni la denuncia del sistema con que sus déspotas lo engañaban. Mi beligerancia es una posición que, en plena paz material, tenía ya tomada ante el dogma de obediencia. Pues — y ésta es la otra cosa que quiero decir — aquélla actitud hallábase definida por un concepto histórico que el lector verá formulado en un comentario de 1912 sobre la guerra de los Balcanes. Para mí, el presente cataclismo es el desenlace de una civilización. Y así se explica, también, racionalmente, el acierto con que me fué dado preverlo: circunstancia que menciono a título de comprobación para mi teoría histórica.

Esta consiste en sostener que el cristianismo, una de las

tantas religiones destinadas a divinizar, para eternizarlo, el dogma asiático de la obediencia, o derecho divino, o principio de autoridad, interrumpió con su triunfo la evolución del paganismo greco-latino hacia la libertad plenaria que es, de suyo, la libertad individual: fracaso que había comenzado con la introducción del cesarismo oriental en Roma, y con la orientalización despótica de los generales de Alejandro.

La civilización europea, de la cual formamos parte, habría consistido en una perpetua lucha de la libertad pagana con el dogma asiático de la obediencia, que tomó a los bárbaros del Norte como instrumento político para subyugar, destruyéndolo, al mundo romano; y esto es lo que iría determinando la catástrofe actual cuyo desenlace creo favorable al ideal latino, porque su preparación ha consistido — al menos desde la Revolución Francesa — en sucesivos recobros de ese mismo ideal. Ellos comportan ya un triunfo moral en el mundo entero; de suerte que su magnitud excede infinitamente la de aquellas resurecciones análogas que tuvieron por teatro a la Francia revolucionaria y a la Provenza de los albigenses. La insurrección emancipadora de las Américas, fué uno de esos episodios, y hé aquí la primera razón histórica de nuestro papel en la contienda actual.

Por esto publico algunas de las numerosas correspondencias que envié desde Europa a la prensa argentina, principalmente a "La Nación", durante los años de 1912, 1913 y 1914. Lo que vino después de iniciada la guerra, se comenta por sí solo. Y lo que tenga de interesante lo dirá el amable lector.

L. L.

LA PARTIDA PELIGROSA

Para SARMIENTO

París, Junio de 1912.

Dicen los cazadores de fieras, que cuanto más graves son las heridas del león, más peligroso es este animal. Los reyes, asimilados por sus blasones y por los poetas cortesanos, a la fauna felina, presentan la misma peculiaridad. No bien el pueblo empieza a mermarles privilegios, a proceder por cuenta propia, le inventan un peligro internacional, recordándole con él la obligación patriótica de apoyar al gobierno, cualquiera que sea, mientras dicho riesgo exista, y pidiéndole su consentimiento para aumentar las tropas. Con esto, consiguen armarse mejor contra el mismo pueblo; y si las cosas aprietan, la guerra está ahí como supremo recurso.

Cuando las últimas elecciones para la renovación del Reichstag señalaron un crecimiento tan notable de la representación socialista, indiqué la posibilidad del fenómeno en estas mismas columnas, agregándola a las muchas que hacen de la guerra europea una amenaza quizá inminente. La actitud militarista, que es decir, radicalmente reaccionaria del gobierno alemán, ante el progresivo incontrastable triunfo de la democracia en Europa, convierte al imperio, y así lo dije, *en el campeón del destino*. De su política exterior, dependen la paz y la guerra, o sea el dilema fundamental de la ci-

vilización contemporánea. El es por excelencia, en el mundo entero, aquel que tiene la espada. Su formidable potencia militar, es también, en los dominios del espíritu, una fuerza no menos enorme. Todos sus movimientos tienen la más alta significación. Es uno de los cuatro grandes motores que impulsan la civilización cristiana; y el mismo hecho de que esté generalmente en oposición con los otros tres, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, aumenta el interés de su estudio. Es también grande el que presenta su conflicto interno entre la democracia, resultante lógico del progreso común a todos los pueblos cristianos, y su autocracia, empeñada como la de Felipe II, en la perpetuación del espíritu medioeval; pues no sólo está ahí la explicación del antagonismo antes recordado con los tres grandes países civilizadores, sino que la misma singularidad del fenómeno es un argumento contra las esperanzas reaccionarias, y de consiguiente una razón para perseverar en la obra de la libertad humana. Mejor sería, sin duda, que en vez de este resultado negativo, el imperio ofreciese su colaboración a dicha obra, la cual adelantaría, entonces, tanto como al presente demora por la causa contraria; es decir, enormemente, dada la importancia de aquél. Pero si esto puede producir a primera vista un movimiento de antipatía, la lucha que el pueblo alemán sostiene es lo bastante simpática para inclinar la balanza en su favor, estableciendo las debidas diferencias entre la Alemania oficial del militarismo y la grande entidad humana, a cuyos pensadores debe la civilización actual la mitad de sus más preciosas iniciativas.

El emperador, como era de esperarse, ha reclamado un aumento del ejército, votado, naturalmente, por la mayoría conservadora del Reichstag. Es ésta la consecuencia del conflicto marroquí, planteado como antídoto

preventivo de las elecciones de renovación en las cuales se presumía un repunte socialista; y ello demuestra, por de contado, que la política reaccionaria entiende el problema interno como un verdadero *casus belli,* más dispuesta que nunca a seguir el para mí evidente camino de su perdición. El despotismo no tiene sino una táctica como la fiera que lo simboliza. Mal herido, saca todos sus dientes y todas sus uñas, volviéndose momentáneamente más peligroso. Pero conviene no olvidar que es porque está mal herido.

Así aunque el incidente marroquí dió resultados contraproducentes, pues las elecciones fueron más socialistas que nunca, toda la prensa militarista púsose acto continuo a sacar fuerzas de flaqueza, procurando extraviar el espíritu público por medio de los dos grandes argumentos de excitación empleados en estos casos.

Es el primero de ellos, la expansión alemana o pangermanismo, operación que consiste en el negociado más o menos directo de las fuerzas militares para adquirir tierras: la conquista en una palabra. Con ello se interesa al comercio, necesitado de expansión artificial para la sobreproducción con que concurre a la gran lucha moderna y paradójica por el aumento de rinde capitalista, no obstante el abaratamiento de las mercancías y la baja del interés que esa misma sobreproducción engendra; y se fomenta las aspiraciones industriales a la conservación indefinida de su sistema de explotación, que sería imposible con el acrecentamiento progresivo de las masas obreras en un país de fuerte natalidad, si el excedente de población no derivara hacia nuevas tierras. Así, la superioridad militar mantenida por un ejército cada vez mayor, coincidiría con los intereses conservadores.

El argumento correlativo para las masas populares, estriba en demostrarles que los demás países odian y

envidian la grandeza alemana, tendiendo de tal modo al aislamiento del imperio; y como este aislamiento es un hecho, la consecuencia parece evidente: hay que armarse para resistir contra todos, si fuera necesario. Es la misma idea de los conservadores ingleses, ante el imperialismo británico; el principio militarista del patriotismo que no es sino el odio al extranjero; y también la lógica oficial de un imperio fundado sobre la conquista, según el carácter que atribuía su propio fundador, Bismarck, a la anexión de la Alsacia-Lorena. Aquella "tierra de imperio" fué, por definición, la razón de ser del imperio mismo.

Pero el pueblo comprende ahora, y esto es, ante todo, obra de la crítica alemana iniciada por Marx, que la competencia comercial así concebida, comporta una falacia paradójica, y que las instituciones representativas son una consecuencia política de aquel mismo desarrollo. Está a su alcance la evidencia de que las tierras de conquista son cada vez más escasas, y ha experimentado a costa de penurias inacabables, que el negocio militar es tan ruinoso como inútil para los hombres, en cuanto compromete la vida humana, o sea la primera de las riquezas; de donde resulta que la cuestión obrera, no tiene solución firme en la conquista, sino en la justicia social que transformará la explotación industrial tarde o temprano. Bástale un cálculo somero para apreciar que los gastos militares de cuarenta años de paz armada, son ya superiores al producto de cualquier conquista, así como ésta, lejos de suprimirlos, exigiríalos aun mayores. Entiende, por último, que si Alemania está aislada, no es por razón de envidia o de malquerencia; sino porque su política invasora y su campeonato anacrónico de la autocracia militar, tórnala sospechosa al mundo entero. Inglaterra, país monárquico tam-

bién, preséntale, al respecto, un ejemplo envidiable de inteligente evolución; y en ella, más que en Francia, demasiado avanzada ya, sin contar la raza distinta y los rencores atávicos, tiene su modelo. Por esto el odio contra Inglaterra que pretenden infundirle los reaccionarios.

El aumento de fuerzas militares, es ante todo una precaución contra el mismo pueblo alemán; sin contar la guerra decisiva a que lo lanzarían sin duda, si la autocracia peligrase. El famoso dogma militarista, *si vis pacem para bellum,* es un sofisma. El militarismo ocasiona la guerra, porque ésta es su industria específica. O por lo menos, robustece el despotismo que es la guerra permanente contra la libertad.

La autocracia alemana juega contra la democracia una partida peligrosa, y la juega sin ambages. La reciente amenaza del emperador a la Alsacia-Lorena es, más que la manifestación de un propósito político, una declaración de absolutismo: "Entiendan que yo soy el amo". También es característico el propósito: anexión a Prusia. Porque este estado representa la piedra angular de la autocracia. Por último, la reciente expulsión *manu militari* de dos diputados socialistas en la cámara prusiana, confirma esos propósitos. La constitución de Prusia castiga con cinco años de trabajos forzados las vías de hecho contra un diputado en el ejercicio de sus funciones; pero el oficial de policía que las cometió, no ha sido ni será castigado. Pase por lo que se refiere al legislador que se negó a desocupar la banca donde se hallaba, para sentarse en la suya, conforme a la orden presidencial. El presidente había ordenado en este caso la intervención de la policía; pero los tirones y brutalidades contra el otro diputado que protestaba, fueron de la exclusiva cuenta policial y quedaron impunes.

Esto explica por qué los ataques de los socialistas del Reichstag, se han singularizado con la Prusia, baluarte del militarismo alemán; si bien esas violencias revisten una significación más grave: el revite de la peligrosa partida.

Por primera vez en el parlamento alemán, el partido socialista ha proclamado la revolución como el único medio eficaz de concluir con la autocracia.

Es, efectivamente, lo que van revelándole los hechos, lo que rompe al fin el círculo vicioso de su política legalitaria. Ahora comprende que ante el dogma de obediencia representado por el gobierno, sólo la fuerza es respetable y eficaz. Mientras no comportaban un peligro, dejábaselos ser diputados: eran otras tantas fuerzas restadas al dinamismo transformador, otros tantos elementos de legalidad, aunque ésta represente la iniquidad social que ellos combaten; pero en cuanto el resultado electoral los acerca a la consecución de su paradójico propósito, o sea la transformación legalitaria del orden social representado por el gobierno, éste les demuestra cómo se halla dispuesto a respetar la legalidad. Retorna, sencillamente, a su concepto fundamental de la fuerza, o sea del orden como él lo entiende y como únicamente puede entenderlo. ¿Quién, teniendo el ejército en sus manos, va a dejarse expulsar del gobierno por puro amor a la legalidad?...

Lo verdaderamente grave en el asunto, es que la solución de esta partida puede ocasionar la guerra europea. Tal es, por otra parte, el oficio de los emperadores. Sólo que como ahora los pueblos son una entidad apreciable, y como los mismos socialistas, tanto tiempo legalizados, van entrando por la vía revolucionaria, los gobiernos han de pensar que el verdadero problema no está en armar esos mismos pueblos, sino en desarmarlos des-

pués de la guerra. La única seguridad positiva de la paz, está aquí, no en los grandes ejércitos, ni en la diplomacia cada vez más impotente, ni en los parlamentos con o sin socialistas, según nos lo ha revelado la guerra ítalo-turca y el mismo actual repunte del militarismo alemán. Es que todo eso, desde el coronel más jerárquico hasta el socialista parlamentario, forma parte del mismo orden de cosas, desde que es gobierno. Y por esto, al definirse la partida con la autocracia, los socialistas alemanes se vuelven revolucionarios.

He aquí el interesante espectáculo que en este momento presenta esa contradictoria y grande Alemania del idealismo y de la fuerza; el más importante de los espectáculos humanos, si bien se mira, puesto que de su desenlace en uno u otro sentido, depende por el momento la suerte de la libertad humana.

EN SON DE GUERRA

Para SARMIENTO

Londres, Agosto de 1912.

La Cámara de los Comunes acaba de votar por inmensa mayoría el nuevo programa naval del gobierno inglés, consistente en otro aumento progresivo de unidades de combate, entre las cuales los grandes navíos representan una desusada proporción. Motiva estas nuevas erogaciones el prodigioso aumento de la flota alemana, que alcanzará para 1914 el máximo de eficacia entre todas las del globo. Es lo que ha revelado con la habitual precisión de la oratoria gubernativa en Inglaterra, el ministro de marina Mr. Churchill.

No es que Alemania vaya a tener mayor número de navíos que Inglaterra. Precisamente para evitar esta eventualidad, aun bajo el concepto proporcional de la política inglesa, el gobierno ha pedido los nuevos créditos; pero es que la eficacia *inmediata* de una escuadra, no depende tan sólo del número y poderío de sus buques.

Lo que constituye el nuevo carácter impreso a la paz armada por los aumentos alemanes, es que la escuadra del imperio tendrá constantemente listas para combatir las cuatro quintas partes de su efectivo: hecho sin precedentes hasta hoy en la historia naval. Agregado a esto el aumento de unidades sancionado por la

nueva ley, en cantidad tan considerable que solamente los nuevos submarinos alcanzarán a sesenta y dos, pasando los acorazados de diecisiete a veinticinco, fácilmente se comprende la preocupación causada con todo ello a las otras potencias. Completo su programa, Alemania tendrá cuarenta y un acorazados de línea, veinte cruceros de primera clase y cuarenta más pequeños, fuera de la dotación complementaria de submarinos, torpederos, etc.; con lo cual su escuadra igualaría en potencia efectiva a la *home fleet* británica. Este hecho sería también sin precedentes en la historia, desde que la Gran Bretaña estableció su famoso principio proporcional respecto a la suma de las dos escuadras extranjeras más poderosas.

Ahora bien, los elementos militaristas que desde luego preponderan en la política alemana, no encuentran sino un defecto a la nueva ley naval del imperio, con ser ella la más completa de las quince votadas en los últimos catorce años: su insuficiencia...

Esto quiere decir que muy pronto la reemplazará otra más vasta todavía; pues los elementos pacifistas del Reischtag son impotentes para evitarlo, o se declaran, como los socialistas, patriotas a la prusiana.

Por otra parte, está averiguado que Alemania ha conseguido de Austria y de Italia un aumento considedable en los programas navales respectivos, con objeto de contrarrestar la superioridad franco-inglesa en el Mediterráneo. A esto obedece el anunciado aumento considerable de la escuadra británica en dicho mar, asi como las propuestas, también muy importantes, de refuerzo, que el gobierno francés presentará a su Parlamento con igual fin. La paz armada se presenta, pues, más onerosa, y desde luego, más peligrosa que nunca para los pueblos víctimas de sus excesos. Lo cual demuestra una vez más que el progreso del mundo nada tiene que es-

perar de los gobiernos. Los intereses de los políticos que manejan estas cosas, prescindirán siempre de la conveniencia pública, expresada como una vaga aspiración por masas inconscientes y cobardes, para las cuales el servilismo es un estado de satisfacción moral. El grosero círculo vicioso de la paz armada, amenaza perpetuarse para mayor seguridad de los amos. Nadie ignora en qué consiste, pero los pueblos están constituídos por las masas que acabo de mencionar.

Estas consienten todo, incluso un estado permanente de ruina cuyo único desenlace es la guerra, vale decir, otra calamidad, alarmadas por peligros misteriosos, o sea más impresionantes con ello; y los gobiernos jamás llegan a desvanecer el misterio en cuestión, porque lo impide el secreto de estado.

Para masas embrutecidas por la ignorancia y el servilismo que no abandonarán sino a la fuerza de minorías revolucionarias, y esto quién sabe cuándo, la addicación de la conciencia en poder del gobierno, comporta un verdadero bienestar. Su soberanía es como la como la de aquellos caciques de nuestras pampas, cuando tenían secretarios para que les escribieran cartas que ellos no podían leer. Y esto, a no mencionar sino los pueblos más cultos de la civilización cristiana.

Así, pues, el pacifismo, como la justicia y la libertad reinvindicadas a título de bienes indispensables, sin los cuales la condición humana no es más que un hecho zoológico, se mantiene en estado metafísico, interesando solamente a una insignificante minoría intelectual. Más prácticos en sus procedimientos, los gobiernos aplican a esas grandes bestias que son los pueblos, los groseros expedientes compatibles con su condición: el militarismo, las elecciones, la religión, el odio de raza, ramales del mismo cabestro tradicional.

Con esto quiero decir que la paz armada va a la guerra. Se trata de un resultado fatal que el aumento de pertrechos bélicos acerca progresivamente. Y ello por un simple estado del negocio que es, al fin de cuentas, la política interna o internacional: la paz resulta más onerosa que la guerra. Hay que emplear esos armamentos en algo, so pena de ir con ellos a segura bancarrota. Entre la guerra que cuesta menos y puede dar algo, y la paz estéril, más cara que la guerra, la elección no es dudosa. Por otra parte, la guerra prolongaría por muchos años más el estado de embrutecimiento de las masas, o sea el fundamento más inconmovible del principio de autoridad: con lo cual la minoría revolucionaria que hoy opera en el mundo, quedaría positivamente anulada.

Porque esa minoría, tanto vale en realidad un puñado de hombres conscientes, es el único punto negro sobre aquel formidable plan de los imperios estupendos. Cada cual teme que una derrota, siempre posible, no suministre a las masas el pretexto eventual en cuya virtud éstas, una vez armadas, no quisieran desarmarse. Bastaría una semana para cambiarlo todo, puesto que ahora la organización gubernamental es puramente una cuestión de fuerza. Y hé aquí por qué Alemania, o sea el representante, el campeador del principio de autoridad bajo el concepto integral de la autocracia, se arma así para no errar el golpe. No se equivocan en su simpatía por ella los militaristas y autoritarios del mundo entero. Su triunfo sería, quizá por siglos, la catástrofe definitiva de la libertad.

No hay para qué añadir que esta es también una razón de guerra. La cuestión social constituye otro caso de paz armada reducible al mismo común denominador. Y es que la civilización entera hace crisis ante este

dilema ya ineludible: la libertad o el militarismo. La crítica y la evolución social, han reducido la autoridad, bajo todas las formas gubernativas, a esta única expresión: el ejército. De él depende ahora todo el sistema institucional. En todos los terrenos, salvo en ese, el dogma de obediencia o principio de autoridad, está vencido. Entonces, es menester evitar que el ejército se contamine de libertad y de raciocinio; y para esto, no hay más que un medio: exaltar la vitalidad específica de ese organismo haciendo la guerra.

Y puesto que ella ha de venir, preparémonos a aprovecharla tanto como sea posible. Creo haber enunciado en diversas cartas sobre la política europea en Oriente, que el objeto de la gran guerra próxima será la influencia, sino conquista, sobre Asia y Africa. Las consecuencias que ello puede tener para nuestro progreso, son incalculables y dignas de un estadista, aun como lejana eventualidad. Lo es, desde luego, el mismo estado de Europa. Los políticos no ven en el futuro desenlace de ese conflicto gigantesco, sino el predominio de Alemania o el de Inglaterra: un mero cambio del eje internacional. Así lo revelan sus propios argumentos. Las dos potencias dicen, efectivamente, lo mismo. Cada una se arma, porque barrunta una amenaza directa en los armamentos de la otra.

Pero nó. Lo que hay en ello es la crisis definitiva de una civilización. El predominio absoluto de los intereses egoístas, ha reducido todos los problemas a una solución de fuerza. Y de aquí que los gobiernos, representantes de esos intereses, no pueden pensar sino en armarse. Conforme a esta política, la humanidad no habría salido de la época del pillaje, puesto que todos esos "predominios de influencia" no son sino apropiaciones en grande de los bienes ajenos; no habría dife-

rencia entre la nación civilizada y la tribu bárbara cuya única preocupación es también la guerra.

He aquí lo que dilucidará el próximo desmesurado conflicto.

Nadie prepara la guerra sino para ir a la guerra. Esto es lo que nos enseñan la lógica y la historia. La fórmula gubernativa de que se prepara la guerra para asegurar la paz, es una de las tantas groseras paradojas con que los políticos engañan al pueblo: un dogma de la misma especie que el secreto de estado y el sufragio universal.

PANORAMA HISTÓRICO DE LA GUERRA

Para LA NACIÓN

Londres, Noviembre de 1912.

Los cuatro pequeños países del extremo Oriente europeo, que en este momento coronan con un triunfo realmente trascendental para el destino contemporáneo su lucha secular contra el imperio turco, ofrecen un espectáculo digno de las más elevadas meditaciones. He aquí que el centro histórico de la civilización greco-romana, desplazado hace cinco siglos por la victoria del Islam, recobra, diremos así, su centro de gravedad, finalizando por cuarta vez con ello, esa eterna y siempre funesta intervención del Asia en los destinos de Europa.

El primer acontecimiento análogo de que tengamos noticia es la prehistórica guerra troyana, en la cual europeos y asiáticos disputáronse, como es sabido, el dominio de los Dardanelos. Aquíles y sus mirmidones, fueron, precisamente, montañeses del Balcán, vale decir tracios y búlgaros; siendo notable, en verdad, que entonces como ahora, ellos formasen el contingente decisivo de la campaña. Resguardada por esa múltiple trinchera de rudos picachos, cuyo dominio compartían aquellos fieros pastores con los magros gavilanes y las cabras vagabundas del risco, tendiendo aquí y allá a los vientos todavía salados de mar próximo, las alas de sus

broncos molinos, y a las lluvias precarias, sobre prados reducidos como hortalizas, difíciles rastrojos de aquel trigo crimeo en el cual leudaba el pan de Atenas, la civilización helénica pudo desarrollarse en belleza y en verdad, atesorando para la Europa los magníficos resultados de que aprovecha todavía.

Paréceme evidente que la razón económica de la guerra antigua, estuviese en aquel comercio de cereales, absolutamente necesarios a la Grecia insular y peninsular, al mismo tiempo que explotados por los asiáticos de la Dardania (actual Asia Menor) con tarifas fácilmente prohibitivas en caso de conflicto; desde que éstos, con la posesión del estrecho al cual dejaron su nombre, dominaban el tráfico del Mar Negro, cuya ribera boreal era precisamente la comarca frumentaria. Basta echar una ojeada sobre la actual Crimea y sobre los buques griegos que transportan por la misma vía sus trigos, tan necesarios hoy como ayer al consumo de la nación helénica, para notar que las cosas han cambiado muy poco. Sólo que entonces, los actuales mercados consumidores de Austria y de Italia no existían, al ser bárbara la primera de aquellas regiones, mientras bastaba para proveer a la otra, la ya muy adelantada agricultura etrusca. Pero había otra cosa, hoy desaparecida en parte, si bien de la mayor importancia para descubrir la razón de los futuros conflictos. El intercambio entre los productos industriales de Grecia con los de Persia y Fenicia, tomaba la misma ruta, constituída, así, en zona de influencia para las dos comarcas respectivamente; mas como la primera llevaba la doble ventaja de su espíritu expansivo y de la libertad, teníala dominada desde los tiempos de la guerra troyana, cuando el ataque persa de Jerjes señaló la segunda intervención asiática. Por el mismo camino del Balcán pasó el persa,

y por el mismo recobraron su dominio los griegos vencedores; quedando definido el objeto de la campaña con la circunstancia de que el imperialismo ateniense, o sea su resultado más ventajoso para la civilización occidental, ejerció la mayor influencia y confederó el mayor número de estados, en el litoral del Asia Menor y en las islas circunvecinas. Cuando la guerra del Peloponeso se decidió en la batalla de Egos Pótamos, el desastre de Atenas consistió principalmente en la pérdida de su dominio sobre el Helesponto (actual estrecho de los Dardanelos). Esparta estuvo aliada con Persia, lo cual no puede ser más significativo. Era, como es sabido, un estado terrero y despótico, que no podía comprender los propósitos de expansión marítima perseguidos por la política de su rival, ni los beneficios de la libertad que daba su prestigio victorioso al helenismo. La influencia asiática volvió a predominar, por causa de aquella guerra funesta, hasta los tiempos de Alejandro: un macedonio educado en las ideas filosóficas de Atenas por Aristóteles, tracio insular a su vez; es decir, procedente de aquel litoral, donde fué más poderosa la influencia del imperialismo ateniense.

La expedición de Alejandro para desalojar de Europa la dominación asiática, llevando el prestigio del helenismo hasta el foco de donde aquella procedía, y decidiendo así con un golpe capital el conflicto milenario, tomó el conocido camino de los Balcanes, señalado al gran capitán por las tradiciones de la civilización helénica y por la Iliada, su libro predilecto. Sus mejores fuerzas consistieron otra vez en contingentes de la misma comarca: tracios y búlgaros, compatriotas del indomable Aquiles.

Sus generales, ciertamente inferiores en la guerra y en la política, se inficionaron de despotismo asiático,

transformándose en sátrapas y en faraones, hasta malograr la colosal empresa. Fué aquello el desquite del Asia vencida, y si bien se mira, el perjuicio más profundo, puesto que viciaba con la imposición del dogma de obediencia, o derecho divino, las fuentes democráticas y racionalistas de la civilización helénica.

El mar Egeo, centro geográfico y político de esta última, se convirtió en un lago egipcio dominado por las flotas de los Tolomeos. El Asia Menor y la Grecia ya decaída fueron herencia despótica de Antíocos y Demetrios. Solamente en las montañas balcánicas los pastores resistían, siempre autónomos en sus burgos inexpugnables. La floreciente república de Rodas restauró un momento la hegemonía helénica sobre el Egeo, infligiendo a la escuadra egipcia derrotas irremediables, de las cuales iba a aprovecharse Roma, la futura potencia dominadora del Mediterráneo.

Por primera y única vez, este mar iba a quedar sometido enteramente a la civilización occidental, consumándose así la secular aspiración helénica.

Mas los generales romanos se dejaron tentar a su vez, como aquellos del macedonio, por las delicias del despotismo asiático. La introducción de la monarquía absoluta y del derecho divino en cuya virtud se deificaría a los emperadores, según el sistema de los déspotas orientales, preparó en Europa el triunfo del cristianismo, religión de la misma procedencia y del mismo carácter. La teocracia, desconocida del mundo pagano, era el principio antagónico que iba a malograr durante cerca de veinte siglos el ya muy avanzado remonte de su civilización hacia la libertad plenaria. Y de tal modo se comprendía en Roma la estrecha vinculación existente entre el cesarismo y el Asia, que durante los reinados de César y de Augusto, la opinión se mantuvo en constante

alarma, ante una traslación posible de la capital al Oriente. Se pretendía, lo cual es significativo, que esto había de verificarse en Troya; y la pequeña Bizancio de entonces, merecía ya sospechas cuyo fundamento demostraron con perfecta claridad los hechos futuros. Dioclecia-no consumaría aquel error, que no había escapado, como se ve, a la clarividencia de la política romana.

Entretanto, los montañeses del Balcán, se mantenían reacios a la acción conquistadora del imperio. Cayó Grecia en poder de Roma y surgió Constantinopla, hija predilecta del cesarismo. Ellos siguieron conservando su fiera libertad, y con esto las tendencias tradicionales del helenismo. El Imperio sólo consiguió fundar entre aquellos pueblos la colonia militar que fué el germen de la actual Rumania. Antes de esto, la campaña contra el Epiro había sido una guerra de exterminio y de absoluta desolación; que sólo así consiguió Roma incorporar como provincia aquella tierra privada de hombres.

Constantinopla fué, por último, la sede del imperio convertido al cristianismo, su encarnación dogmática, puesto que aquél, encaminándose al Oriente, buscaba su fuente original, y se instalaba en tierras naturalmente más propicias que la siempre republicana y levantisca Roma, donde emperadores y pontífices debieron vivir en perpetua capitulación con el pueblo. Las antiguas comarcas, donde había sido fruto natural la civilización helénica, permanecieron siempre hostiles al doble despotismo. El emperador fincaba su poderío en el dominio del Oriente; el papa en la ayuda de los bárbaros del Norte convertidos a la nueva religión; y ambos pusieron aquellas fuerzas al servicio del funesto propósito, que consistía en mantener dominados a los eternos rebeldes, siempre enemigos del despotismo teocrático. Así cayeron Grecia, Provenza e Italia; únicamente los

montañeses del Balcán mantuvieran a costa de perpetua guerra su libertad indomable. Los búlgaros fueron la única amenaza que el imperio bizantino jamás consiguió suprimir. Durante su época de mayor poderío, en el siglo X, debió emprender campaña sobre campaña para sujetarlos. Los más ilustres guerreros de la dinastía macedónica mordieron el polvo de sus montañas o sólo consiguieron imponerles una soberanía nominal. El mismo emperador Basilio II, aquel terrible "Bulgaróctono" de la historia, no pudo más que confinarlos en sus montañas después de repetidos y sangrientos exterminios. Esa ruta de Kirkilisse y de Chorlu, que acaban de recorrer triunfantes, érales familiar. Las villas suburbanas de la inmensa metrópoli, conocían bien sus largos bigotes. Sus barcas groseras habían llegado a recorrer victoriosas las aguas del Cuerno de Oro. Más de una princesa bizantina, entregada a virtud de alianzas deprimentes para el imperio, ilustró el lecho de sus caudillos agrestes. El terrible zar Samuel de las crónicas, había saboreado el vino del triunfo en el cráneo de un general bizantino...

En tiempo de las cruzadas eran todavía cuasi paganos. Las formidables huestes que iban a la conquista de Jerusalén, arrastradas por tan irresistible impulso, experimentaron los efectos de su coraje. Pasaron a través de aquellas montañas, que una vez más resultaron la ruta predestinada de la historia; pero el escarmiento fué tal, que nunca volvieron a intentarlo. De entonces en adelante hubieron de preferir la ruta marítima. Tomaron Bizancio y Jerusalén. Con ellos, sólo, no pudieron. Sus letanías imploraban al Señor que los librase de los búlgaros. Sus maldiciones mencionaban el nombre temido: "bougre" viene de búlgaro.

Dos siglos después, cuando el imperio estrechado

entre ellos y los turcos seldyúkidas se sintió desfallecer, los almogávares catalanes, contratados al efecto, emprendieron sobre el litoral del Ponto Euxino la reconquista famosa. Llegaron hasta las montañas formidables del Balcán, pero de ahí no pasaron. Para apoderarse del ducado de Atenas, buscaron la diagonal marítima. La comarca balcánica fué el despojo bizantino que servios y búlgaros reivindicaron sin oposición. Entonces fué Uskub la capital de la Gran Servia, y el pueblo servo-búlgaro dominó sobre los tres mares que rodean la península.

Entretanto, los eslavos se habían introducido lentamente, propagando el cristianismo, que ya a fines del siglo XI los contaba en su grey; pero éste era un hecho más bien nominal, como lo demuestra su actitud hostil con los cruzados. Tres grandes potencias se habían desmoronado en torno suyo — la Macedonia helénica, el Imperio Romano y el Imperio Bizantino — pero su raza persistía siempre, casi con las mismas costumbres de los tiempos homéricos, hasta hoy mismo conservadas, y su libertad permanecía incólume. Esta tenaz vitalidad, así como la situación en aquella gran ruta de la historia que parecen predestinados a guardar desde el fondo de los tiempos contra la invasión del despotismo asiático bajo sus diversas encarnaciones, constituyen dos fenómenos correlativos de la mayor importancia para la civilización occidental. Grecia, política y étnicamente renacida en coincidencia con el actual reflorecimiento pagano, que orienta los espíritus hacia aquellas últimas consecuencias de la libertad, interrumpidas por el cristianismo con la imposición de su dogma asiático, significa, a buen seguro, algo más que una casualidad feliz. Sin contar con que no hay casualidades en la historia. Todos los acontecimientos se encadenan para constituirla,

con trascendental predestinación. Pero esos pueblos triunfantes son cristianos, se dirá, y asignan a la guerra el carácter de una nueva cruzada. Ya veremos de dónde proviene este fenómeno. Pero, entretanto, qué importa una denominación eventual. Bajo ella u otra cualquiera, se trata de una victoria sobre el despotismo mantenido por todas las grandes potencias cristianas, precisamente, y es la libertad quien triunfa. La libertad, antogónica con el dogma asiático de la obediencia. Lo interesante es el hecho, no la denominación que le imponen los actuales directores del movimiento, al fin usufructuarios del mismo dogma. Para que los pueblos balcánicos salgan de él, es necesario que dejen de ser turcos o de estar sometidos a Turquía.

Al producirse, en efecto, aquella gran catástrofe del siglo XV, que suprimió el imperio bizantino, la reacción material del Asia sobre Europa dió a la religión de los pueblos balcánicos un significado nacional de resistencia contra el invasor. Fueron así tanto más cristianos, cuanto deseaban de ser menos turcos. Pero su lucha contra el Asia, material o espiritualmente invasora, fué la misma que tenían entablada desde los tiempos homéricos.

Con la instalación de los turcos en Constantinopla, el error de haber aproximado la capital de la civilización greco-romana a las fuentes del despotismo asiático, quedaba palmariamente esclarecido. Por esto, los mismos que habían luchado contra el imperio bizantino, representante del dogma de obediencia bajo su aspecto cristiano, seguirían combatiéndolo bajo su aspecto musulmán, hasta vencerlo conforme a una histórica ley de predestinación.

Pues nadie ignora que, a semejanza de sus antecesores bizantinos, los sultanes jamás consiguieron domi-

nar al pueblo heróico. En rebelión constante contra sus nuevos enemigos, o en luchas intestinas, que también fueron permanentes desde los tiempos homéricos, aquel audaz aguilucho de los montes vivió desangrándose por la libertad.

En vano el turco intentó colonizarlos, transportando a su seno las feroces poblaciones del Kurdistán, o extinguirlos por medio de aquellas matanzas que sublevaban de tiempo en tiempo la opinión europea. Allá en las rocas inexpugnables, el fiero pájaro seguía incubando sus nidadas. Impacientes a veces, o fastidiados de largo combatir, revolvíanse contra ellas mismas las crías arrogantes. Así crearon rivalidades funestas que a poco malogran, y que por cierto retardaron, la grande empresa común.

Pero un día Grecia pudo sacudir su yugo. Otro más, y Servia, Bulgaria, el pequeño Montenegro, desde su peñasco de Tsernagora, aquel picacho epónimo ("tserni", negro) donde un día se retiró el heróico antepasado Iván Beg a vivir con su pueblo, entre los halcones que únicamente lo habitaban, después de haber incendiado su capital, Jabliak, jurando sobre las cenizas odio eterno al mahometano — juntaron sus fuerzas con las de Rusia combatiente para conquistar a sangre y fuego su autonomía.

La política de las grandes potencias malogró en parte aquel intento. La potente mano de Bismarck echó el nudo de hierro cuya desfacedura constituye el peligro de Europa. Por complacer al Austria, cuya alianza buscaba, y por estorbar a Rusia, cuya unión con Francia preveía, la Gran Bulgaria que iba a constituirse debió retroceder de las ya conquistadas orillas del mar de Mármara; la Gran Servia no pudo llegar a Uskub, su antigua capital; Montenegro tuvo que abandonar por el mo-

mento sus pretensiones a la Escutaria adriática; Grecia las suyas en Tesalia y en Macedonia; pero la entidad nacional de cada una quedaba reconocida, y con esto asegurado el porvenir.

También la Rumania latina había concurrido a la operación, obteniendo resultados semejantes; mas, por ese lado, obraba un factor que explica su neutralidad actual. El gobierno turco, siempre atento a fomentar entre los pueblos balcánicos las divisiones históricas que malograron por tantos años sus esfuerzos, confió en el siglo XVIII la administración de los principados moldo-válacos a príncipes griegos procedentes del barrio de Fanar en Constantinopla. Aquellos aristócratas degradados por el servilismo en poder de un amo intelectualmente inferior, llevaron a su gobierno todas las malas costumbres del fisco oriental y todo los rencores históricos de la política bizantina; pues muchos eran, o pretendíanlo así, descendientes de los antiguos emperadores. Las crueldades y exacciones de los fanariotas, dejaron en el pueblo rumano una prevención imborrable contra todo lo griego. La opinión no aceptaría jamás en Rumania una alianza con aquellos odiosos vecinos. Trátase, además, de un país militarmente prusianizado, y esto explica también la actual abstención que es, sin duda, un error de sus políticos. El militarismo germano produce por doquier los mismos efectos. Desde el famoso *statu quo* creado por Bismarck, su influencia ha sido funesta para turcos y cristianos.

La alianza significa pues, ante todo, una comprensión del común destino. Su fórmula evidente es esta: cada cual su parte, en la tierra que a todos pertenece. Por esto los ejércitos han empezado su cuádruple campaña, ocupando los territorios pretendidos por cada país aliado, lo cual dividía, desde luego, la atención turca, im-

pidiendo toda concentración, y exaltaba al más alto grado el carácter patriótico de la empresa.

No hay más que echar una ojeada sobre el plano de la guerra para apreciar su significación.

Montenegro asedia en este momento la plaza de Escutari sobre el Adriático, o sea el objeto principal de sus esfuerzos. Servia ha ocupado Uskub, su antigua capital, desde donde puede juntarse con los montenegrinos por Prisrend, también caída en su poder, y con los búlgaros por Yatib, ciudad vecina de Seres, donde aquéllos se encuentran ya. Estas fuerzas rodean prácticamente a Salónica, donde los griegos han llegado en su marcha hacia el norte sitiándola a la vez por mar. Desde Seres dominan los búlgaros hasta las mismas puertas de Constantinopla. Los turcos, deshechos en campo raso, conservan solamente la ya citada plaza de Escutari, Janina, Salónica y Andrinópolis; pero sólo pueden esperar socorro de las fuerzas que defienden a Constantinopla, y éstas no solamente se hallan vencidas, sino que para acudir al socorro, deberían arrollar las líneas búlgaras de Kirkilisse, Demótika y Drama, o sea tres ejércitos vencedores, sin contar el servio y el griego, que para entonces habríanse reunido sobre Seres y Nevrokop, presentando una cuarta línea de resistencia.

Puede darse, pues, como caídas en poder de los aliados las cuatro plazas donde la media luna domina aun; y éstos lo saben tan bien, que no extreman sus ataques, contando desde luego con la inevitable rendición.

Basta recordar en dos palabras la historia de esas ciudades, para comprender la importancia de la guerra actual en el proceso de la civilización.

Situadas en esa ruda península, que resulta ser durante tres mil años la gran ruta de la historia, ellas han visto iniciarse y resolverse los más trascendentales problemas de la civilización occidental.

Janina es el resto, un poco alejado en las tierras, de aquella "dulce Emacia" de Homero y de aquella Dodona cuyo oráculo famoso constituyó uno de los centros políticos más importantes del helenismo. Escutari era uno de los focos de la influencia veneciana en el Adriático, allá mismo disputado por las fuerzas de Ragusa y de Turquía. El príncipe montenegrino Iván Beg fué precisamente aliado de Venecia, y su hijo Jorge, casado con una patricia veneciana, murió en aquella ciudad, cuando el pequeño país, separado de la costa por la triple disputa que sobre ella mantenían vénetos, ragusanos y turcos, debió aislarse en la montaña reducido a un territorio insignificante. Adrianópolis, fundada por el emperador cuyo nombre lleva, fué el teatro donde se inaugurara el predominio político del cristianismo, con aquel famoso triunfo de Constantino sobre Licinio en 323. Allá decidióse también la suerte del mundo romano, con la victoria de los godos sobre Valente. Allá triunfaron los búlgaros por primera vez, en 922, sobre el Imperio Bizantino. Allá se abrieron los cruzados la ruta de Constantinopla. Allá fué la primera capital de los turcos invasores, un siglo antes de la toma de Bizancio. Allá se consumó en 1829 el primer gran triunfo ruso sobre Turquía. A la inversa de lo que hoy sucede, si bien con igual resultado, la toma de Adrianópolis por los turcos en 1360, aisló a Constantinopla, poniendo en manos de aquéllos la misma comarca que acaban de perder, hasta las costas adriáticas. Por último, Salónica, la segunda Bizancio, es la reina del magnífico golfo que da camino para el Asia por el Egeo, para el Africa por Suez y para Europa por el Danubio. Jerges acampó en ella cuando iba pasando a Grecia. Pompeyo tuvo allí su cuartel general. Constantino la hizo uno de sus puertos militares. Estos tres nombres señalan

otras tantas etapas decisivas en la historia del mundo antiguo: la invasión asiática más importante, la constitución del imperio romano que fué también un triunfo del Asia, y la oficialización imperial del cristianismo que consumó aquel resultado. Por esto fué Salónica, o Tesalónica, como la denominó Casandro, su reedificador en 315 a. c., una de las ciudades predilectas de San Pablo. Situada sobre la vía Egnatia, o sea el camino real que unía la Italia con el Oriente romano, fué, como es natural, una de las plazas fuertes del Imperio Bizantino, y la llave de su ruta estratégica en Iliria y Macedonia. Godos, eslavos, francos y latinos, disputáronse su posesión con suerte varia. Así llegó a ser capital del reino de Epiro, fundado por Bonifacio de Montferrat al empezar el siglo XIII. El gran cisma de Oriente tuvo por una de sus causas principales el traslado de la jurisdicción romana sobre Tesalónica, al patriarcado de Bizancio. Plaza veneciana después, cayó en 1430 bajo el poder de los turcos. Puerto cosmopolita entre todos los del mar Egeo, uno de los idiomas dominantes en él, es aquel viejo castellano que hablaban los judíos de España expulsados por la inquisición; pues ni la clientela de esos oprimidos le falta, para darle mayor significación en el gran drama a que asistimos. Dijérase que todas las víctimas del funesto dogma de obediencia, se han dado cita en aquel lugar para asistir a su ruina.

Descendientes, pues, de los más ilustres guerreros de la antigüedad, en línea no interrumpida, dado que esas montañas fueron el terreno predilecto de las empresas por ellos realizadas, los aliados balcánicos llevaban como virtud de raza el secreto de la victoria.

Las fórmulas y principios tácticos de los ingenieros militares de Filipo el macedonio, predominaron en el arte militar hasta el siglo X de nuestra era. Demetrio

Poliorceta, el gran sitiador, como lo indica su sobrenombre, procedía de la misma raza, pues era sobrino de Alejandro. Los capitanes bizantinos que desde el siglo X renovaron la táctica, procedían igualmente de Macedonia. Los emperadores de origen válaco enriquecieron más de una vez con triunfos célebres la historia militar de Roma. He dicho ya que Pompeyo tuvo en Salónica su cuartel general y que Constantino transformó dicha ciudad en uno de sus puertos militares. La famosa campaña del Epiro, una de las más difíciles para Roma, tuvo por teatro la región balcánica, y fué decidida por uno de los más notables generales romanos, Paulo Emilio. Pirro, que después de Alejandro fué, en opinión de Aníbal, el primer capitán de la antigüedad, pretendía descender de Aquiles, un epirota como él.

Los zares servios y búlgaros de la época bizantina; los beyes albaneses y montenegrinos, los heduques rumanos, los palíkaros griegos bajo la dominación turca, contaron entre los guerreros más notables del continente. Basta recordar la figura heróica de Iskanderbeg, aquel nuevo Alejandro de la crónicas albanesas, que llegó a suscitar en contra suya ejércitos turcos de doscientos mil hombres.

También combatieron en aquellas costas los más célebres almirantes rodios y venecianos, los grandes capitanes del mar como Antonio, Roger de Lauria y don Juan de Austria. He dicho que los cruzados pasaron por allí. Tancredo estuvo en Salónica. Guido de Lusiñán, caballero ilustrísimo, fué rey de Chipre. El ya citado Bonifacio de Montferrat, otro capitán famoso, lo fué a su vez de Tesalónica. De ahí salió, por la fuerza de su brazo, el ducado franco de Atenas. Los mestizos franco-helenos llegaron a constituir una verdadera raza, los *gázmulos,* en la cual culminó con poderosa energía la

flor de aquella doble sangre. La Acaya de los paladines ofreció la postrera resistencia al dominio de los turcos; y hasta el siglo XVI, las Cícladas conservaron en poder de los últimos caballeros la expirante llama de la civilización occidental.

Los mejores capitanes de la media luna, ejercitaron también, como es natural, sus aptitudes guerreras en la misma comarca. Amurat II, Mahomet II, Selim III, Osmán Bajá, son nombres ilustres en la historia de la guerra. Otros tantos señalan los últimos esfuerzos de la cristiandad contra la conquista turca: Montecuculi, Juan Sobieski, el caballeresco rey de Polonia, el general Gourko; para no mencionar le guerra de Crimea, en la cual tomó lección formidable toda la Europa militar.

Tres mil años lleva, pues, la humanidad blanca combatiendo en aquellas regiones contra el mismo dogma y por el mismo ideal. Así, esta guerra es uno de los desenlaces más solemnes de la historia. Al fin de cuentas, lo que menos importancia reviste es la transformación territorial, apreciada por el materialismo ignaro de las cancillerías, como un resultado principalísimo. No, para eso no han derramado tanta sangre los hombres, ni han estado yendo durante treinta siglos, arrastrados por una aparente fatalidad, que sólo demuestra la existencia de trascendentales y misteriosas determinaciones, a disputar en ese inevitable camino de la historia intereses principalmente espirituales. Sin duda hoy, como en los tiempos homéricos, el resultado inmediato constitúyelo una vía marítima. Montenegro y Servia quieren salir al Adriático; Grecia codicia a Salónica; Bulgaria lucha por la expansión sobre los tres mares, y el nudo de la campaña es de nuevo aquel Helesponto encornado de oro. Pero semejante ruta es la misma de Alejandro, ese soñador de la patria universal, que deseaba ver abierta

sin fronteras a la expansión del helenismo; por allá fueron los cruzados en busca de una ciudad celeste; en esas mismas aguas, dos Lepantos igualmente grandiosas, disputaron al asiático algo más que una conquista geográfica. Al sentir que revive en nuestros espíritus la vieja leyenda heroica de la Grecia, al aplaudir en esos contemporáneos nuestros las hazañas semejantes de aquellos antecesores que fueron Milcíades, Temístocles y Kanarís, reconocemos implíticamente una vinculación trascendental cuya continuidad nos revela el secreto de la historia.

Al mismo tiempo, esa acción heroica incesantemente renovada con disparidad tan magnífica entre el resultado y los medios materiales, constituye un ejemplo que nos conviene aprovechar. No hay, entonces, pueblos chicos, cuando una idea superior los impulsa, ni son quiénes esas potencias de la diplomacia para contenerlos una vez lanzados en la aventura. Las reivindicaciones históricas, son, pues, un hecho con el cual deben contar los poderosos que cometen iniquidad, y las necesidades del espíritu una fuerza primordial en el desarrollo de la civilización.

Fué, precisamente, un hombre de la comarca, quien dejó como lección eterna aquella prueba de lo que pueden trescientos hombres capaces de morir por la patria. Porque no, una vez más: el secreto de la victoria, la influencia trascendental sobre los acontecimientos, no están en la cantidad de tropas, en los montones de oro, en la magnitud de las tierras. Son fenómenos de conciencia, o agentes espirituales de la tremenda lucha entre la libertad y la obediencia, que respectivamente significan dignidad humana y miedo animal. La historia humana es la descripción de esa lucha. En ella está su concepto, su razón de ser como arte y como cien-

cia, su enseñanza moral, que de otra manera sería tan sólo narración estéril de hechos sin conexión filosófica, grosera comprobación de conflictos ciegos, sujetos como las masas de materia bruta a los accidentes fatales del peso, y la magnitud. Tal significa, entre otras cosas, la frase corriente, aplicable al caso, de "conflicto secular entre Europa y Asia". ¿Fecundo antagonismo cuya solución contiene el secreto de la libertad humana, o mera intersección de fuerzas determinada por el aspecto geográfico? Me parece que la historia resuelve el dilema con innegable claridad.

Tal es la importancia, a mi entender extraordinaria, que tiene para el mundo entero este rechazo definitivo del Asia, o sea del mundo de la obediencia constituída en dogma y en gobierno, al propio tiempo que las ideas paganas renacen en los espíritus con tan asombroso vigor.

Sin duda es fenómeno muy doloroso la guerra, y tan dignos de compasión los cristianos como los turcos víctimas de la horrenda calamidad; pero mientras exista la autoridad política, no hay ni puede haber otro medio que la fuerza para transformar el mundo inícuo; pues los mismos gobiernos nos enseñan con su proceder y con sus máximas, que la fuerza es la suprema razón, y que si queremos paz debemos prepararnos para la guerra.

Después de todo, quién sabe...

Si las trascendencias históricas obedecen a la lógica mencionada, si este episodio de la lucha entre el dogma de obediencia y el principio de libertad, es tan decisivo como creemos unos cuantos ilusos, para quienes el repliegue de la Turquía hacia el Oriente comporta un desplazamiento axial de toda la Europa, quizá esté ahí como temen las cancillerías, aunque por motivos más compatibles con esa baja mentalidad diplomática que el

viejo Catón satirizaba brutalmente, como era su costumbre, dando audiencias de plenipotenciario en su excusado portátil, quizá este ahí, decía, el comienzo de la gran guerra que un día u otro derribará los poderes inícuos, levantando sobre sus ruinas, como inevitable coronamiento de tanto esfuerzo, la República Social.

LOS PUNTOS CRÍTICOS DEL PROBLEMA

Para LA NACIÓN

Londres, Noviembre de 1912.

Todo el mundo conviene en que el fuego bélico de la región balcánica puede incendiar de repente la Europa, desencadenando la gran guerra prevista desde muchos años ha, como una liquidación de tantas cosas. Procuremos establecer los puntos críticos de este acontecimiento, obscuro para la generalidad en sus detalles, aun cuando son ellos los que revisten precisamente el mayor interés, al resultar los factores decisivos cuyo conocimiento define la formidable amenaza.

Pero antes, conviene plantear esta cuestión previa que determina las consecuencias posibles de la temida lucha: una vez armados los pueblos, pues con el sistema de reclutamiento adoptado por los países europeos, la disputa no sería ya entre ejércitos, sino entre pueblos armados; arruinadas las naciones por el inmenso cataclismo; hambrienta la plebe y consciente a la vez de su poderío; colectivizada la fuerza que hoy contiene sus aspiraciones a la participación directa de la riqueza común, por ella principalmente creada en provecho ajeno; destruído, así, el prestigio militar que dejaría de pertenecer a un organismo privilegiado: ¿podrían impedir los gobiernos que el pueblo usara de aquellas mismas armas contra sus amos, convirtiéndolas en instrumentos de la soñada libertad?

Hoy no es posible afirmarlo, porque el ejército pertenece a las autoridades, en virtud del aislamiento que le forma un conciencia especial, consistente en la desaparición del individuo dentro de una masa dirigida por poderes cuyo dominio equivale a cierta influencia misteriosa e impersonal, que es emanación directa del derecho divino.

Por mucho que digan los políticos demócratas, el pueblo es una entidad distinta del ejército cuya presencia admira y respeta con cierto temor antiguo a esa cosa de autoridad, que en muchas naciones es todavía la cosa del rey. No cuenta como suya la fuerza armada, aunque tenga en ella sus hijos. El ejército le representa un vago cariño glorioso; pero, más todavía, en temor inmediato. Su organización, sus métodos, su disciplina, hasta su uniforme, son otros tantos motivos de aislamiento; y cuando la multitud aclama a tal o cual jefe, lo hace con la admiración respetuosa debida a un señor muy distinto de ella. El ejército representa el poder de la autoridad, no la fuerza del pueblo, frecuentemente reducido por aquél a la obediencia que desearía abandonar. Una educación milenaria, fomentada por los gobiernos como la mejor prenda de su dominio moral, ha robustecido aquella creencia, por otra parte tan lógica, pues efectivamente, sin gobiernos no habría ejércitos, ni el pueblo acudiría a formarlos. Si ahora lo hace, es compelido a ello por la ley que el gobierno establece y ejecuta valiéndose del mismo ejército; vale decir, imponiendo al pueblo una carga siempre repugnante, cuya obligación acentúa su diferencia con aquél.

Pero las necesidades cada vez mayores del propio gobierno, al mismo tiempo que el progreso general, han debido ir contando más y más con el pueblo, hasta incorporarlo a la vida pública y de consiguiente al mismo ejército considerablemente aumentado. Mientras esto

siga efectuándose como en tiempo de paz, es decir, por medio de contingentes que se relevan a virtud de sucesivos llamamientos, la evolución de la conciencia popular será muy pausada; pues el ejército seguirá siempre aislado de la masa, o sea conservado en la situación más favorable a su prestigio, y constituyendo la cosa de la autoridad, el instrumento eficaz contra las rebeliones de la masa misma.

El llamamiento de los pueblos a las armas, puede modificar bruscamente aquellas condiciones psicológicas, por otra parte ya muy cambiadas en los dominios de la crítica y de la razón; de tal manera que la rutina y el miedo tradicionales cuyas causas he mencionado más arriba, y que hasta hoy predominan en la conciencia popular, desaparecieran con la experiencia, como la fe del sacristán en los santos a los cuales desempolva y desnuda.

No bien el pueblo pase a ser ejército, el ejército se convertirá en pueblo, con todos los inconvenientes que esto puede revestir para la autoridad; puesto que el pueblo es el elemento permanente y natural, en cuyo seno habría de disolverse aquel compuesto hechizo. Ahora bien, sucediendo esto, el gobierno habría perdido su instrumento principal de acción y de influencia; y como en virtud de su propia misión específica, o sea la conservación del orden, que no es sino la seguridad de una minoría privilegiada, en perjuicio de los más, los intereses de todo gobierno son fatalmente opuestos a los del pueblo, cabe suponer que éste aprovecharía su situación ventajosa para decidir el problema en su favor.

Por otra parte, cualquier derrota en condiciones semejantes, equivaldría a un cataclismo espantoso del pueblo armado, que no tendría cómo recobrarse en países muertos por la absoluta militarización: circunstancia propicia para estimular las reivindicaciones procedentes

de la desigualdad y la miseria, llevadas así al extremo. La guerra política habría planteado la guerra social, con el pueblo convertido en ejército.

A medida que estudio la historia, resúltame más clara la predestinación de sus fenómenos. Los hombres, incluso nuestros amos del derecho divino o del sufragio universal, son meros agentes del destino que potencias superiores orientan hacia estados cada vez más compatibles con las conclusiones de la razón: chispa divina que así nos comunica con la excelsa superioridad de aquellos seres. De esta suerte, los amos ensoberbecidos, al convertir el pueblo en ejército para satisfacer mejor sus monstruosas ambiciones, asegurar más el disfrute de sus privilegios y compeler el esclavo a la forja de sus propias cadenas, han creado un dilema terrible entre el ejército de la autoridad y el pueblo convertido en ejército, o sea en la posesión plenaria y efectiva de su voluntad. Tal es el primer punto crítico de la tragedia que amenaza.

El segundo es una consecuencia de las mismas alianzas famosas que constituyen el equilibrio europeo.

La victoria de los aliados balcánicos, resulta favorable a la "Triple Entente" por diversos motivos. Aquellos han hecho en gran parte la guerra con dinero francés; su escuela de guerra y sus cañones, son franceses. Tratándose, por otra parte, de una victoria eslava, ella resulta favorable a Rusia, cuya influencia prepondera en aquellos países. El paneslavismo, que es la política rusa en el sur europeo donde el imperio de los zares aspira a dominar, alcanza en aquel acontecimiento un *desideratum* largo tiempo anhelado. Sea en virtud de futuros proyectos de absorción, sea por mera tendencia de raza, muy poderosa sobre la opinión rusa, el caso es que esta guerra consuma el proyecto de 1878, malogrado por

Bismarck, dando a los reinos balcánicos los límites que Rusia quiso, entonces, asignarles. En cuanto a Inglaterra, si bien la anexión de Creta a Grecia malogra sus propósitos imperialistas sobre el Mediterráneo, donde sólo le faltaba una estación naval en el canal de Citeres para tener por suyas todas las puertas, la influencia de Francia sobre Grecia, repórtale una compensación eficaz, dada la acción conjunta con que ahora cuenta, en caso de conflicto; y la opinión del partido liberal es decididamente favorable a los aliados.

Estos contituyen, además, una potencia nueva con la cual debe contarse desde luego, y que será, según parece, un aliado futuro de la "Triple Entente". De aquí que la proposición del gobierno francés sobre desestimiento territorial, haya merecido la aprobación inmediata de Inglaterra y de Rusia.

Con esto, las tres potencias en cuestión, obtienen la simpatía de los aliados y también las de los turcos, que, naturalmente, sospechaban de Rusia. Por último, Italia cuya colaboración, o por lo menos neutralidad, desean las potencias de la "Entente", para las cuales el verdadero enemigo es Alemania, cabeza de la "Tríplice", tiene también muchas razones para regocijarse con el triunfo de los aliados, no sólo por animadversión hacia Turquía y por obvias simpatías dinásticas con el Montenegro, sino porque la constitución de la Gran Servia y la posesión de Scutari por los montenegrinos, cerraría al Austria el camino del Adriático donde los italianos tienen mucho interés de que no se robustezca, dadas sus permanentes aspiraciones a la reivindicación de Trieste. Sus intereses vienen, pues, a coincidir con los de la "Entente".

La política de la "Tríplice", redúcese, entonces, a las conveniencias de Alemania y de Austria, en coin-

cidencia poco simpática con las del turco vencido. Este ha de procurar, como todos los débiles en trance análogo, enredar las cosas, favoreciendo las pretensiones del Austria a tierras que de todos modos tiene ya perdidas. Tal es la explicación de su última solicitud para que las potencias intervengan en el conflicto, exactamente como lo hizo en 1878. Pero las condiciones de Europa son muy distintas.

Alemania no dicta ya la ley del vencedor, entonces favorecido por el prestigio de una reciente decisiva victoria. La rivalidad entre Inglaterra y Francia se ha trocado en amistosa inteligencia. La república latina se ha recobrado de sus contrastes. Las entonces problemáticas nacionalidades del Balcán, son ahora una potencia cuyos ejércitos victoriosos suman seiscientos mil soldados. Por último, "el hombre enfermo" de Constantinopla, es ahora un agonizante.

¿Cuáles son, entretanto, las pretensiones austriacas?

Austria desea prolongarse, hasta el Adriático y el Egeo, apoderándose del distrito de Novi Bazar, limítrofe con la Bosnia, para llegar hasta Salónica o hasta Scutari, dos puntos largo tiempo codiciados. Parece que, en último caso, contentaríase con el pequeño puerto de San Giovanni di Medua; pero los montenegrinos acaban, precisamente, de incorporarlo por fuerza de armas a su territorio.

El imperio austro-húngaro necesita la salida a los mares citados por varias razones.

Su comercio, en primer lugar, es importante en las islas cercanas; pero soporta una competencia muy activa por parte del italiano y del inglés, que tienden a predominar, debiendo añadirse a esto la próxima nueva influencia del que sin duda desarrollarán los aliados, convertidos en potencias marítimas. Militarmente hablan-

do, el imperio necesita a la vez robustecerse en el Adriático, donde posee las tierras del antiguo Véneto que Italia aspira a reivindicar. Por otra parte, su espinosa política interna en Hungría, tiene como única solución aceptable la vinculación de los dos reinos en un propósito común, que sería naturalmente, la expansión hacia el Adriático; pues con ello crearía sobre la frontera húngara un interés patriótico que coincide con las aspiraciones históricas de aquel miembro de la monarquía. El pangermanismo, no es un ideal para los húngaros, cuya adhesión necesita un interés nacional para convertirse en hecho espontáneo. Después, aquellos territorios representan para el Austria la única expansión a que puede aspirar sobre las costas mediterráneas, pues la ocupación de Trípoli por los italianos, cierra enteramente el camino a toda pretensión de esa especie. La "Tríplice" completaría su dominio en Oriente, si una posesión sobre el Egeo, y desde luego Salónica, venía, a ser etapa intermedia en la ruta de Siria, donde Alemania domina, como es sabido. Esta última potencia, no ha de ver, por su parte, con buenos ojos, la formación de un poder, aliado posible de la "Triple Entente"; por lo cual está en su interés, que el poderoso imperio austro-húngaro la contraríe con su participación, instalándose de través en el centro de la nueva entidad, que así resultaría material y políticamente dividida. Basta para esto que Austria consiga prolongarse desde la Bosnia, por un corredor cualquiera, hasta las costas egeas o adriáticas, donde fundaría puertos militares que serían centinelas avanzados sobre Montenegro y Grecia. Salónica, por ejemplo, está ligada a la gran línea férrea internacional de París-Viena-Constantinopla; y cuando Austria consintió en la construcción del ramal que lo efectúa, fué, según la opinión corriente, para preparar un camino a la conquista de aquella ciudad.

Turquía, por su parte, bajo la conocida influencia de la diplomacia alemana, y para causar a los aliados, con esa vasta intriga, el daño que militarmente no ha podido hacerles, ha de fomentar, sin duda, las pretensiones austriacas; y nada extraño sería que de un momento para otro, Austria salga exhibiendo algún documento reservado de cesión, en salvaguarda de sus "derechos". La historia turca está llena de análogas sorpresas.

Luego, las potencias, principalmente aquellas más militaristas, no se resignan a creer que en los Balcanes no las temen. Cuentan todavía con su prestigio sobre los vencedores, para imponerles reglas de conducta, como si conforme a su propio concepto inmoral, hubiera principios superiores a la fuerza, y como si la conquista no les representara el supremo derecho de posesión. Cuando la anexión de Bosnia y Herzegovina, Austria habíase negado a tratar con Servia que solicitaba una conferencia diplomática. Ahora los servios aprovechan de ello para efectuar su programa, sin dar participación ninguna al arrogante vecino de ayer. *Esto, como es fácil colegir, puede ocasionar conflictos muy graves. Austria no ha de abandonar, sino en último extremo, la única coyuntura que se le ofrece para crear en los Balcanes una "posesión de imperio" como la Alsacia-Lorena, que es la razón de existir del imperio alemán: su vínculo político más poderoso, pues sólo con ello dará efectividad a la unión de los dos reinos que la forman.* Este procedimiento es característico de la política germánica que por razones de raza y de tendencia histórica, resulta ser también la suya. Hungría posee una historia demasiado brillante para olvidar su nacionalidad; y sólo se vinculará íntimamente al Austria, cuando su unión con ésta le reporte la satisfacción de una de

sus tradicionales aspiraciones nacionalistas, que no pudiendo ya dirigirse al norte, al este ni al accidente, tienen que hacerlo hacia el sur, sobre el Adriático de sus antiguas ambiciones. De otra manera, el paneslavismo la arrastrará tarde o temprano.

Posible es, entonces, que Austria amague un falso ataque diplomático hacia el sur, o sea sobre Salónica, para capitular con una salida en el Adriático a título de compensación. Pero, entonces, plantéase otro problema. Servia, que no tiene puertos, necesita igualmente salir al Adriático, o sea a la costa más cercana, pues para esto ha hecho la guerra. La costa adriática forma parte del territorio que pretende reivindicar. El asunto parece fácil, pues todo se reduciría a compartir con Austria ese dominio. Mas, fuera del desmedro patriótico que esto aparejaría para los servios, Italia, por las razones ya mencionadas, reclamaría también su parte de costa adriática; con lo cual el reivindicador legítimo quedaría de hecho despojado.

El triunfo de la Europa liberal es también demasiado completo, para que el militarismo germánico, director de la "Tríplice", no intente cruzarse en su camino; pero de todas maneras, ello demuestra una vez más que la mejor política, no es la de los gobiernos reaccionarios. Que las ideas modernas llevan consigo el secreto del éxito y constituyen una fuerza efectiva, con mucha frecuencia superior al temido militarismo. La participación, por puro abuso de fuerza, en una victoria que otros alcanzaron, es una actitud antipática que subleva a la opinión, verdadera potencia directriz del mundo contemporáneo. *Un atentado contra los pueblos balcánicos, pondría en este momento de pie a media Europa contra los agresores.*

Por esto los militaristas contemporizan y recurren

a la diplomacia, preparando sorpresas que pueden consistir en la introducción de un nuevo elemento con el cual nadie cuenta hasta ahora: otro punto crítico del ya enmarañado asunto.

Este elemento es la Albania, única resistencia seria presentada por los turcos a la alianza. Si la doctrina de esta última, "el Balcán para los balcanos", hubiera de aplicarse en conferencia diplomática, es muy probable que Austria pretendiera la autonomía de aquella región, fundándose en ese mismo principio; o que, de acuerdo con Turquía y con los turcos albaneses, propusiera sencillamente su protectorado bajo la soberanía nominal del sultán, como ya sucedió con la Bosnia y la Herzegovina. La anexión consiguiente, efectuaríase luego, y el puerto de Durazzo, daría al imperio austro-húngaro la salida sobre el Adriático, que es ya imposible, a mi entender, por San Juan de Medua y por Salónica. Pero los albaneses son turcos, es decir, vencidos, y parece muy probable que los aliados intenten ocupar su territorio, para integrar por ese lado su lote, con la unión de Grecia y de Montenegro. Tal vez la autonomía de Albania bajo un protectorado austriaco, sea la solución que evite el gran conflicto. En todo caso, la creación de una potencia balcánica, es ya un hecho para la historia europea. El famoso equilibrio fundado por Bismarck, con procedimientos muy parecidos a los que ahora intenta renovar el Austria, secuaz de su política, está roto. La satisfacción de las aspiraciones austriacas, tornaríalo más instable aun, aunque con ello se evitara temporalmente la guerra, pues nadie creerá que los aliados se conformen al despojo, siquiera parcial, de su conquista. Ello los echaría, por el contrario, hacia el lado de la "Triple Entente", dándole la ventaja que todas esas combinaciones persiguen para hundir a la liga rival. Una alianza que supusiera para los balcanos la

aspiración de reivindicar el territorio cedido al Austria, sería una nueva causa de guerra. Si la cesión no se efectúa, viene también la guerra para obtenerla por fuerza de armas, y evitar que la "Entente" mancomune sus intereses con los aliados, cuando éstos se hallen en situación de aprovechar su victoria...

Queda, así, esclarecido el miserable y precario fundamento de ese equilibrio que consiste en mantener el egoísmo de los fuertes a la atisba de una presa temporalmente neutralizada, vale decir, en ceba posible para cada cual. El sistema toca a su fin. *La Europa oficial va inexorablemente a la guerra que será su liquidación en la miseria y en la sangre.* La Albania es, en el mejor de los casos, demasiado pequeña para servir de eje a tan complicada política. *El gran conflicto se prepara más amenazador que nunca, y los pueblos asolados pagarán con ríos de sangre, quizás con el exterminio de comarcas enteras, el rescate de su milenaria opresión.* Será el último servicio que deban al orden, la postrera contribución que les impongan sus amos. Estos últimos, más mediocres, más incapaces cada vez, carecen decididamente de fuerzas para afrontar las consecuencias del conflicto. He ahí la lógica inevitable del destino. Agentes ciegos de una transformación que no entienden, ahí están afilando, a pesar suyo, el arma que ha de suprimirlos. Durante millares de años, el pueblo forjó sus propias cadenas en la mentira y en el miedo, así se llamaran ellas dogma de obediencia o sufragio universal. Ahora llega el turno a los amos, siendo ellos mismos quienes deben preparar su propia ejecución. La iniquidad que fundaron, tórnaseles contraria. También sobre ellos impera la inexorable fatalidad. El amo asiático lía en este momento sus bártulos salpicados de sangre. Qué prevención tan elocuente para los congéneres de ese espectro desvanecido.

LA EUROPA DE HIERRO

Para LA NACIÓN

París, Septiembre de 1913.

Ruego al lector que no extrañe mi insistencia en comentar el estado guerrero de Europa. Con esto, ocúpome para él del asunto más importante que ofrece la actualidad, pues determina todas las preocupaciones de pueblos y gobiernos; así como su comentario, me suministra la oportunidad de sacar lecciones provechosas para nuestra joven democracia. Si ellas no resultan siempre agradables, téngamelo en cuenta. Más grato y más fácil me sería entretenerlo de otro modo. Pero ello comportaría una defraudación. La filosofía, he dicho alguna vez, es en gran parte la ciencia del desengaño. Ahora bien, desengañarse es disminuir en ilusión, pero progresar en verdad. Y las ilusiones que salen tan caras al pueblo, como la gloria guerrera, la paz armada, la política, el parlamentarismo, no podemos conservarlas sin mengua enorme de la verdad, aun cuando nos causen ciertas satisfacciones. Por lo demás, ello resulta inmediatamente inofensivo, al ser puramente filosófico. El valor práctico de la verdad descubierta, y del ideal formulado en consecuencia hállase limitado por las circunstancias especiales del medio donde se actúa. La crítica adversa a una institución, no impone al crítico, una prescindencia forzosa respecto de ella, co-

mo tampoco ocasiona su supresión inmediata. Puede haber, y existe por cierto, una cantidad de militares que reconozca el creciente anacronismo de la institución a la cual pertenecen, y su antagonismo con la libertad. No podría exigírsele, sin crueldad, que la abandonaran en homenaje a su convicción, comprometiendo su bienestar, con frecuencia ligado al de seres inocentes para quienes no existe aquel problema filosófico. Conformar las acciones a los principios, es, sin duda, el ideal de la vida perfecta; pero Sócrates, con ser quien era, desfalleció más de una vez...

Así, mi crítica, no concierne sino a las instituciones y a las ideas. Los hombres que las practican y las profesan, sonme, como tales, dignos de todo respeto. Considero en sus defectos, los míos propios, quizá distintos, siempre equivalentes; y por lo mismo que mi proceder más o menos bueno y malo, es mi mejor forma de adaptarme a la vida, aseguro a los adversarios, con aquel respeto, el disfrute del mismo bien. Allá donde podría descubrir una mala acción o un delito, prefiero ver una equivocación. Cuanto más me instruyo, más dudoso me parece el derecho de condenar. Sé también que las instituciones son, hoy, por hoy, aunque muy escasamente, el único medio de practicar en ciertos casos la solidaridad social. Reconozco que la filosofía, da la norma de pensar, pero no la regla de vivir. Entiendo bien que ser filósofo, es llevar una luz consigo; pero casi siempre, ante la infinitud de nuestra ignorancia, aquella luz no hace sino descubrir más sombra. Así la estrella en la inmensidad, profundiza el fondo de la noche. A despecho de la fórmula feroz, en cuya virtud nada importa que perezcan los pueblos si se salvan los principios, creo que la vida del hombre es siempre más interesante que sus ideas. Aquel que sacrifica sus sentimientos a sus

convicciones, inflígese una molestia estéril; pues incurre en el absurdo de querer fructificar sin florecer.

He ahí algunas de las cosas útiles que sé. Y luego, quedan las debilidades humanas del filosófo, con las cuales, en el peor de los casos, comete la maldad de parecerse a los demás hombres...

Decíamos, pues, que la preocupación dominante en Europa, es la guerra. El conflicto balcánico, duplicado en forma imprevista, reveló la inminente posibilidad de aquel incendio cuya devastación piensan los gobiernos prevenir, aumentando los combustibles. El principio de sentido común, en cuya virtud la preparación para la guerra trae guerra y no paz, salta hoy a la vista. La lucha balcánica que al parecer resolvía la cuestión de Oriente, no ha hecho sino embrollarla. La rivalidad, antes poco temible entre los entonces pequeños reinos, conviértese en formidable amenaza con la importancia que éstos han adquirido. *Bulgaria abriga con impaciente rencor la idea del desquite, para asegurarse el cual busca una inteligencia con Turquía.* Esta última, con la retoma de Andrinópolis y la constitución del reino vasallo de Albania, continuará influyendo como nación europea. La determinación de la frontera albanesa resucita las históricas rivalidades entre Italia y Austria, unidas a su vez contra Grecia, a la cual apoya Francia, nuevo elemento de discordia. La espinosa cuestión de la Dodecanesia egea, que hace derramar sangre desde los tiempos homéricos, renace más complicada que nunca. Italia tomó algunas de esas islas a Turquía, declarando que no eran sino prenda eventual de guerra, y así quedó confirmado por el tratado de Ouchy, pues Inglaterra tiene dicho que no tolerará la posesión de esos puntos estratégicos sobre el Mediterráneo, sino a Grecia y a Turquía. Si los actuales posesores retardan la devolución a este

último país, es con el fin de operar así contra Grecia en la cuestión de Albania; pero, como el apetito viene comiendo, los especuladores y militaristas de Italia, empiezan a propalar que sería bueno quedarse con Rodas. Esta isla es, a su vez, uno de los puntos estratégicos que Inglaterra vigila más, y Grecia ha hecho la mitad de la guerra para reconquistar la Dodecanesia. Cuenta en su favor, además de la superioridad naval sobre Turquía, que le da dominio efectivo, con la historia, la raza, la influencia y la voluntad de aquellas poblaciones; sucediendo igual cosa con el Epiro que también intentan arrebatarle.

Sobre todo esto, dominando y a la vez provocando tales conflictos, está la influencia maléfica de las potencias que forman la triple alianza y la triple "entente"; vale decir, las grandes causas de la guerra continental. Véase cómo.

Representada la cuestión de Oriente por la balanza proverbial, sus dos platillos a fiel, eran Turquía y los estados balcánicos. Un día, el equilibrio se rompe con la alianza de estos últimos. El fiel inclínase hacia la "Triple Entente" que había favorecido dicha operación con su influencia, sus misiones militares y su dinero. La alianza balcánica representábale una nueva potencia adherente. Entonces, la combinación rival empezó a hacer para disminuir esta nueva entidad, suscitando las conocidas desinteligencias de Austria y de Italia con Servia, Grecia y Montenegro. Para esto, nada mejor que crearles un enemigo limítrofe e irreducible por razones políticas, étnicas y religiosas, prorrogando a la vez sobre los territorios conquistados, tanto como fuera posible, la soberanía turca, siquiera en forma nominal. Tal fué el objeto del flamante reino albanés.

En esto, la Bulgaria triunfante y engrandecida por

sus victorias, sintióse de repente gran potencia, es decir, para la moral del caso, bandido de camino real; y estimulada, sin duda, por el ejemplo que estaban dando los países tutores, sino acaso por consejos de alguna potencia de la Triplice, fué y quiso agrandarse más aún a costa de sus recientes aliados. Pudo creerse un momento, que la política de la "entente" fracasaba en un desbaratamiento definitivo de la alianza balcánica; pero la entrada de Rumania en escena, malogró las desmesuradas ambiciones del partido militarista búlgaro, inmediato instigador de la segunda guerra, concertando los intereses de dicho país con el que seguía uniformando a los otros tres miembros de la alianza mencionada.

La cuádruple potencia, queda, pues, moralmente restablecida, y dirigida en el sentido de la "entente", por los intereses comunes de Grecia, Servia y Montenegro, agraviados y amenazados por la Tríplice de una manera irremediable.

El peligro está en que la derrota diplomática y política, ha correspondido a la combinación europea más militarista, dirigida, como nadie ignora, por Alemania; pues este país empieza reforzando su ejército de un modo formidable, como para advertir que se ratifica en sus conocidos procedimientos. Por otra parte, Bulgaria busca a toda costa una alianza con Turquía, o sea una combinación de contrapeso balcánico, evidentemente apoyada por la Tríplice: nuevo peligro, pues como esta alianza, por más que contara con Albania desde luego, sería siempre inferior a la otra, aun excluyendo a Rumania, el apoyo de la Tríplice resultaría demasiado directo; vale decir, ocasionado a conflictos del mismo carácter con la "entente". He ahí una razón más para que Italia y Austria coadyuven al engrandecimiento de Albania, dificultando en forma peligrosa el arreglo definitivo de la frontera griega.

Tal es, en sus grandes líneas, pues al detalle resulta aún más complicado, el estado de la tragedia.

Pero no es ésta la única, ni tampoco la más importante partida definitiva que se juega en la ocasión.

La magnitud de los intereses encontrados, el peligro inherente a su conflicto, la cantidad de factores en juego, y sobre todo la facilidad de comunicación y de crítica, han desenmascarado a la política de una manera brutal. Los políticos no han podido sostener una sola de las deslumbrantes mentiras con que explotan el entusiasmo de los pueblos. El principio de la tradición histórica, de la raza, de las nacionalidades; la religión, la gloria; hasta el muy militarista y positivo concepto de la ocupación efectiva, o sea de la capacidad de conquistar, fueron inexorablemente sacrificados al verdadero motivo: la guerra, operación financiera en la cual, sin el menor escrúpulo ni cuidado de ocultarse, el peje grande se devoró al más pequeño.

Nunca presenciamos espectáculo más repugnante. Grecia, Servia y Montenegro, tienen por suya la razón histórica que durante siglos no dejaron de reivindicar, apoyados, para mejor, cuando el turco inspiraba miedo, por la diplomacia de los mismos países que hoy se la desconocen. La raza es también suya. El turco no fué, por aquellas comarcas, más que un invasor tiránico, siempre en inmensa minoría. Las poblaciones quieren ser, a toda costa, griegas y servias. Seguirán peleando, dicen, o emigrarán, para conseguirlo. Grecia en la antigüedad, Servia hasta el comienzo de la Edad Moderna, ejercieron dominio nacional sobre aquellas tierras. Por virtud de este hecho, Europa entera reconoció una nacionalidad helénica en 1821: de manera que, según eso, la patria no se prescribe jamás. Y obsérvese bien que todos los atentados cometidos, tienen, según es costumbre,

al patriotismo como justificación: el patriotismo de los políticos y de los militaristas, que no es sino el culto de la rapacidad.

Por otra parte, los países despojados a mansalva del fruto de sus victorias, habían demostrado con ello su capacidad de posesión. Estaban, pues, en todas las condiciones requeridas para que la Europa "potente" la reconociera.

El materialismo militarista, agente natural del muy cristiano dogma de obediencia, exige como éste precio de sangre a toda redención. Sólo por medio de la guerra, demuestran los pueblos la efectividad de su derecho a las comarcas que por razón histórica, étnica, nacional, les pertenecen. Los países balcánicos hallábanse, pues, en regla.

De nada les ha valido. Los grandes han dispuesto de los chicos a su antojo: útil advertencia para no meterse jamás con ellos, ni creer una palabra de las fórmulas que proclaman en sus congresos del derecho y de la paz. El chico no puede esperar nunca buena intención del grande: tal es la moraleja que la política de las potencias nos enseña. Para devorar un débil, los fuertes están siempre de acuerdo.

Mas, no se crea que los chicos de por acá, educados bajo iguales principios, profesan una moral distinta. Ya hemos visto el procedimiento de Bulgaria con sus aliados. Del propio modo, no bien se creyó fuerte, enemistóse con Rusia, la autora de sus días, por decirlo así, y la gran monitora del eslavismo, para entenderse con las potencias germánicas, enemigas irreconciliables de los eslavos. Verdad es que Rusia, por su parte, acababa de autorizar el despojo de Montenegro, expulsado de Scutari; no obstante su triple derecho histórico, étnico y nacional, abonado por una heroica reconquista.

El rey de Grecia, cuñado del emperador de Alemania, acaba de declarar en un discurso comentadísimo, que su ejército ha debido la victoria a la táctica y a los principios prusianos; cuando es notorio que la eficaz reorganización militar de los griegos, se debe a instructores franceses. Es que Grecia ha menester de un consejo valioso a Italia, en el asunto de las islas Egeas. Y después, entre parientes, como todos los reyes lo son por derecho divino, hay que tirar para el lado de la familia. Francia tendrá excelentes militares, que es ventajoso aprovechar. Pero se trata de una democracia sin dios...

Porque la religión, como nadie lo ignora, ha sido el grande agente de la guerra contra los turcos. Los reyes balcánicos, representaban, en el caso, el interés directo de Dios. Sus proclamas al respecto, son edificantes hasta la comprobación. Si su fé política es la que sabemos, su fe religiosa resulta, al menos, sincera.

Veamos cómo se la practica en palacio:

Jorge I de Grecia, era protestante; pero mandó educar a su hijo, el monarca actual, en la religión ortodoxa que es la de su pueblo. El zar de Bulgaria es católico; pero como sus súbditos son ortodoxos, el príncipe heredero pertenece a esta comunidad. Los demás hijos, son católicos a su vez. En cambio, la zarina es protestante. No sale menos complicada en Rumania esta política de Dios. Allá también el rey es católico. La reina y la hija primogénita, protestantes. Los demás hijos, ortodoxos como el pueblo...

Ahora bien, es sabido que "fuera de la iglesia no hay salvación". Con arreglo a este principio, los católicos creen que todos los protestantes se condenan. No puede suceder otra cosa, al ser éstos sectarios de tan horribles herejes como Lutero y Calvino. Los protestantes, a su vez, llaman "demonios papistas" a los católicos.

El papismo es para ellos la antesala misma del infierno. Los ortodoxos, que por definición monopolizan la "recta doctrina" de Dios, reputan condenados a los protestantes y católicos; quienes, recíprocamente, afirman lo mismo de los ortodoxos. Cien concilios y millares de respectivos doctores, han ratificado en cada iglesia estas verdades. Para cada una de ellas, es el Espíritu Santo quien lo ha revelado así. Por esto, resulta sencillamente monstruoso que un padre creyente bautice a sus hijos en distinta religión: ello es lo mismo que votarlos al infierno. Y los reyes son, precisamente, representantes de Dios en la tierra. Representantes tan celosos, que por fuerzas de armas, si es necesario, imponen el respeto divino. Según las iglesias, en esto consiste, por lo demás, su primer deber.

De este modo, los búlgaros han "convertido" en masa las poblaciones musulmanas, colocándolas en fila, con una línea de bayoneteros a la espalda. Los popes cristianaban a paso militar, llevando una regadera y un salchichón de cerdo que cada bautizado debía morder después de la mojadura. Y lo que prueba cómo el dogma de obediencia, bajo su doble faz militar y religiosa, resulta una petrificación de barbarie, es que igual cosa practicaron con los búlgaros y con los rusos, los bizantinos del siglo décimo. Los jesuítas de nuestras misiones, procedieron lo mismo, a su vez, con los indios guaraníes. Pero el hecho de ser creyentes estos sacerdotes, y escépticos como hemos visto, aquellos reyes, demuestra también que el dogma de obediencia, no representa, principalmente, una satisfacción espiritual, una conformidad de la conciencia, sino un acto de sumisión práctica. El creyente que no practica, dicen todos los teólogos morales, está propenso a la incredulidad, y recíprocamente, la fe viene practicando: es de-

cir, con el ejercicio de la servidumbre que comportan todas las prácticas rituales.

Así el principio de autoridad exhíbese con insolencia impune en su monstruoso polimorfismo. Todo lo que es fuerza gubernativa, elemento de opresión más o menos directo y consciente, concurre a esta hipertrofia, que sin duda inicia un supremo desenlace.

Significativa es, a este respecto, la actitud de los socialistas. Nunca fué más violenta la reacción militar, más descarado el bandolerismo de los políticos, y también más tibia, más acomodaticia la protesta. En Alemania, por ejemplo, allá donde su fuerza parlamentaria es mayor, tal actitud ha equivalido a un consentimiento, subrayado con regocijo por toda la prensa reaccionaria. Lo cierto es que el antiguo socialismo antipatriota, desaparece. Ha dejado de ser, en la materia, el obstáculo que antes preocupaba a los políticos. Bebel declaraba, poco antes de morir, que en caso de guerra franco-alemana, él y sus amigos pelearían contra los franceses. Jaurés presenta un proyecto de ley militar y lo estudia tácticamente. En Italia, con motivo de la guerra líbica, vimos a muchos socialistas coincidir con los católicos en el elogio de la monarquía conquistadora, aunque ésta es para unos y otros el principal enemigo. Así se efectúa, por lo demás, la evolución de todas las fuerzas gubernativas. Están entre sí, más cerca de lo que ellas mismas suponen. La alianza de la vez pasada entre socialistas y reaccionarios franceses con motivo de la ley electoral, es una prueba. El socialismo será militarista mañana. Aquellos de sus miembros que llegan a ministros, lo demuestran ya individualmente. La huelga militar internacional en caso de guerra, ha pasado a ser una fantasía que ya ni siquiera mencionan. La desautorización y el fracaso que la presente reacción militarista les re-

porta, va a clasificarlos como realmente son: un partido político, es decir una fuerza conservadora más, un instrumento de gobierno. Los burgueses han empezado a comprender...

Entonces, el choque de la entidad gubernativa será directo con los pueblos armados, si éstos saben aprovechar la ocasión. Los amos del derecho divino, y los del sufragio universal, quizás peores porque son más hipócritas, no tienen ya nada con qué engañar a sus siervos. El mismo odio que les han inculcado durante siglos de embrutecimiento militar, desvánecese en lo difuso y embrollado de guerras lejanas, cuya combinación diplomática y financiera, es demasiado fría, demasiado cínica para despertar entusiasmo. Por eso este ingrediente ha faltado en absoluto, durante la actual amenaza de conflicto europeo, aun cuando éste removía de golpe todas las enemistades históricas. La impresión europea es de angustia y de miedo. *Recuerda la época sombría de las invasiones bárbaras. Es que, como entonces, comprén-dese por doquier que el mundo va a cambiar y la civilización a transformarse desquiciada en un conflicto gigantesco.*

Lo que se jugará en él, es el dogma de obediencia contra el principio de libertad. Entonces sabremos si los hombres son dignos de este bien, o si, como pretenden los amos, es la servidumbre su condición natural. Éstos aparentan una seguridad inconmovible. Su concentración es perfecta y formidable. Su imperio sobre las masas serviles, no se disimula ya. Y sin embargo...

...Sin embargo, falta una cosa en ese organismo enorme. Falta la justicia, que es decir, el espíritu. Pero cuando el espíritu se va, sobreviene la muerte. Y un gigante muerto será siempre inferior a una mosca viva.

LA LEY DEL DESTINO

Para LA NACIÓN

París, febrero de 1914.

Desde que estalló la guerra de Oriente, hice notar con una persistencia que habría sido cargosa, a no contener enseñanzas tan útiles, la vigencia del principio en cuya virtud jamás sale el bien del mal, ni da provecho seguro la injusticia. Antes, por el contrario, ella es germen de reacciones adversas a su autor, quien resulta, así, "castigado". Para los creyentes de las religiones positivas, esto demuestra la existencia de legisladores y ejecutores extrahumanos; mientras para el filósofo, es un resultado de la vida contrariada que busca, así, el recobro de la normalidad. De tal manera, es bueno todo aquello que asegura y favorece la vida; y malo, todo cuanto la debilita y contraría; de donde el bien resulta un fenómeno natural, superior a los dogmas que pretenden imponerlo como mandamientos de divinidades arbitrarias.

La política internacional de las grandes potencias, subordinada a un brutal positivismo que sólo aprecia los resultados materiales, sin tener para nada en cuenta el derecho de los débiles, va, sin embargo, de fracaso en fracaso, aun cuando esto nada le enseñe al parecer. Empeñada en arreglar el mundo, sin otra preocupación que el provecho de los poderosos, no hace otra cosa que tras-

tornarlo más cada vez. Sus omnipotentes e inteligentísimos directores, nada aprenden, ni comprenden, puesto que los vemos obstinarse en el mismo procedimiento. Y esto, sin que nadie los contraríe, al tratarse de cosas demasiado complicadas y obscuras para que puedan comprenderlas los pueblos. El desarrollo de su política coincide, por el contrario, con una reacción de nacionalismo, producto, a su vez, de la ignorancia y del miedo. Nadie piensa en contrariarlos, *puesto que los mismos socialistas evolucionan hacia el militarismo.* El principio de autoridad es, en este punto, más poderoso que nunca. Sin embargo, todo va de mal en peor. A medida que aumenta el poder militar de las naciones, la paz, en vez de robustecerse, como lo pretende la famosa máxima, tórnase más insegura. La cuestión de Oriente se complica hasta ser una amenaza continental. Ella consiste siempre en la misma cosa: el recobro de territorio por las razas autóctonas a las cuales despojaron los turcos, y la constante intervención de las potencias cristianas para impedirlo, cada vez que ha sido posible.

Así el arreglo de 1878, que preparó la pasada guerra y fué una de las principales causas del desarrollo militarista en Europa. La guerra turco-rusa pudo, entonces, resolverlo todo. Intervinieron las potencias, y el tratado preparó la guerra de 1913. Pareció que ésta, a su vez, liquidaría todo. Pero las potencias, que no habían podido evitarla, intervinieron otra vez, y el tratado de Londres produjo a poco andar la guerra entre los aliados. Nueva intervención, que impuso el tratado de Bucarest, creando otro estado de guerra cuyas consecuencias son, de nuevo, inminentes. De allá salió, en efecto, una alianza turco-búlgara, fomentada por la Tríplice, y tan activa en sus operaciones, que Turquía, a costa de sacrificios supremos, acaba de comprar el dreadnought

"Río de Janeiro", para establecer su superioridad naval sobre Grecia. Este esfuerzo es tan desproporcionado con el poder financiero de los turcos y tan amenazador para los griegos, que la necesidad de una nueva guerra impónese perentoria a la Turquía y a la Grecia. El primero de estos países ha debido realizar, para obtener aquel navío, un empréstito oneroso, del cual sólo podría resarcirse, con abundante botín; mientras el segundo deberá aprovechar cuanto antes su superioridad naval, para resolver el asunto de las islas que constituyen la presa codiciada.

En una carta anterior expuse someramente el posible conflicto insular que había de reabrir más peligrosa, si cabe, la cuestión de Oriente. Ya está ahí reabierta, y del modo más difícil para la paz europea, puesto que en ello va la supremacía sobre el Mediterráneo. Para Italia, cuyos imperialistas sueñan con el *mare nostrum* de la antigüedad, la conquista de la Libia no podía ser sino un comienzo. Las islas que tomó a Turquía constituyen un gaje de expansión, sea para negociarlas con tal objeto, sea para quedarse con ellas, como los imperialistas lo aconsejan. Sometida la Albania a su influencia, que si hoy comparte con Austria espera reivindicar mañana en provecho exclusivo, la posesión de Rodas, o la instalación privilegiada en dicha isla, le daría tres decisivos puntos de apoyo en el Mediterráneo Oriental. Si a esto se añade Sicilia, su posición marítima resultará allá preponderante. Pero tal solución no conviene a Inglaterra, cuya política, ya secular, busca precisamente lo mismo. He dicho más de una vez que la autonomía de Creta y la posesión o instalación en Rodas, habrían dado a los ingleses la solución buscada, o sea la posesión de las principales entradas del Mediterráneo. La anexión de Creta a Grecia desvanece esta esperanza,

bien que con probabilidades de renacer, si la influencia de la Triple Entente en el reino helénico fuera tan decisiva como parece. Mas, por lo que respecta a Rodas, las posibilidades se alejan sin concluir, mientras dicha isla quede en poder de los turcos o de los griegos. Esto último es, sin duda, lo que más conviene a Inglaterra, pues seguramente una vez redondeado el nuevo territorio de Grecia, este país entrará en la zona de influencia política de la Triple Entente. Es lo que ve venir la alianza rival, y por ello sus maniobras pretenden, debilitar en lo posible al reino helénico. *De tal modo viene por ahí el conflicto, que Alemania instala en Constantinopla una misión cuyo objeto es poner en manos de la Tríplice el dominio de los estrechos. La Entente está, pues, a pique de perder todas las ventajas conseguidas en los Balcanes, y es de suponer que no se resignará sin arriesgar algo. Comprende, quizá demasiado tarde, el error de no haber dejado suprimir a la Turquía en Europa. La absurda vanidad rusa, que no quería ver a los búlgaros en Constantinopla, tiene ahora a los alemanes; el comercio inglés, que impuso la conservación de Turquía, ha puesto en jaque toda la política inglesa del Mediterráneo.*

Esto es lógico, por lo demás. Todas las potencias tiránicas, capital, militarismo, religión, tenían que estar voluntaria o inconscientemente con los turcos, que representan, en su absolutismo despótico, la perfección del dogma de obediencia.

Resulta, así, muy significativo, que los tres países más empeñados en sostener a la nación mahometana, impidiendo la reivindicación definitiva de los cristianos de Oriente, sean Italia, la tierra del papa, Austria, imperio papista por excelencia, *y Alemania, la autocracia de derecho divino más admirada por el Vaticano.* La nueva cruzada ha tenido por adversario al cristianismo, mien-

tras ayudábanla visiblemente la Francia jacobina y la Inglaterra liberal, que como nadie ignora, son dos agentes del demonio: lección utilísima, puesto que permite apreciar en forma intergiversable el verdadero carácter del cristianismo.

Y no se diga que el papa carece de influencia en la política italiana. Nadie ignora que a la hora de éstas, hay alianza entre el Vaticano y el Quirinal. La curia romana es decididamente nacionalista, y no ha protestado una sola vez contra el desmedro causado por las potencias de la "Triplice" a los cristianos de Oriente.

Pero hay un hecho más notable todavía.

El empréstito realizado por los turcos para adquirir la superioridad naval que arruinaría la influencia de la Triple Entente en Oriente, salió de una casa francesa. Fué un banco de París el que facilitó los cincuenta millones.

Gran escándalo de la prensa con este motivo. Amargas recriminaciones al gobierno que no había sabido evitar aquella deplorable operación, y a la embajada en Constantinopla, que, según parece, la ignoraba.

Todo esto está muy bien; pero lo cierto es que ningún gobierno puede con el capitalismo, del cual resulta, al contrario muy obediente servidor. Ni el capitalismo necesita de los gobiernos, para operar como se le antoje, ni hay embajada que pueda saber lo que al capitalismo no le conviene. El dinero no tiene más ley que el interés, ni sabe nada de patria. Allá donde reditúa más, va a colocarse inexorablemente, sin que haya impedimento posible. Y es lo que ha sucedido. Los capitalistas reclaman patriotismo, cuando éste comporta la defensa de sus intereses; pero ello no quiere decir que, en ningún momento, renuncien a la provechosa colocación de su dinero. Y como toda la máquina guber-

nativa está montada con este fin, carece de eficacia para hacer lo contrario. El comercio ha sido siempre el mismo, porque su objeto exclusivo es lucrar; y así, para no salir del tema, los venecianos, en pleno siglo XII, es decir, durante el auge del cristianismo cuyos devotos fervientes eran, alquilaban sus transportes marítimos a los cruzados contra los turcos, y simultáneamente vendían armas a los turcos para que pelearan contra los cruzados...

El dinero francés, como cualquier otro, irá donde le convenga, sin que nadie pueda evitarlo. Pretender que los gobiernos lo impidan, es una quimera conocidísima por todos los economistas.

La tercera guerra balcánica, está, pues en el horizonte.

El militarismo de las potencias, que no retrocedió ante la reproducción del primer conflicto, arma el próximo con implacable frialdad. Nada le importan los nuevos torrentes de sangre, la miseria, la ruina, la iniquidad victoriosa sobre millares de inocentes. Lo que se trata de saber, es quién jugará primero en Grecia o en Turquía.

Y cuando la política se transforma con este cinismo en el arte del pillaje y del asesinato, hay todavía quien espera de la evolución legalitaria el mejoramiento del mundo. Jamás se hizo víctima al pueblo de una traición más criminal o más estúpida. Nunca tuvo el dogma de obediencia cómplices más perniciosos.

Y, entretanto, el peligro aumenta; pues cada una de estas guerras parciales, torna más posible el conflicto general. De las montañas balcánicas, el centro bélico se desplaza hacia el Mediterráneo: toca el corazón de Europa. Lo que hoy parece quedar arreglado, descompónese peor mañana. La pretendida ciencia de los po-

líticos directores es un juego de azar en la sombra. Impera, más perentoria cada vez, la ley del destino. El negocio lo domina todo. Juega sin escrúpulos con la vida de los hombres y con la dignidad de los pueblos. El ministro que habla de patria es un títere de la banca internacional que no la tiene. El militarismo conviértese en un negocio manejado por los bolsistas y los fabricantes de armas. La guerra pierde todo carácter heroico, para convertirse en la solución de problemas fríos y lejanos, que a nadie entusiasman, porque sólo interesan. Religión, militarismo y capital, redúcense a su común denominador, el dogma de obediencia. Son ellos, no los anarquistas con su vocinglería baladí, quienes suprimen la patria. El capital, prestado al enemigo, porque paga más interés; la bandera encabezando empresas de iniquidad contra los débiles; la religión, cómplice de los sarracenos porque son más que los fieles, según dice la copla: esto sí que es traición a la patria y a la dignidad.

Pretender que semejante estado de barbarie ha de concluir por medio de la evolución, es como asegurar a la mula de la noria que ésta va a desaparecer porque ella siga tirando. Hace, entretanto, millares de años que esto sucede, y nada mejora de una manera visible, como no sea fruto de la revolución. La experiencia histórica es concluyente a este respecto. Por eso vemos agruparse de un solo lado a todos los agentes del dogma de obediencia, representado por la legalidad, cualesquiera que sean sus diferencias superficiales: sacerdotes, militares, capitalistas, políticos de todas marcas; mientras del otro lado está el rebaño servil, quizá incapaz de ser otra cosa.

El filósofo, entretanto, no justifica ni condena. Estudia las causas y declara bueno lo que es favorable al desarrollo de la vida. Comprende, así, que el dogma de

obediencia es malo, pero no desconoce la fatalidad que asegura su imperio sobre los hombres, y sin ponerse a protestar contra el viento, defiende su pequeña luz, con la mano ahuecada — mísero de él — ante la llama que vacila...

LA REVISTA DE SPITHEAD

Para LA NACIÓN

Londres, Julio de 1914.
A mi hijo Polo.

El rey de Inglaterra acaba de revistar en la Mancha la más poderosa flota de combate que se haya visto reunida sobre los mares. Cuatrocientos noventa y tres navíos formaban en esa operación colosal, constituyendo las tres escuadras caseras (home fleets) que defienden el acceso del Reino Unido. La primera de esas escuadras, siempre armada en guerra y con la dotación de sus unidades completa, está formada por los navíos más modernos. La segunda comprende aquellos que, declarados viejos, hállanse aún en servicio activo, con la mitad de su dotación. Componen la tercera los acorazados y cruceros más antiguos, con un quinto de sus tripulaciones; pero esta vez se había llamado por diez días a las reservas en número de 13.600 hombres, substituyéndose con este ensayo las maniobras anuales. Ello ha servido para demostrar que, en cualquier momento, y sin perturbación alguna, puede Inglaterra tener a la mano tan estupendo poder naval, así aprovechado en su máxima eficacia; al paso que, según creo, la operación comportaba también una respuesta al reciente convenio austro-alemán, en cuya virtud la flota germánica contendrá cuatro nuevos "dreadnoughts". La parte austriaca, consistente en un in-

cremento de la fuerza terrestre, ha sido contestada simultáneamente por Rusia, con la declaración de que ahora sólo necesita 15 días para poner en la frontera 30 cuerpos de ejército; mientras Francia ratifica el aumento del servicio militar y vota nuevos créditos para sus tropas. El ensayo inglés adquiere, de este modo, mayor importancia que las maniobras navales, en cuanto demuestra la verdadera capacidad de combatir de las tres escuadras, que soportarían el trabajo más recio, presentando por primera vez en su totalidad el poderío naval así constituído; vale decir, el máximo esfuerzo que debería realizarse, y que, como acaba de verse, anda igualmente expedito en el aprovechamiento de las naves más viejas. Por lo demás, cuando se habla de buques antiguos, conviene no olvidar que la edad de estas máquinas es muy breve; de tal modo, que los 78 "destroyers" de la primera escuadra, cuentan menos de seis años. El buque más antiguo de las tres flotas es el *Magnificent,* que data de 1895. La movilización es tan completa, que sólo faltan, por hallarse en dique o en comisión especial del servicio, seis grandes navíos: los acorazados *Benbow* y *Emperor of India,* de 25.000 toneladas, y los cruceros *Indefatigable,* de 19.000; *Invincible, Inflexible* e *Indomitable,* de 17.250. El total comprende 59 acorazados y cruceros de línea, contándose entre los primeros 20 "dreadnoughts", 65 cruceros de toda clase, 13 torpederos, 83 torpederas, 187 "destroyers", 59 submarinos, 7 minadores y 20 transportes. Veinticuatro hidroplanos y dos dirigibles desempeñan el servicio aéreo. La magnitud excepcional de semejante flota, excusa, me parece, mi prolijidad.

Otras más numerosas han cruzado, sin embargo, estas mismas aguas: la de la segunda expedición de César contra los britanos, que comprendía 800 naves para el transporte de cinco legiones (27.000 hombres y 2000

caballos) entre Boulogne y Deal, y la de Guillermo de Orange contra los Estuardos, formada por 600 buques con 15.000 hombres de desembarco transportados de Calais a Dover. Infiérese que Guillermo el Conquistador necesitaría no menos de 1500 para conducir sus 60.000 normandos; pero el tonelaje y el poder de la formación que acaba de efectuarse, no admite comparación alguna con aquellas tablazones, que un solo crucero actual habría desbaratado en dos horas.

El rey Jorge revistará primero una armada constituída por las mejores unidades de las tres escuadras, en número de doscientas treinta y cuatro, haciendo lo mismo con el resto de las naves durante los dos días sucesivos, Una feliz oportunidad nos permite asistir a la formación de aquella primera flota que tiene por cabecera a Portsmouth, la más importante estación naval de Inglaterra. Doce columnas, sobre una extensión longitudinal de treinta y tres kilómetros, cierran el espacio comprendido entre Milford y el castillo de Southsea en la costa firme; los Needles, blancos abruptos escollos que parecen recién quebrados en la punta occidental de la isla de Wight y el puerto de Bembridge en la misma isla. El eje de la formación está constituído por la columna central, que es la más larga: treinta y tres navíos, los más poderosos de las flotas. Si se atribuye a cada uno de ellos cien metros de longitud por término medio, pues todos los "dreadnoughts" tienen más de ciento veinte, excediendo los ciento cuarenta y cinco el *Iron Duke,* que es el buque almirante, se verá cuán próximos hallábanse unos de otros aquellos potentes ingenios, y se adquirirá la impresión exacta de un colosal bastión de hierro crenado por fajas de pálida mar, cuyo fondo cierran, a su vez, otros bloques formidables. Detrás está la Gran Bretaña segura y libre, cuyo carácter parece haber impreso a aquellas

moles, tal como en la coraza resalta el tronco viril, la voluntad cerrada, el severo ardor, la decidida tranquilidad, la gallarda firmeza, el perfil ejecutivo y hasta la expresión un poco sombría de su altivez. Arriba, en el gallardete, quiebra una flecha de oro el sol y aletea la alegría del viento. Así la poesía y la salud, que no faltan, por cierto, al gran pueblo. ¿Dónde hay, en efecto, infancia más deliciosa, juventud más fresca y rosas mejores? ¿Dónde es más glorioso el vigor y más llevadero el afán?

Inglaterra misma es una nave anclada. Todo le viene del mar: la rudeza externa y la suavidad interior, como a la concha perlera. Sus mejores prendas: la voluntad y el romanticismo, entroncan en la cepa del antiguo pirata; la decisión temeraria y la poesía de las aventuras marítimas, las han constituído. Su carácter se atesa no bien sale, como el obenque con el viento, y sólo se abre al volver, como el cofre del capitán.

La fresca serenidad de una mañana de combate inspíranos, a no dudarlo, esta divagación también marítima. La verdad es que hace un día magnífico, crespo de celajes veraniegos, sobre las aguas verdosas de la Mancha, donde la brisa encarruja apenas festoncillos de espuma. En el ligero barco que nos conduce, cae el sol con bastante viveza, pero ni aun esto dura, pues no tarda en saltar de barlovento un fresco soplo que todavía se pone a cantar en la guindaleza con agudo zumbido. Tiramos hacia la isla de Wight, para despuntar el frente occidental de la escuadra y meternos por la gigantesca avenida de treinta y tres kilómetros, que forman en el mar las dos columnas centrales de navíos de guerra. Sobre las magníficas arboledas de la costa insular, destácanse las velas de los yates y de las barcas que llevan la misma dirección, amuradas en ángulo audaz para tomar todo el viento. Pasan como barajando el freno las valientes lan-

chitas automóviles. Los vapores del servicio local hormiguean de gente. El mar está de fiesta, y cada ola que da en la proa se quiebra como una botella inaugural en borbollón de champaña.

Ya enderezamos hacia la flota cuya lejana arboladura diséñase confusamente aún, abrumada como un pinar de invierno, cuando de pronto avanza sobre nosotros el primer hidroplano. Llega y nos reconoce contorneándonos; vira en redondo luego, pica a fondo sobre el mar, y tras breve guiño tangente, roza con sus patines las olas, ringla esbelto sobre la fácil lastra que estalla en flechas de cristal. Otros vienen volando en parejas, a mayor altura, y la actividad aérea es grande, pues se trata de avistar el yate real que tarda mucho. Detenido en Londres por las exigencias de la situación política, el rey no vendrá, en efecto, hasta la tarde, y esta circunstancia va a permitirnos ver la flota con mayor comodidad.

Empieza la doble columna con los cruceros *Endymion* y *Theseus,* que en compañía de veintidós más, forman la escuadra de retaguardia. Todos estos buques, así como los trece acorazados que siguen (cinco en la columna principal y ocho en la segunda) pertenecen a la tercera "home fleet". Con el *Dominion* que ocupa el décimosexto lugar en la primera de dichas columnas, comienza la flota de acorazados y cruceros de línea en servicio permanente.

Un solemne estupor va ganándonos poco a poco.

Negros como rinocerontes, los navíos parecen reconcentrarse en un acecho de fiera. Inmóviles bajo su cáscara de hierro, mudos, opacos, indiferentes al chapoteo del reflujo, algo revela en su actitud que están despiertos. Dijérase que hay una presteza agresora, latente en la avanzada proyección de sus líneas, en la verticalidad tajante de sus estraves sin bauprés. Las cofas

techadas dejan ver una estrecha luz como al ras de una visera. Los cañones de proa parecen estar olfateando como largos sabuesos. Vibra en las chimeneas una ligera exhalación, estalla por ahí una chispa en la red telegráfica a la cual sirve de antena el corto agudo mástil, así parecido a la verga del rayo. Bajo la piel serpentina del mar, que les sube hasta la cintura como a los monstruos antiguos, las naves concentran el fuego titánico de sus entrañas, esconden con ingenio sus cavernas de pólvora, sus montañas de proyectiles. De ahí les viene la energía tremenda que revela su aspecto, como la cornamenta en la inmovilidad del toro. Si insisto en estos símiles zoológicos, es porque todos esos navíos poseen, efectivamente, una especie de animalidad. Los cruceros rápidos que parecen condensar su volumen en aglomeración de chimeneas, alterosos por delante con la elevación de la blindada torre, recuerdan aquellos potros de anca enorme y potente cerviz; los acorazados más modernos, con su rebajada cubierta de proa y su montañoso castillo, parecen tendidos sobre el mar en el reposo vigilante del león. Por momentos, entre dos colosos, asoma al fondo, en las otras líneas, algún torpedero que semeja un jabalí. Continúan volando los sonoros insectos de la guerra, y allá lejos, entre dos nubes, pasea un dirigible su obesidad de cachalote.

Todas las tripulaciones hállanse prontas a combatir, descalzas y arremangadas. Los cañones están sin sus fundas, y hasta destapados en algunas navíos. La limpieza de éstos, es perfecta; no se advierte una melladura ni una chorrera. El color del rinoceronte llenará perfectamente su objeto evasivo entre la sombría plegadura del oleaje. Sólo en alguna tronera abierta, relumbra al paso tal cual resorte de bronce. El anteojo que esclarece todos estos detalles en las masas obscuras, va revelán-

donos también las insignias de almirantes y comodoros, los pabellones blancos y rojos que indican con puntos de este último color la categoría de cada escuadra. En las popas flamea la bandera imperial.

Deletreamos a las distancia los fieros nombres del padrón británico: *Soberbio, Conquistador, Audaz, Hércules, Coloso...*

Pasamos frente al *Dreadnought* que denomina la especie gigantesca, alto de encuentros como un corcel; ante el *Thunderer,* imponente como su nombre y primero entre los cuatro hermanos de igual porte; ante el inmenso *Marlborough* cuyo gemelo, el *Iron Duke,* es cabeza de la línea y enarbola el pabellón de almirante. A su frente se halla el *King George V,* más alto, pero menos capaz; y tales son los dos gigantes que están dominando la rada de Spithead.

El frente de las columnas ocupa el centro de ella y por allá seguimos, al lado mismo de los fuertes que, semejantes a boyas gigantescas jaqueladas de negro y de amarillo, defienden el acceso de aquella grande arteria marítima, uno de los troncos del corazón insular. Penetramos de nuevo, con dirección inversa, entre la sexta y la quinta columna mandada por el crucero *Lion;* volvemos por el costado de la cuarta que el *Lord Nelson* encabeza, y entonces, tomando al largo de la rada para regresar definitivamente por entre la columna sexta o central, y la séptima, donde ha de colocarse el yate del rey, contemplamos, hasta perderse de vista, las seis inmensas avenidas de hierro, que el mar, a su vez, pavimenta de ónice. Su soledad infunde la idea de una magnificencia imperturbable. Las ondulaciones del mar calmoso parecen huellas de pasos colosales que aun acentúan esa impresión. La tarde ha acabado, efectivamente, de serenar las aguas en grandes pliegues de se-

da. Dijérase que el mar estira perezosamente sus brazos musculosos. Llega en la salina frescura el relente de los pinares. Hasta una mariposa blanca divaga aventurera junto a uno de los acorazados. Las nubes van cargándose de sombra y de oro, como aquellos emplomados galeones que Drake arreaba en parvada de gallinazos bajo el gallardete de su cangreja. Y una molicie de barcarola me recuerda el estribillo de Enrique Banchs:

"Los bajeles del rey,
Los bajeles del rey..."

Allá están siempre las moles color de rinoceronte, alineadas en el aplomo de su tonelaje, en la firmeza militar de su hierro. Acá y allá tremola sobre ellas tal cual pendón, semejante a esos pájaros que espulgan el lomo de las grandes bestias. Después, casi imperceptible entre los barrotes y las aristas de negro metal, la industriosa hormiga humana que disciplina los elementos titánicos y forja con ellos los mismos rayos del dios. Pero, ¿no veo también sobre algunas cubiertas, damas cuya presencia asombra entre aquellas tripulaciones pronta al combate y recuerdan—*"honni soit..."*—a la peligrosa Emma, trenzando su guirnalda de bacante con los laureles de Trafalgar? Serán, sin duda, las correctas esposas de los oficiales, las más honorables "ladies" que pueda uno concebir. A pesar de todo, estos almirantes, que saben griego, han debido recordar, tal vez, las lecciones de la Odisea. Aquello es, sin duda, un simulacro; mas, al mismo tiempo, es también una formación de batalla, cuya trascendencia salta a la vista. Y aunque sea admisible, causa mala impresión, porque la mujer, inspiradora del heroísmo, lo estorba en el combate, como sucedería con el arco que siguiese a la fle-

cha. Pero esto no es sino un detalle, insignificante, quizá, en el soberbio espectáculo. Allá están siempre las formidables columnas, capitaneadas en el mayor avance de las cuatro centrales, por el Nelson, el Leon, el Duque de Hierro y el Jorge V. A derecha e izquierda, como sendas jaurías, los "destroyers", cuyos nombres recuerdan, efectivamente, a los perros de Acteón: Laurel, Leal, Amfión, Aqueronte. Y la larga nomenclatura mitológica: Leda, Jasón, Latona; y la zoológica: Buho, Lince, Chacal; y la de las piedras preciosas: Amatista, Záfiro, Topacio, Diamante, Rubí...

Después, más cerca de la costa, las torpederas agudas como delfines, los submarinos semejantes a palanganas invertidas, los hidroplanos en doble línea perpendicular, con las alas abiertas, frente al fuerte Monkton que defiende por el oeste el puerto militar. La playa arenosa hormiguea de público, los jardines de los "chalets" costaneros desbordan de rosas, nunca más oportunas a la verdad, pues la rosa es la flor de Inglaterra. Así como la belleza de esos vergeles rodea a la escuadra formidable y parece prolongarse en la suavidad de pradera del mar, la rosa anglicana forma el triple emblema del reino, con el viril cardo escocés y el dulce trébol de Irlanda.

Pero he aquí que la férrea ciudad de siete leguas se conmueve. Es que los hidroplanos exploradores anuncian al retardado yate real. Entre las nubes, más densas aun de sombra y de oro, un dirigible cuyo capacete acorazado brilla como una bala, viene haciendo señas también. Trepan acá y allá por las vergas acelerados banderines; los semáforos de las torres, pónense a gesticular como peleles. Y de pronto, a vanguardia de la columna central, el cañón del *Iron Duke,* sordo profundo, tremendo, inicia las salvas. Su retumbo conmueve el ai-

re como una mole, parece rebotar en el acorazado inmediato, en el otro y en el siguiente, que a su vez van tirando. Entonces anímase con aparato de tempestad la vida siniestra de todo aquel hierro. Cada nave va siendo una nube relampagueada. Y como se tira con pólvora de salva, las balumbas de humo completan esa impresión. Los primeros remotos cañonazos tienen un eco casi triste: infunden aquella desolación grandiosa que cobra a la tarde el ladrido del mastín. Pero las descargas fulguradas en violentos pincelazos que tajan como sables, la vibración del estruendo enorme que se aproxima, la humareda de cráter, el trágico despertar de los colosos, acaba por remover en nuestras almas un rescoldo de barbarie. La garra del fiero instinto nos empuña la raíz del corazón; lágrimas feroces nos suben a los ojos, un sollozo caliente como la sangre trae de las entrañas, sin que podamos evitarlo, aquella crueldad de la especie, tan profunda y fatal, que el mismo dolor prometeano no ha podido domarla. Es que en la vibración de esas explosiones, pasa con vuelo colosal, llenando cielos y mares, la gloria de Inglaterra. Nuestra amistad responde con temple simpático al eco del inmenso tronar, pues aquí, como en Roma, el hombre de alma honrada no se siente extranjero. Roma, dije, y es cierto. Así como esta impresión debe haber sido la que causaba aquella otra gloria imperial. Así, mientras exista la barbarie de los hombres, la libertad inglesa, como la romana, requerirá baluartes inexpugnables que la defiendan, porque en ella ha puesto sus esperanzas la humanidad. Y es esto lo que justifica tan estupenda fábrica de heroísmo y de dolor, con sus millares de toneladas de hierro, el metal del trabajo, convertido en carne de monstruo, con su precio espantoso de setecientos millones de libras, que valen el hambre de mi-

llones de pobres, con su horrenda maquinaria de matar, cada uno de cuyos tiros cuesta como un diamante. Lo que constituye la sublimidad de estas cosas, es, precisamente, su verdad brutal, no las imágenes infantiles de la guerra de estampa; es la trágica estupidez del sacrificio que cuesta, lo que prueba la necesidad de la patria; pues aun resultándole madrastra feroz, la quiere el hombre. Y la libertad humana, precisa, también, que Inglaterra esté segura. Ah, si no lo hubiera estado, qué fuera, quizá, de nosotros al nacer, *qué sería, tal vez mañana de la democracia universal, si su potencia cediera?*

Tras la férrea ciudad de siete leguas, gigantescamente plantada en el océano, siéntese, como a la proximidad de un ánimo viril, la confianza de Inglaterra. Las líneas de sus navíos dominan el agua con posesión categórica, clavando el estrave en ella como una navaja, mordido allá en el fondo el suelo inglés por las áncoras que parecen corazones...

Ahora que la escuadra entera está tronando, los tiros suenan como aldabonazos de amo sobre las puertas de la mar. Hasta donde alcanza la vista, todo es hierro y ola, humareda, estruendo y relámpagos. La escuadra se ha transformado en una selva de prodigio. La tremenda energía que la sacude, parece venirle de las entrañas mismas del país por la raigambre de sus áncoras. Dijérase que en aquellos cañonazos palpita el corazón de la Gran Bretaña como un profundo martillo que bate el acero. Y cuando uno piensa en lo que así ha debido trabajar el gran pueblo para convertir en imperio universal, habitado por cuatrocientos millones de almas, la ínsula natal, a trasmano de las vías históricas, puede solamente apreciar lo heroico de esta gloriosa desmesura. Tengo dicho, efectivamente, que el heroísmo consiste en la desproporción del ánimo con los medios mate-

riales. Así Inglaterra, escasa de territorio, tomó por suyo el océano y civilizando con ello medio mundo, se predestinó para la libertad. Esta no es, como se ha dicho, hija de la montaña, sino del mar. Por eso la Atena del griego navegante y libre, era patrona de la brisa. Por eso la república veneciana se desposaba con el océano. La vela se anima con la dilatación sin límites del viento; y en la decisión con que lo toma su trapo audaz, está la heroica desmesura. Así el ser humano ha impuesto a las fuerzas la ley de su mente, libertándose, pues en eso consiste la verdadera libertad; y por ello, nada patentiza tanto la gloria del hombre libre, como la nave donde arrenda el viento o rige la ardiente cuadriga de los caballos de vapor.

La brisa desbarata al flanco de los navíos, en melenas de león, el humo de los últimos cañonazos. Allá lejos, a la cabecera de la séptima columna, entra en línea el blanco yate real, que parece una delgada gaviota. Destácase con elegancia sobre las sombrías naves de guerra, inclínase un poco, dijérase que tendiendo un ala para gobernar, y en ese momento, desde las nubes magníficas, un sol de Turner, pulverizado en luz, alarga a través de las proas, como si así trabara aquellos titánicos cerrojos del mar inglés, dos barras de oro.

LAS VISPERAS TRÁGICAS

"LA NACIÓN", Septiembre de 1914.

I

Yo estaba en París el 29 de julio cuando se resolvió la movilización general que, como es sabido, comporta ya la guerra, pues la declaración no constituye en tal caso sino una confirmación jurídica; y también me hallaba en Londres cuando estalló el conflicto inglés con Alemania. Esta doble circunstancia, me permite concluir las tareas de corresponsal, contando lo que ví en dichas capitales; porque, el público suele atribuir interés a las impresiones directas manifestadas con sinceridad. Este documento servirá también, aunque sea en grado mínimo, para orientar las apreciaciones cuya exactitud interesa a todos, dado que nadie puede permanecer indiferente en presencia del estupendo conflicto.

El domingo 26 de julio, un tranquilo domingo de Londres, ligeramente lluvioso, pero templado, dirigíame, a eso de las dos, por Oxfor Street, para tomar el "tubo" en la estación del British Museum. El inmenso tráfico que habitualmente se desarrolla en aquel punto, estaba suspendido por el descanso dominical. La amenaza de mal tiempo disminuía aún el número de transeuntes. Apenas uno que otro mocetón equipado para el cricket,

una que otra valiente "river-girl" con su falda cándida, sus medias blancas y su blusa de punto, verde o encarnada, anunciando como un consabido cartel la partida de "punting" a la moda en el poético Támesis de Richmond o de Maidenhead. Los pasos de aquellos pocos viandantes sonaban individualizados en el silencio, y la fachada del enorme "Holborn Restaurant", cerrado también por ser domingo, aumentaba la impresión de soledad.

Frente a la estación, un vendedor de diarios voceaba la edición aburrida, de cierto periódico dominical, pregonando sin mayor exaltación "la guerra de Austria contra Servia". El día anterior había vencido, en efecto, el plazo del tremendo *ultimatum,* y tanto los círculos financieros como los políticos, esperaban, a decir verdad, graves noticias. Aunque los gritos de ese género, constituyen muchas veces un abuso de los listos voceros, que mañosamente destacan las palabras interesantes en los títulos de noticias vagas o triviales para expender así su mercancía, dí mi penique por el papel, recorriéndolo de una ojeada; mas como nada viera y ya iba desconfiando, interrogué al vendedor: "¿Dónde está la noticia de la guerra?" "Aquí, señor", me respondió con la presteza de quien acaba de cobrar doble, explotando ya la situación. Y, efectivamente, al pie de una columna, en el espacio que los diarios londonenses suelen dejar vacío cuando no llega la noticia de alcance, habíase estampado con un sello de goma, sobre la página ya tirada, estas palabras: "Austria declaró la guerra".

Confieso que sentí miedo. Ya teníamos, pues, encima la cosa horrenda y enorme que había estado yo mismo anunciando entre la general incredulidad. Entonces, la apacible monotonía del domingo, transformóseme

bruscamente en desolación. Sentí mezclarse confusamente en mi espíritu el cariño a Inglaterra con los recuerdos de la patria lejana, y a modo de fatídica advertencia, me dió en el corazón, la soledad de Londres...

Para mí no cabía duda. El *ultimatum* austriaco, deliberadamente inaceptable; el pesimismo repentino que había engendrado en Europa; la instabilidad del equilibrio internacional que por extraña suerte pude un tiempo antes conocer; *la necesidad ineludible que tenía Alemania de jugarse a vida o muerte, en este preciso año de* 1914, daban a la noticia una categórica certidumbre. Mediaban también en ello el eclipse total de sol que debía sufrir Europa un mes más tarde, y la profecía de Napoleón, aquel siniestro agente del destino: "dentro de un siglo, Europa será republicana o cosaca". Refiero, como se ve, lo que me pasó, abriendo de par en par mi fuero interno. No, para mí no cupo duda. Mas, la primera reacción sobre esa instantánea angustia, fue el despecho contra mi acierto deplorable. Entonces, como la noticia resultó prematura, me puse a engañarme, tirándome a ciegas en la corriente optimista del primer momento. Pero, ni el activo despertar del lunes, ni las gestiones del Foreing Office, bien encaminadas al parecer, ni las declaraciones pacíficas del kaiser, ni la tantas veces obtenida localización de conflictos análogos, consiguieron borrar de mi espíritu aquella desolación como profética de la Londres dominical, donde fué un síntoma ya febril la somera noticia, dijérase que impresa en campaña con un sello de goma.

La última media semana estuvo ya muy nerviosa con la complicación, si bien distraída un tanto por las dificultades del Ulster y los debates del proceso Caillaux; pero el sábado, habíase producido en la Bolsa un pánico terrible. Algo dijeron los diarios el lunes por la

mañana, mas pude saberlo particularmente a la tarde del mismo día, en reservada conversación con gente de negocios. La impresión era pésima. Una masa de valores alemanes y belgas en verdadera fuga, había caído en Londres, deprimiendo el mercado con su peso excesivo y su impresión de alarma. Decíase ya que para disimular el "krack" empezado, clausuraríase la Bolsa, hecho inaudito, según creo, desde las guerras napoleónicas. El mundo de los altos negocios no ignoraba que el Banco de Francia iba a tomar resoluciones graves. En las últimas veinticuatro horas, el precio del trigo había aumentado. Como los círculos financieros son siempre los mejor informados en tales materias, las dudas que podía yo abrigar sobre el impresionismo noticiero de la prensa, quedaban así desvanecidas. La información privada era, como se ve, más alarmante aún. Uno de aquellos comerciantes me aseguró, en confidencia afectuosa, que la circulación metálica no tardaría en contraerse bruscamente, aconsejándome, a la vez, que me hiciera de oro...

Todo aquello, unido a la información abundantísima de los diarios que ya empezaban a multiplicar sus ediciones, al telégrafo particular del hotel, que suministraba noticias sin cesar, al comentario con los amigos y a la traducción volante para algunos compatriotas, mientras íbamos caminando por las calles o viajando en la imperial de los ómnibus, producíame un enervamiento intolerable. Era, por decirlo así, la depresión de la tempestad ya condensada sobre Europa. Acentuábase, entretando, la polémica entre la prensa liberal y la conservadora, respecto al papel que Inglaterra desempeñaría en el conflicto. Mientras la primera se esquivaba, alegando la falta de compromiso expreso con Francia y Rusia, la segunda exigía el cumplimiento de las obligaciones implícitas contraídas con aquellas dos naciones,

sosteniendo que las exigencias del honor no han menester documentos, y agregando que el verdadero propósito alemán consistía en aislar a Inglaterra para arruinarla sin estorbos después; pero este cambio de ideas, si bien muy enérgico en el fondo, no sobrepasaba los límites de la mutua cortesía, y hasta iba revelando por ambas partes cierto fiero pesimismo, el cual sugería, mejor que cualquier otro indicio, la gravedad de la situación. Lo que discutía la prensa era, en efecto, la suerte del imperio. En país tan mesurado y poco efectista como Inglaterra, semejantes comentarios revestían inusitada importancia.

Por más que no hubiera aún ninguna declaración terminante, la gente bien informada, consideraba ya a la Europa continental en estado de guerra. Entonces decidimos trasladarnos a París, llegando allá el miércoles por la tarde. La fisonomía de la capital francesa no había cambiado. Reinaba mucho mayor tranquilidad que en Londres. Bajo el sol veraniego, la ciudad hormigueaba como todas las tardes, populosa y alegre; los diarios no exageraban su información, ni había manifestaciones, salvo dos o tres conatos antimilitaristas que abortaron en la indiferencia general. El pánico financiero tampoco había trascendido, bien que fuera profundo. Efectivamente, esa misma noche supe que las quiebras habían comenzado, que la noticia de la declaración de guerra lanzada el mismo día por Austria, iba a producir otras más numerosas, que el precio de la harina aumentaba, y que en el ministerio de guerra reinaba seria inquietud respecto a la provisión de carne para el ejército. Era ya casi imposible encontrar una pieza de oro, y la información de alta banca consideraba probable también la retracción de la plata.

La tranquilidad del pueblo no impedía, sin embargo,

que en el estado mayor se considerara inevitable el conflicto, opinión compartida, según creo, por estadistas como Clemenceau y Delcassé.

Al otro día por la mañana, la misma quietud, que muchos argentinos compartían, según pude ver, aun cuando en los grandes hoteles se cambiaba ya con dificultad el billete extranjero, sin excluir las notas del mismo Banco de Inglaterra. Frente al Banco de Francia había alguna gente que retiraba plata, pues, como dije, el oro no circulaba ya. El grupo no pasaría de cien personas. En el Crédit Lyonnais, el Banco de Londres, el Banco Español, reinaba mucha actividad, pero ninguna alarma visible. Supe y vi, en cambio, que los bancos particulares estaban aterrorizados. La ciudad conservaba su aspecto y nada parecía deber alterarlo, cuando a eso de la una, el diario "París-Midi" anunció que el gobierno había dado la orden de movilización general. Todavía no era cierto, mas parece que la resolución ya existía. La policía secuestró inmediatamente aquella edición, el gobierno desmintió la noticia, resolviendo acusar al director de la hoja mencionada, y aquello produjo algún efecto calmante; pero las confirmaciones del terrible anuncio fueron aumentando. A las tres, los bancos habían suspendido también el cambio a plata, los comerciantes preferían no vender si debían dar vuelto en dicha especie, y esto con tanto rigor, que muy luego resultó difícil por tal causa efectuar compras hasta de noventa y ocho francos con un billete de cien. A las seis había ya gente haciendo cola ante algunos almacenes de comestibles. Decíase que muchas casas de negocio amanecerían cerradas por haber recibido patrón y dependientes, la orden de concentración. En las grandes tiendas, algunas empleadas cuyos deudos hallábanse en igual caso, despachaban llorando. Era la úni-

ca nota triste, pues la población recibió el anuncio con sencilla entereza. *Ça y est,* limitábanse a decir los convocados encogiéndose de hombros. Era, en efecto, la realidad brutal que se presentaba sin ambages, y el buen humor francés la aceptaba como de costumbre. Así, la brusca dificultad monetaria no produjo incidente alguno. En los hoteles y restaurantes, los "maîtres" advertían al entrar que era necesario llevar el dinero justo, pues no se cambiaba. Inútil añadir, que ésto produjo muchas molestias; pero mozos y clientes remediábanlo en lo posible con bromas de la ocasión, y en las fondas del Barrio Latino muchos patrones aceptaban prendas...

Como en todos los grandes acontecimientos, el pueblo acudió al bulevar, con este motivo más animado que nunca. Bajo la profusión de muestras luminosas, que agotaban la variedad multicolor de las combinaciones fijas y movibles, el río humano desbordaba silencioso formando densos regolfos frente a las redacciones de los diarios. El edificio chillón de "Le Matin", donde había pizarras y transparentes, era el más favorecido por la curiosidad. En previsión de manifestaciones antimilitares, allá y en otros puntos del bulevar, había tropas. Pero la multitud, lejos de revelar hostilidad alguna, pasaba rozando las bayonetas con simpática intimidad. Las muchachas sonreían a los soldados. No había un grito en la general animación. Veíanse muchas mujeres, pero ni una sola "cocotte". La policía capturaba, según parece, a todas las equívocas damiselas del bulevar, entre las cuales había no pocas alemanas y austriacas que se daban por francesas. El aspecto de aquella multitud ganaba así en honestidad valerosa. Era ese el verdadero pueblo de París, representando las inquietudes de Francia. Y esto quiere decir que no faltaba la parisiense,

enérgica y vivaz, como durante las grandes horas de la patria en peligro. Era menester verla, allá, con su comprensión intrépida, como por la tarde con sus lágrimas de madre y de esposa, firme, sin embargo, en el puesto del trabajo, para rechazar la necia calumnia que no la considera sino muñeca artificiosa como las veinte docenas de candongueras del bulevar. Pero la literatura y la comedia de pacotilla, habían desaparecido junto con sus habituales heroínas. Lo que se veía allá, era un pueblo fuerte y grave, quien comprendía con su fácil inteligencia, que había llegado para él una hora suprema. Por esto no derrochaba entusiasmo, ni profería un solo grito hostil para el enemigo, manifestando sólo esa sencilla decisión del valiente, que ni se engaña, ni vacila ante el peligro: *ça y est*... Y nada impresionaba tanto como aquella calma adusta. La aceptación consciente de la formidable amenaza, valía más que todos los "delirios" líricos y oratorios, esperados por cuantos no perciben el espíritu francés sino al través de una botella de champaña. La educación de la democracia resaltaba, asimismo, ventajosa en esa actitud. El pueblo del imperio, engañado por su déspota, pudo "delirar" como es de práctica en tales casos. El pueblo de la república, consciente de sus destinos, tenía que proceder de diverso modo, y su serenidad no era otra cosa que la manifestación de su conciencia. La actitud análoga del pueblo inglés, con ser tan distinto, enseña que los resultados del auto-gobierno son también análogos, robusteciendo una vez más la idea superior que asigna a todos los hombres, sin distinción de raza, igual capacidad para la vida libre. El pueblo parisiense tenía, pues, conciencia de la horrenda calamidad, que, ciertamente, él no había buscado; y hasta me avanzaría a sostener que no experimentaba ningún arranque de odio hacia el pueblo alemán. Es demasia-

do nervioso para contenerse si lo hubiera sentido. Quizá comprendía, sin definirlo, que la misma inmensa desgracia cerníase sobre la nación enemiga; tal vez columbraba en la inmensidad espantosa del próximo cataclismo, los resultados que no es difícil prever: el fin de un mundo, la ruina de Europa, el comenzado hundimiento de una civilización. Porque sabido es que el ejercicio de la libertad aumenta la inteligencia. El silencio imponente de los bulevares llenos de pueblo, era también una manifestación de dignidad. Así recibe el fuerte las malas noticias y afronta el peligro. Pues lo cierto es que sobre esa multitud tan vibrante, sobre esas calles tan luminosas, en esa noche de verano llena de estrellas y de serenidad, flotaba ya la muerte. ¡Cuántos de esos transeuntes estaban dando su último paseo; para cuántos entreabríanse ya en la sombra las puertas inexorables! Por otra parte, aquella grave aceptación de la desgracia, era la única actitud discreta ante la estupidez de esta guerra sin triunfo posible para nadie, sin gloria en el sombrío anónimo de su propia inmensidad, sin éxito equivalente a la irreparable destrucción que comporta, sin entusiasmo ni odios populares en su automatismo de máquina fatal. El pueblo francés tuvo, como siempre, la noción justa del momento. Su decisión era por esto mismo más admirable, al faltarle esa dósis de inconsciencia que existe siempre en el valor impulsivo. La apreciación justa del peligro no disminuía su disposición de afrontarlo. Desde la mujer llorosa hasta el hombre grave que veía sin engañarse la inmensa calamidad, todos pensaban y decían lo mismo: "Hay que morir por la Francia". Y uno reflexionaba, a su vez, si ante lo imprevisible de esta catástrofe sin precedentes, no estaría en aquel valor estoico el secreto del resultado definitivo. La verdad es que con el desgaste de esta batalla de veinte días, con

la falta de resultado apreciable para la tropa, con el espanto sobrehumano de este cataclismo, los habituales condimentos de la gloria, resultarán, quizá, insípidos. Tal vez ha llegado ya la época de que para los pueblos como para los héroes, la principal fuerza no consista en el odio contra el extranjero, sino en la noción de la propia justicia. Durante la Revolución, cuyo desenlace definitivo es esta guerra que dará el triunfo para siempre a los agentes de la libertad o a los poderes de la obediencia, se hizo, no sin resultado, el experimento.

Nuevos grupos seguían entrando al bulevar, pero el silencio continuaba, insinuando en el espíritu esa tristeza heroica, superior al mismo entusiasmo como elemento de combate. Aquel pueblo callado e inquieto, recordaba el desasosiego del león. Como éste lo hace ante el peligro, así desdeñaba rugir en vano. El pavor de la guerra pasaba erizando su piel, pero no tocaba su corazón profundo. Fácil era ver reflejada en su gesto la tranquilidad de la noble entraña. Entonces mi bien amada—cosa digna de mención, porque las mujeres no se equivocan en esto—dijo con la voz ya sollozada por la inmensa desventura:

—Van a pelear todos hasta morir.

Iba, entretanto, ganándonos el alma una inmensa simpatía trágica. Ya sentíamos la congoja fraternal por todos los inocentes que iban a morir, y a ratos nos salía del corazón, como una sombra helada, la evidencia del horror futuro. Hace dos años, al comentar en estas mismas columnas la guerra balcánica y sus consecuencias funestas, dije que se sentía pasar sobre los pueblos europeos la angustia previa consignada por los cronistas al amago de las invasiones bárbaras. Aquella última noche de París, yo también hube de sentirla. Me pareció, no sé por qué, que me despedía para siempre de muchas

cosas. Recordé con esa ira dolorosa que sólo el cariño engendra, todas las debilidades del gran pueblo y lo caro que iban a costarle, aunque sin poder reprochárselo, siquiera fuese en el fondo de mi corazón, porque cada una de ellas corresponde — y conviene no olvidarlo jamás — a una libertad conquistada de la cual sacan provecho los hombres. Así, toda derrota de Francia es un sacrificio más por la libertad humana, y los que se lo achacan vituperándola porque no supo convertirse en un cuartel, reniegan de su propio bien y son ingratos con torpeza.

Habíamos salido sin notarlo de la movediza y callada multitud, hallándonos de pronto en el seno de la ciudad dormida. Era la soledad habitual, que salvo tres kilómetros de bulevar bullicioso, certifica desde las nueve de la noche la honestidad laboriosa de París. Sobre el Sena obscuro, brillaban con reflejo veneciano las lucecitas verdes y rojas del alto puente de Passy. El río también dormía como un vecino trabajador. Un poco de brisa murmuraba como entre sueños en el pabellón de las alamedas. Al fondo de la noche, brillaba grande la Osa y engarzaba su diamante azul el asterisco de la Lira. Los jardines del Campo de Marte abríanse solitarios, y mi última impresión de París fué la aparición de la Torre, a la sazón erizada ya de ametralladoras y de fusiles, alta hasta perderse de vista su cresta eléctrica donde estaba bramando la fuerza de los cables enormes, vibrante de vigilancia oculta la potente armazón que parecía apuntar la noche con sus arcos titánicos. Dijérase que ese árbol de hierro sustentaba la confianza de París. Entre sus gajos, como en los de aquellos cedros que cantó Lamartine, cabían constelaciones. Sabíamos que su metal estaba palpitado de corazones ávidos, circulada de energía inteligente, su masa gigantesca; mientras

al tope, invisible con la sombra, la bandera tricolor, como un águila insomne, flotaba en la inmensidad.

Fueron después las breves angustiosas horas sin sueño, el brutal quebranto de cuerpo y de espíritu hasta el amanecer, la salida, que ya era fuga, en los últimos trenes regulares, la rauda marcha del expreso cien kilómetros por la campiña labrantía donde los trigos maduros tomaban el color del pan, formando contraste su dorada hermosura con los centinelas y los cañones que guardaban túneles y puentes; y las cosas habituales que iban pasando: Creil con sus canteras, Liancour con su castillo, el canal del Oise donde viejas barcazas a la sirga navegaban llenas de laboriosa paz; Amiens con su catedral cuya flecha de madera se ve de lejos, ligeramenmente doblada como un viejo mastil, Abbeville que deja percibir al paso, como en un pestañeo, la fachada de San Vulfrán, a modo de una madrépora gótica, Boulogne que parece una ciudad de dos pisos, y luego las dunas de Calais, la Mancha grisácea...

Era un día de bello sol sobre los campos veraniegos, divididos por la labranza en inacabables rectángulos de mieses maduras, de sembrados verdegueantes, de rastrojos mullidos como tapices, sobre los cuales destacábase a veces el duro gañán o la recia paisana guiando sus tordillos de potente cerviz al trabajo de la gleba. Así era fecundo el país de Francia, y en él felices aquellos trece millones de agricultores con que le dió, riqueza y democracia la formidable justicia de la Revolución. Y nada resultaba tan triste, tan desgarrador en su pacífica belleza, como aquella fecundidad amenazada por la catástrofe. El jilguero que volaba al paso del tren sobre la ondulación de los trigales, la amapola que de puro amorosa había vuelto a encenderse entre los centenos, los paisanitos que nos miraban pasar desde el borde de

algún barranco, manifestaban una inocencia tan feliz que labraba el alma. Habría uno querido que el paisaje armonizara con la siniestra barbarie de los hombres, que la nieve y la aridez anticiparan su mortaja a la pobre tierra sembrada donde toda esperanza iba pronto a morir, que la mañana no fuera tan azul, que no brillara tanto el sol...

Y ahora todo aquello está ya violado, devastado, hundido al paso de hierro de los ejércitos. Ya no sirve más que de lecho anónimo a los alegres "pioupious" que no han de volver, a los gallardos "boys" de Inglaterra, a los blondos garzones germanos allá sacrificados por la misma estúpida ferocidad, víctimas de idéntica maldición, y con ello, dignos ¡los infelices! de igual compasión, en su pobre carne muerta. Aun cuando los entierren, todos dejan afuera la misma sombra doliente, que es la mujer enlutada, uniforme por doquier como la noche, y cuyo luto bordado de lágrimas, forma el tapiz de los déspotas. Ahora aquella tierra ennoblecida por el trabajo de las generaciones, no es más que un pudridero colosal, donde la iniquidad va a fructificar en peste. Allá donde volaba el jilguero, plácense los cuervos y las moscas, donde bien olían el heno y la mies, hieden los cadáveres de la inmensa carnicería, y la sangre forma charcos siniestros allá mismo donde vi floreciendo ayer las amapolas de la dulce Francia.

II

Fué también hermosa la tarde de nuestro regreso a Londres, el 30 de Julio. El sol transparentaba la ciudad, como cristalizándola en ardiente topacio, y una fina luz parecía desflocarse en pelusa de albaricoque sobre las arboledas del Hyde Park, metalizar en vibrante acero las avenidas, meterse en escobada de oro por los pórticos del Mall. Resaltaba particularmente simpática y hospitalaria la magnificencia de la metrópoli imperial. Contagiábase, desde luego, la amistosa alegría de su pueblo, Era agradable oir el vertiginoso inglés londonense; sentíase uno familiar otra vez con el "policeman" comedido, con el mayoral que conserva la tradición, según creo victoriana, de invitar a los transeuntes cuando pára el ómnibus, voceando su trayecto; con la gente que no empuja ni grita, con el bienestar como dorado por aquel sol de "season". Destacábanse sobre la empañada turquesa del cielo las eminencias de la edificación, poco numerosas, por de contado, pues Londres defiende, discreta, su corrección y su luz: San Pablo, el Parlamento, Salisbury House, el Hyde Park Hotel, el hotel Russell; abríanse, como nunca hermosos en su naturalidad campestre, los vastos parques avanzados hasta el corazón de la ciudad, y coches y transeuntes íbanlos llenando, mientras no pocos desocupados prolongaban una siesta en sus céspedes. Rodaba expedita, dijérase que por holgado cauce, la circulación de los ómnibus rojos en cuya im-

perial van los pasajeros como servidos en bandeja, y que nunca están completos, de abundantes que son; los confortables automóviles de plaza; los variados, pero siempre ligeros vehículos de carga; los carritos que venden flores, adornados como para un corso con ramas de duraznero y varas de azucena, y los que venden frutas, con sus bananas apiñadas de punta como alfileres en una almohadilla, a dos por un penique, según el arrevesado pregón local: "penny's two, penny's two"; y los "cabs" a sangre, y los "hansoms" característicos, con su jaca delgada y su cochero que parece sentado en el techo. El hervidero humano caracterizábase como siempre por el predominio, en la City, de pantalones y chisteras; en Piccadilly, Bond Street, Regent Street y Oxford Street, por el de faldas claras y sombreros floridos. Estallaba en flechazos la luz sobre los grandes letreros dorados de balcones y cornisas, clavaba vivos dardos en distantes ventanas. Trafalgar Square, atronada como un cráter por la rotación de incontables vehículos: los "circos" que gobiernan como esclusas el gigantesco tráfico: Piccadilly, Oxford, Ludgate Hill; y las estaciones con sus millares de trenes, que sólo en el empalme de Clapham son mil doscientos diarios; y el Támesis como atrincherado en ambas márgenes por cuatro y cinco hileras de embarcaciones; y los puentes y túneles resonantes de tráfago como obuses que estuvieran sin cesar disparando; y la lujosa abundancia de los comercios exhibida en kilómetros de escaparates, entre los cuales son típicos los de las platerías deslumbradoras, las cigarrerías variadísimas, las fruterías ubérrimas y las sederías que exponen en un solo color sus cosas espléndidas: todo expresaba el intenso afán de vivir, resplandeciendo de jovialidad fácil, de opulencia, de salud, como desbordado con el río de sol por las ocho mil calles de la ciudad inmensa.

Todavía en plena avenida de Shaftesbury, aprovechando como público eventual a la gente que hacía cola ante la taquilla de un teatro, cierto "cockney" empeñoso batía el adoquín a punta y talón, con uno de esos zapateados acrobáticos cuyo secreto posee en grado sumo el bailarín inglés; y la gente, divertida, dábale sus peniques con generosidad, como los daba al ciego organista cuyo perro pide limosna con un jarro colgado del collar, al highlander de la gaita, al inválido que pinta cuadritos con yesos de color en las losas de la acera, a la vieja florista de rebozo y "canotier", que vende claveles y manojos de lavanda...

Costaba, ciertamente, volver a la realidad de la tremenda amenaza, en aquella Londres de oro que fabricaba el sol; pero frente a las estaciones de los ferrocarriles subterráneos, y en los puntos más populosos, los vendedores de diarios exhibían títulos alarmantes en los carteles de colores que llevan colgados a guisa de delantal, o tienden sobre la calzada, anunciando la noticia más interesante de la edición.

Por lo que respecta al comentario, la tendencia belicosa de la prensa conservadora iba imponiéndose visiblemente. Ella es, sin duda, la más fuerte en Londres, donde la mayoría de la opinión la sigue, llevando, por otra parte, de ventaja su información colosal, en órganos como el "Times", el "Daily Telegraph", el "Morning Post" y la "Pall Mall Gazette". Sostenía aquella prensa, que Inglaterra debía movilizar junto con Francia, dado que en dicha aptitud coincidirían la honra y el provecho. No era posible abandonar a la nación amiga, sin que la eventualidad de su derrota comportara la consumación irrevocable de la hegemonía alemana, con funestas consecuencias para el imperio cuyo dominio colonial constituía la principal tentación del pangermanismo. Rehuir

la guerra, no era evitarla, sino por ponerla en condiciones de seguro desastre, tornando al erróneo sistema del aislamiento o sea rectificando en la hora más ardua el concepto de la "Entente". Por otro lado, esto no podía hacerse sin violar un compromiso de honor, bajo cuyo seguro había Francia desguarnecido sus costas del norte y de la Mancha, afectando a la vez con ello sus planes de campaña terrestre. La política alemana, simplista y concluyente como un puñetazo, debía luego, no más, ratificar tales previsiones, cayendo en todos los lazos que implícitamente fueron tendiéndole las preguntas y observaciones del gobierno inglés.

Este comprendía, como es natural, la fuerza de los argumentos conservadores, y no podía contestarlos sin deprimirse con deshonor. Por esto, la prensa liberal evadíase en el retardo, o en las generalizaciones sobre la necesidad de unión y de sangre fría; o ensayaba, como la "Westminster Gazette", alguna conversión sobre la política interna, o insistía en la falta de compromiso perentorio con Francia y Rusia, o en la conveniencia de conservar la libertad de acción. Ahora bien, la experiencia del oficio y la fe en la veracidad inglesa, indicábanme que la acción diplomática del gobierno debía andar paralela con dicha argumentación. El gobierno había de estar enteramente decidido a intervenir en caso de guerra, según indicábalo, desde luego, toda la política de sir Edward Grey, precisada con mayor energía desde el conflicto de Agadir; pero el partido liberal debía atender a su tradición pacifista, y sabido es cuánto vale la tradición, considerada ley de honor para los partidos ingleses; tenía que contemporizar con sus aliados los laboristas, contrarios a la guerra, y con los nacionalistas irlandeses, que en caso de conflicto, verían una vez más defraudadas sus aspiraciones a la consumación de la "home rule": es

decir, conservar con todo ello, la difícil integridad de su mayoría.

Dejaba, entonces, que la prensa de oposición, más exaltada desde luego, por el doble motivo de la situación política y de la tradición conservadora, estimulara el pronunciamiento de la opinión: manejo de las fuerzas contrarias, en el cual son muy hábiles los políticos ingleses; propiciaba la progresiva dilatación de la influencia londonense sobre la todavía remisa opinión de Escocia, que es la principal fuerza del partido liberal; reforzaba el encaje un poco debilitado del Banco de Inglaterra, según más abajo lo detallaré, mientras la libertad de acción permitíale negociar hasta el último instante la paz, si era posible, o conseguir de tal modo que la diplomacia alemana descubriera su juego, violentando la neutralidad inglesa en una forma irrevocable.

Dos hechos revelaban la intención final del gobierno. La primera "home fleet", o sea la mejor de las tres escuadras metropolitanas, había levado anclas con rumbo desconocido, aunque en los círculos financieros sabíase que esto significaba el mar del Norte. Precisamente, esa mañana del sábado, supimos que la Royal Mail suspendía la salida de sus paquetes, con excepción eventual del "Orita", lo cual significaba, tal vez, que el almirantazgo iba a necesitarlos. El segundo hecho era la actitud de Francia, donde reinaba una confianza inquebrantable respecto a la cooperación británica. Este sentimiento, expresado por las manifestaciones de París con singular entusiasmo, causaba en Londres una gran impresión. Los organillos empezaban por doquier a tocar la Marsellesa. La prensa liberal iba también cediendo ante los acontecimientos, y sus órganos más populares, como el "Daily Chronicle", adoptaban poco a poco un tono más vibrante.

Susurrábase también donde podían saberlo, que el

rey estaba en activa correspondencia con los emperadores de Alemania y de Rusia. Afirmábase que sir Edward Grey continuaba trabajando activamente por la paz, aunque ya casi nadie tenía esperanzas. Trascendió, asimismo, que Alemania había pedido a Inglaterra condiciones de neutralidad, y el domingo salió, sin que se supiera de dónde, la noticia singularmente grave de la inminente invasión de Bélgica. El parlamento funcionó ese día, hecho sin precedentes en la historia inglesa, algunos bancos estuvieron abiertos, bien que sin operar, y era por allá donde corrían aquellos graves rumores; pero tanto la prensa como los particulares que algo llegaban a saber, mantenían reserva, y los extranjeros favorecidos con alguna confidencia personal callábamos ante nuestros mismos compatriotas, para no traicionar en modo alguno los deberes de la hospitalidad.

Mientras tanto, habíase clausurado la Bolsa, y los diarios del sábado publicaron la autorización dada a los bancos para no cambiar a oro sino el diez por ciento de los billetes y documentos de créditos. Algunos argentinos empezaron ya a sufrir molestias por esta causa. Pero el comercio cambiaba todavía sin dificultad, y el Banco de Inglaterra, no usó la autorización, en vista de que la concurrencia con tal objeto, apenas excedió el número ordinario. La feria comenzada el sábado a mediodía debía prolongarse hasta el martes, pues el primer lunes de agosto es, precisamente, el "bank-holiday" — por definición, la fiesta de los bancos — una de las más respetadas en Inglaterra. La misma tarde del sábado súpose que el gobierno, para preservar la reserva de oro, prorrogaría la feria hasta el viernes, pues así se daba tiempo a la impresión de billetes de una libra y de diez chelines, con los cuales pensábase aliviar la circulación. Pero aunque esto no se dijo, la medida respondía tam-

bién a la intención de aumentar el encaje con las últimas remesas de oro sudafricano, que estaban llegando, y que durante los dos meses anteriores el banco había dejado pasar, por no ponerse en competencia difícil con Rusia y con Francia, que compraban a alto precio desde principio de año, habiéndolo hecho la primera por 18.000.000 de libras y por 17, más o menos, la segunda. Por otra parte, como entre todos los grandes bancos europeos, el de Inglaterra es el único que paga a oro, esto había debilitado también su encaje, hallándose la reserva de lingotes en 36 millones de libras, según parece. Afortunadamente, los grandes bancos particulares habían acumulado reservas, en previsión del alza de otoño que causan las cosechas, y de los simultáneos envíos de oro a Egipto, la India y nuestro país; pero, las previsiones del Banco de Francia, un poco desoídas quizá, resultaban exactas. Ellas tuvieron efectivamente, como punto de partida la actitud del Reichsbank, que mediante una conducta tan hábil como enérgica, había iniciado el aumento de su encaje hasta exceder los 1.300.000.000 de marcos, disminuyendo a la vez en 400.000.000 la circulación de sus billetes. Con esto, dicha circulación quedaba garantida en más del 85 o|o, es decir, en más del doble de la garantía mínima, que corresponde al 33; adquiriendo el billete, con esta diferencia favorable, una poderosa elasticidad en caso necesario. El plan de guerra de Alemania ha sido perfecto, según se ve, tanto en lo concerniente a milicia como en finanzas; de suerte que Inglaterra, antes de asumir una decisiva actitud, tenía que rellenar bien su cofre. Francia y Rusia, más cautas en este caso, imitaron, es verdad, a la potencia rival, mas no supieron resistir a la tentación de aprovechar el oro acumulado, emitiendo billetes, a medida que aumentaba su encaje: y todo esto presentábase con no poca grave-

dad en el momento de las resoluciones ineludibles, demostrando que Alemania había elegido su hora para imponer diplomática o militarmente su superioridad.

El estudio de esta disyuntiva no concierne a un mero cronista, y no lo emprenderé; mas me parece indudable que ella influiría sobre la vacilación evidente del gobierno inglés durante las cuarenta y ocho horas que precedieron a la guerra. El gobierno alemán, que debía preverlo, precipitaba las cosas con el objeto visible de perturbar, aprovechando la inercia consiguiente; pero, mientras Inglaterra disimulaba y corregía con su eficacia habitual el punto débil, la cancillería germánica descubrió su juego en tres puntos esenciales. Primero, que el objeto de la guerra era la expansión colonial, es decir, lo más amenazador para Inglaterra, y ello resultaba de la misma proposición alemana en cuya virtud prometía respetar el territorio metropolitano de Francia, a cambio de la neutralidad inglesa. Segundo, que su superioridad militar no era tan grande, desde que necesitaba, a toda costa, invadir por Bélgica, creándose con ello una terrible complicación, pues de ser muy superior, habríala evitado, entrando a Francia por otra parte. Tercero, que la debilidad de su plan consistía en la demasiada urgencia, revelada por aquella misma necesidad.

Hubo vacilación, sin duda, pero cuán justificada! La prosperidad maravillosa que estaba disfrutando el pueblo inglés, los grandes progresos sociales y políticos de los últimos años, el previsible horror de una guerra sin precedentes por su magnitud y por sus elementos, imponían, sin duda, como el primero de los deberes patrióticos, la evitación de semejante calamidad.

El pueblo tampoco estaba decidido del todo. El centro y el oeste de Londres, animados por la prensa conservadora, deseaban actitudes belicosas. El este y el sur, que

es donde se hallan los grandes barrios obreros, conservábanse pacifistas. Así lo demostró el domingo una gran manifestación realizada en Trafalgar Square. La oratoria argumentó como de costumbre; mas pudo notarse en ella, recalcado con insistencia peculiar, un argumento de segura eficacia en Londres: Inglaterra no puede contribuir a robustecer el despotismo ruso, ni pronunciarse, con ventaja para su libertad, por un autócrata más que por otro. Los oradores libres, que a la misma hora despachábanse en el Hyde Park, reproducían con calor dicho argumento. En uno y otro punto, hubo controversia con oyentes que, según es costumbre, respondían desde el seno de la multitud, recordando la obligación de honor implícita en la "entente"; y esta consideración obtenía también su éxito.

No fué por esto menos apacible el tradicional domingo londonense. Sólo en las estaciones donde llegan los trenes de combinación continental, veíase un inmenso acopio de bagajes, que de los depósitos, ya insuficientes, habían desbordado sobre el andén. Entre los viajeros notábanse algunos trajes de combinación forzada o de elegancia anacrónica, que revelaban anormales premuras. Los trenes sucedíanse cada vez más repletos, y citábase ya casos de personas que, poseyendo fuertes sumas en billetes, habían debido pagar con alhajas y ropas sus pasajes o su comida en el continente. Había también muchos soldados que marchaban a incorporarse, con su rifle al brazo, como si fueran de caza, y con su valija como vulgares pasajeros. Residentes cerca de las estaciones de Euston, Saint Pancras y King's Cross, terminales de las grandes líneas del norte y del noroeste, que comprenden los servicios de Escocia y de Irlanda, todo el día vimos pasar soldados, carros militares y algunas piezas de artillería ligera. Los transeun-

tes no demostraban, con este motivo, exaltación ni curiosidad. Lo mismo ocurría en las estaciones. Cuando partía algún tren militar, grupos de "boy-scouts", de amigos y deudos, lanzaban vítores y cantaban oportunas canciones. En los otros andenes, los changadores continuaban su tarea con el silencio y la precisión habituales, sabiendo, como todo buen inglés, que no hay deber inferior si está bien cumplido. Así es cómo Inglaterra se basta, sin faltas ni sobras, y cómo es eficaz su voluntad y firme su temple. Tosco o fino, tiene el inglés, lo mismo que su suelo, allá en la entraña tenaz, la veta de hierro. Su propio esplín posee la energía negra del carbón. Su deber, silencioso como el eje expedito, obra por lo mismo con mayor eficacia y soporta sin esfuerzo aparente la soberbia carroza imperial. Este concepto de carga bien distribuída, es lo que disciplina por sí solo las fuerzas de la nación. Que la condición de hombre libre consiste en el ejercicio de la voluntad.

Quisimos ver el lunes de qué modo disfrutaba el pueblo aquel día de fiesta ya tan precario en su proximidad a las cosas terribles; y fuimos al parque popular de Hampstead, famoso, precisamente, por la feria del "bank-holiday".

Habríase dicho que nadie sabía una palabra de guerra ni de amenazas. Todo el mundo divertíase como de ordinario, en los mil barracones donde se tiraba al blanco, se descabezaba muñecos o se arrojaba argollas a las estacas con premios; desbordaban las calesitas de chicos, ahorcajados en gansos, lechones, delfines y otras cabalgaduras desopilantes; en los taludes pastosos, merendaban grupos innumerables; chalatanes de todo cariz voceaban quiromancias y grafologías en la más genuina lengua "cockney", que es, como si dijéramos, el inglés subido al trapecio, o desataban su verba comercial con una

celeridad de epiléptico molinete. Abundaban, toscos y chillones, los artículos a penique; despachaban los consabidos carritos, helados, barquillos, buena fruta, maní, maíz frito y tostado, limonada "de bolita"... Y sobre todo, se bailaba al son de los más variados instrumentos, desde la guzla monocorde y la concertina, hasta el peine supletorio acomodado con una tira de papel. Muchachas en cabeza, lo cual sólo se ve por los más lejanos suburbios, adornadas para la broma con plumas de papel desflocado que son una novedad de la feria; pilletes con caretas y narices postizas, y lo que parece más singular: soldados que danzan rondas con mozas regordetas y las pellizcan entre carcajadas, bajo el ojo benévolo del "policeman", verdaderamente unidos al pueblo por el cual van a morir tal vez mañana.

Pues aun cuando no lo parezca, sí se sabe allá lo que ocurre.

En un carro-proscenio, de los que se usa para la propaganda electoral de los arrabales, y que según el letrero pertinente ha sido fletado por la Unión de la Paz, una obrera flaca, pobremente vestida con un balandrán café y tocada con un sombrerete de cuarta mano, habla contra la guerra, vibrada con una dura correa por la saña que dice inspirarle el crimen. Hay mucha gente que la oye con atención, y algunos interrogan o refutan. Son los habituales argumentos del pacifismo, la misma consideración de que no vale la pena ir contra el autócrata alemán para engrandecer al déspota ruso; pero, en boca de aquella mujer del pueblo que siente sin retórica el amago de la miseria y los dolores de la genuina carne de cañón, esas palabras cobran una gravedad trágica. No las disimula ella, ni las adorna, ni las combina sino como le salen, que no le salen mal, tampoco, aunque son ásperas y rudas. Es fea aquella mujer, como la pobreza,

parece formada de palo y de pellejo; pero el coraje de su convicción, tórnala respetable. Al revés de lo que pasa cuando hablan ante un auditorio popular las sufragistas, nadie se ríe. Es que ella dice la verdad terrible, lo que se va a padecer y cómo se va a morir la gente que ya vive tan mal, y cuyas miserias parece estar ella exhalando por su boca obscura, tajada con un rictus de desesperación en su cara ética.

Allá por el contorno, aturde la algarabía discorde de la fiesta; y en ese momento, un obrero viejo interrumpe para decir que todo es cierto, que la guerra es estúpida y criminal, pero que él quiere saber si es posible evitarla a costa del honor de Inglaterra. Nadie dice nada, la mujer parece no haber oído, pero yo creo descubrir algo en aquel dilema de honra. No es otra cosa lo que dirá mañana en su magnífico discurso del parlamento el ministro Grey, resumiendo verdaderamente en su expresión la voz de un pueblo.

¡El honor de Inglaterra! Y desde aquella colina popular, donde la mujer flaca expresaba su verdad terrible, parecióme que veía nuevamente, fundiendo en su masa, como en gigantesco lingote, las angustias y las esperanzas del pueblo inglés, aquella Londres de oro de la tarde estival, erigida ya por el sol en capital de la victoria.

III

El martes 4 de agosto fué el día de la guerra. La opinión de la capital uniformábase rápidamente en cuanto a la necesidad de una resolución categórica, y el gobierno, con habilidad suma, había conseguido transformar la dura necesidad en obligación caballeresca. Así es cómo el verdadero político pone en acción simultánea el interés positivo con los ideales de su pueblo, consistiendo su habilidad en producir la coincidencia afortunada de dichos elementos, para que ante los extraños resulte intachable la conducta seguida, al justificarla virtualmente un principio superior, mientras la determina en los propios, un noble entusiasmo. Es esto lo que suelen no entender en la política inglesa, los positivistas brutales, para quienes sólo tiene carácter valedero la conveniencia material, o los idealistas vulgares que definen la pureza por la inutilidad. En los pueblos de educación despótica, ya tenga ésta por agentes a la autocracia o a la inquisición, tales apreciaciones vienen de suyo. Así la leyenda del egoísmo inglés ante el pesimismo místico de los pueblos católicos y el positivismo materialista de la política alemana, patente en las proposiciones que hizo el canciller imperial al Foreign Office. La Alemania oficial se engañó al contar con que dicho egoísmo le aseguraría la neutralidad inglesa, engendrada por cobarde apoltronamiento en las delicias de un seguro bienestar; y volvió a engañarse en la apreciación

de la democracia, que la casta militarista no puede, naturalmente, concebir, sino como un estado de permanente desorden. Supuso, pues, que el partido liberal preferiría la cohesión de sus elementos ministeriales al interés de la nación; que los políticos irlandeses no cejarían, y que, en todo caso, Inglaterra había de ceder, hallándose debilitada por el progreso democrático. Este pertinaz error fué dando ocasión al gobierno inglés para una serie de declaraciones que definían la conducta de la Gran Bretaña como una obligación ineludible de lealtad y de justicia. Así, ante la propuesta alemana de no atacar las costas francesas y respetar los límites de la Francia europea, a cambio de la neutralidad británica, sir Edward Grey había contestado que, importando la mutilación colonial de Francia, su desaparición como gran potencia, Inglaterra no podía consentirlo sin cubrirse de eterno oprobio. Esto se sabía sin detalles el lunes por la noche; pero bastaba para entonar a la opinión. En la sesión celebrada el mismo día por la cámara de los comunes, sir Edward Grey había declarado que ante el llamamiento de Bélgica, en protección de su neutralidad, Inglaterra intervendría. Esta actitud de lealtad para con el amigo, y de protección al débil, era, pues, lo que definía ante la opinión la conducta de Inglaterra. Y es, seguramente, difícil conseguir un resultado más noble. El interés positivo coincidía, con esto, en la seguridad adquirida de que, declararse neutral, equivalía a posponer con enorme desventaja la guerra segura; pues lo que el gobierno alemán se proponía, sin duda, era desunir a los aliados de Inglaterra para doblar a esta potencia y dominarla, apoderándose de su imperio colonial. La serena firmeza del Foreign Office, había conseguido, efectivamente, arrancar al embajador alemán en Londres, la insinuación de que Alemania respetaría

también el imperio colonial francés, a cambio de la neutralidad inglesa. Los conocidos propósitos del pangermanismo, daban el más significativo realce a esa insinuación. La guerra contra Francia y Rusia no era, entonces, sino la preparación del grande ataque al imperio británico.

Lo admirable es que en momentos tan angustiosos, la terrible precisión de tales comentarios no exaltaba a la opinión. Esta se informaba con profundo interés, pasando, sin duda, por muy duras alternativas, pero no manifestaba animadversión alguna contra Alemania, ni parecía conmoverse ante lo gigantesco de la ya inevitable lucha. Fácil es comprender que la procesión andaba por dentro y que nadie se forjaba ilusiones, así respecto al carácter mortal del formidable duelo entre ambos imperios, como a los sacrificios que exigiría. Nadie, sin embargo, lo sacó a la cara, y en la misma City todo parecía andar como de ordinario, con la activa seriedad que invariablemente distingue a aquella concurrencia atareada y limpia. El desfile de vehículos, aglomerados en las calles con la proximidad de los granos en la mazorca, no había disminuído, por cierto; ni era menos interesante que de costumbre asistir al expedito dislocamiento de su multitud en aquella vertiginosa plazoleta del Banco, gobernada como una máquina de precisión por los magníficos gendarmes. Estaban allá los mismos vendedores de lápices, cordones de zapatos y cepillos para pipas. Ambulaban a buen paso aquellos graciosos mensajeritos de Londres con sus chupas ajustadas y sus bonetillos de barboquejo que no les cubren sino un quinto de cabeza, semejando cacerolas de juguete resbaladas sobre la sien; y aquellos elefantinos cobradores de los bancos con sus chisteras eminentes y sus chalecos a bastones verdes, rojos y amarillos. Los afeitados "gentlemen"

pasaban, como siempre, muy orondos con el buen vivir; alguna gente devota acudía a la catedral, rodeada de almacenes mayoristas como una verdadera gerencia del positivo dios inglés; más nadie formaba corrillos, ni advertía, al parecer, los numerosos soldados que seguían dirigiéndose a las estaciones, como si de este modo hubiera querido evitarse al pueblo el espectáculo siempre enardecedor de la tropa en marcha. Un poco más allá, en el populoso y cosmopolita barrio de Whitechapel, reinaba la misma tranquilidad. La policía vigilaba ya, según parece, aunque con perfecto disimulo, a varios espías alemanes. Los periódicos rusos, de índole generalmente revolucionaria, seguían predicando la paz en términos nada halagüeños para la autocracia. El aspecto del barrio no cambiaba por esto. Afanábase el tráfico en los dos grandes "roads" que por allá lo encauzan con imponente estrépito, ante el cual ensordecieran los bíblicos carros de Faraón; en los tres túneles subfluviales, alumbrados, pavimentados y revestidos de azulejos como los resonantes salones de un palacio ciclópeo cuya bóveda dilátase a trechos en medias naranjas de catedral, y donde usted siéntese amilanada hormiga, mientras pasan a su lado, rozando las aceras, en doble línea de fragorosos proyectiles, ómnibus, automóviles, carros, que por espacio de dos kilómetros parecen ir zapando terremotos con su tremendo trajín. Y por las no menos sonoras avenidas de acceso, semejantes a rampas asirias, entraba aquello a los vastos docks construídos sobre ambas márgenes del río en el doble codo de Surrey y de la Isla de los Perros. Por las callejuelas circunstantes, llenas de cáscaras y de papeles, jugaban pandillas de chicos judíos muy remendados, pero alegres; pasaban en gárrulos grupos jóvenes Rebecas de abundoso cabello; charlaban sus cosas de mercado y de inquilinato forni-

das comadres de aspecto hombruno bajo sus pañoletas revejidas y sus gorros de jockey; y uno que otro pobre diablo con su perfil de luna menguante y su barba humilde, parecía deslizar al trotecito un aflictivo disimulo.

Aquel "ghetto" libre, donde hasta los carteles de los teatros y las listas de las fondas están escritos en hebreo, tampoco manifestaba sorpresa. En el centro, el aparatoso cambio de la guardia real, que todos los días congrega numeroso público, no había producido manifestaciones. El norte y el oeste, acomodados, seguían reposando en el bienestar burgués de sus jardines. Hacia este último rumbo, el populoso barrio obrero de Hammersmith estaba menos tranquilo, porque allá se hablaba, pero contra la guerra. De allá salían oradores, a quienes se escuchaba o no, siendo más bien esto último; pero con ese respeto característico del inglés por la opinión ajena, las consideraciones antimilitaristas, aun en momento tan grave como aquél, no provocaban sospechas injuriosas ni manifestaciones de intolerancia. Y eso que los pacifistas no se mordían la lengua. Allá, junto al pintoresco puente de hierro que parece aludir al nombre del barrio, y en el cercano parque de Mill-Hills, cubierto de brezos rústicos, predicaron con insistencia los oradores populares, a quienes nadie incomodaba, si bien muchos de sus argumentos eran irritantes para el patriotismo. Nunca dió Inglaterra mejor espectáculo de verdadera democracia. Pero la opinión, por decirlo así, dinámica, inclinábase cada vez más hacia la intervención. Colocada ésta por el gobierno en los términos antedichos, su espíritu caballeresco exaltaba el fondo romántico del carácter inglés, extremando con ello el concepto, tan fuerte en aquel pueblo, del honor basado en la integridad de la palabra. Bajo dicho concepto, la "entente" tiene que

constituir para el verdadero "gentleman" una obligación tan firme como los tratados escritos. Por esto, ni el mitin de Trafalgar Square, donde habló Cunningham Graham con su habitual mordiente elocuencia, ni la acción de los oradores pacifistas en otros puntos, consiguieron resultados apreciables. La calma del pueblo no excluía su atenta decisión. El único síntoma de agravación del conflicto, fué, ese día, hasta la tarde, la retracción del oro y la consiguiente dificultad para obtener el cambio de los billetes en las transacciones ordinarias. Las grandes tiendas hormigueaban, sin embargo, de concurrencia, hallándose todas en la liquidación de verano que es muy ventajosa para el público. Mas creo que entre aquellos millares de mujeres, muy pocas aprovechaban la ocasión de surtirse con idea precautoria. La opulencia de Londres resaltaba en su buen vestir, la confianza general en su aspecto de curiosidad alegre. Era aquel un día de rebaja como cualquier otro. Al revés de lo que sucedió en París cuando se agravó el conflicto, no ví un solo grupo de muchachas que se detuviera para leer diarios a la salida del trabajo. La "shop-girl" londonense, menos avisada o nerviosa que su hermana la "midinette", prefería la habitual novela con su poco de romanticismo y de automóvil para el consabido rapto, o la "soledad de dos" con el tímido novio que espera en la estación del subterráneo; y así se iba presurosa por esas calles, donde sus ojos de pudicia fotográfica y su barbilla acentuada con airoso desdén, multiplicábanse en la multitud de lindas chicas a quienes la tienda londonense abre el camino de la suerte matrimonial.

Era todo lo que se notaba a la verdad, y creo que sólo en la librería francesa de Leicester Square había una multitud ansiosa.

Adentro, en los clubs y en las tertulias, comentábase

el gran discurso de sir Grey, hallándolo, en general, evasivo; si bien conveníase en que careciendo el público de la información diplomática, mantenida en reserva, como es natural, y sorprendido por la fulminante rapidez de los sucesos, tomaba, quizá, como irresolución la cautela y como apocamiento la habilidad. El discurso causó, asimismo, gran efecto, y ello motivó un pasajero retroceso de la opinión hacia la idea de neutralidad basada en la falta de obligaciones perentorias. Entonces pudo notarse este fenómeno consolador: la solidaridad del gobierno con la opinión era tan grande, que no obstante la reserva oficial, particularmente severa como es de suponer, aquella pasaba por todas las alternativas y preocupaciones del aun mal decidido gabinete. Pueblo y gobierno, en verdadera compenetración democrática, pensaban y sentían lo mismo, sin necesitar, así, ninguna comunicación directa.

El discurso de sir Grey había reflejado con lealtad aquella indecisión, según lo demostraron las dimisiones ministeriales que luego ocasionó la declaración de guerra: estado de ánimo por cierto honroso para el gabinete, al ser el más exacto reflejo de la opinión británica; pero en las últimas horas de la tarde, fué ya claro que la alta firmeza de aquel estadista se imponía con su habitual prestigio, constituído, según es notorio, por el eficaz idealismo de un "whig" clásico, unido a la perfecta nobleza de un caballero shakesperiano; así como creía saberse que estaban con él las grandes energías del ministerio: Lloyd George, sólido y sagaz en su audacia como un dogo de Bangor; Churchill cuya petulante brillantez oculta la reservada flexibilidad, a la manera de un estoque carolino; Asquith con aquella dignidad valerosa y tranquila, que convierte su elocuencia, por decirlo así, de orden dórico, en la encarnación de la responsabilidad

viril. Y pretendíase también que el mismo rey estaba con aquella tendencia, por otra parte manifiesta en la sesión de los comunes. Efectivamente, las escenas de la tarde anterior, cuando sir Grey leyó la demanda de auxilio del soberano belga, habíanse reproducido con grandeza. Redmond declaró que los nacionalistas irlandeses supeditaban sus seculares dolorosas esperanzas al peligro de la patria común y ofreció sus cien mil voluntarios. Carson hizo lo propio con los suyos del Ulster, y la cámara entera estalló en aplausos, en exclamaciones, en gritos, desusados desde los tiempos napoleónicos, cuando la atizaba con su fusta de alambre la energía atroz de Pitt. Precisamente, la elocuencia de sir Grey, recordaba por su persuasiva fluidez la de aquel gran ministro, y los diputados hubieron de sentir como nunca su eficacia, que este conflicto con otro César realzaba al más alto nivel histórico. Seguro es que la pequeña y trivial sala gótica, nunca albergó una sesión más solemne.

Al propio tiempo, la prensa conservadora cuyo predominio, repito, es indiscutible en Londres, continuaba encareciendo la necesidad de proceder sin dilaciones. Lo que más exasperaba a la opinión era el abuso de fuerza cometido con Servia bajo un pretexto evidentemente excesivo, y la cruel ironía de aquella declaración en cuya virtud Austria renunciaba a toda adquisición territorial en el pequeño reino, puesto que la aceptación o la imposición de su ultimatum habría colocado a toda Servia bajo la dependencia austriaca. Así las cosas, la noticia de que Alemania juzgaba necesario invadir a Bélgica, mientras Francia había prometido respetarla, colmó al pueblo de indignación.

Lloviznaba por momentos al entrar aquella noche de agosto, pero Londres, como nunca magnífica, apenas parecía notarlo. En los barrios de las tiendas lujosas:

Knightsbridge, con las vidrieras colosales de sus tiendas-palacios; Oxford Street con su inmensa curva dilatada en reguero de polvo luminoso como la cola de un cometa; Regent Street, resplandeciente de plata, seda y cristal; Picadilly irradiado en deslumbradora estrella de ocho brazos; el Strand encendido como un tizón de oro: allá, digo, las londonenses prorrogaban el boato estival de la "season", que las casas más elegantes iban clausurando ya con tempranas novedades de otoño...

Sin embargo, con el avance de la noche, pronunciése cierta angustiosa solemnidad. Las reiteradas ediciones de los diarios monopolizaron la actividad callejera. En el centro de la ciudad resonaba incesante el grito de los vendedores. Los telégrafos de los hoteles funcionaban también sin tregua. Así conocimos por minutos la agresión alemana contra Bélgica, la comenzada invasión rusa, los primeros choques franco-alemanes. El gabinete debía celebrar en palacio, a las 10 de esa misma noche, un consejo de suprema importancia.

Callada multitud fué reuniéndose frente a Buckingham Palace en el transcurso de esas horas solemnes. La llovizna que seguía cayendo parecía agravar su silenciosa preocupación, mientras allá por las calles que conducen al palacio, el voceo intermitente de los diarios cobraba una especie de angustiosa discordancia. Dos gendarmes paseábanse ante la verja para impedir la aglomeración en la ancha acera donde no era permitido estacionarse. En la linda fachada italiana del edificio, había dos ventanas abiertas, ante las cuales cruzó varias veces una silueta de "nurse". Dos globos eléctricos alumbraban el enarenado jardin que hay detrás de la verja. La plaza donde la multitud iba reuniéndose estaba como siempre bien iluminada, mientras sobre los jardines circunstantes condensábase oscurísima la noche. La lluvia, que

tamborileaba a ratos sobre los paraguas, parecía ahondar el eco de un dulce sollozo en el mitológico tazón que sirve de base a la estatua de la reina Victoria, erigida en aquel sitio. El redondeado borde de la fuente servía de asiento a numerosas mujeres que charlaban en voz baja. Por momentos, del fondo de la multitud, alzábase una voz, generalmente femenina, que entonaba alguna canción patriótica. Otras iban acompañándola, y el coro dilatábase lleno de sombría emoción, hasta adquirir las profundas vibraciones del órgano. El tono de salmodia, que es común en esas canciones, el terror de la inmensa catástrofe que parecía aproximarse con la sombra, la decisión casi triste de esa multitud sin violencia, comunicaban al entusiasmo así exhalado, una gravedad formidable. Creo que nunca he sentido tanta impresión de confianza heroica. Evocaba la canción, con su lento arranque de navío, la partida aventurera hacia el abismo de agua y viento

"Where few come out,
Though many go in" (1)

según dice, como bogando, un estribillo marinero; sugería peligros de navegación y de combate; hinchaba los corazones con ese sollozo remoto que ahoga en su trueno el rugido del león; decía la voluntad profunda, la muerte consentida, el deber que se jura, la alarma sin miedo, la adversidad sin queja, la constancia tremenda que tuerce el destino bajo su perno de bronce. Volvía luego el silencio, entrecortado por el incesante pregón de las noticias; oíase rumorear de nuevo a la lluvia y a la fuente. La plaza estaba ya repleta de público sobre el

(1) Del cual pocos salen
Aunque muchos entran.

cual flotaba como un jadeo de ansiedad, pues las malas nuevas iban agravándose. Poco después de las 11, circuló verbalmente la noticia del ultimátum inglés. Por fin, a las doce y diez minutos, inesperadamente, abrióse un balcón central del palacio y apareció el rey.

Hubo un breve aleteo de aplausos, un conato de reflujo hacia la acera. Los "policemen", firmes, limitáronse a extender el brazo. Un silencio estremecido por millares de pechos, petrificó instantáneamente la removida masa. No se veía bien al monarca ni a sus acompañantes de ambos sexos, neutralizadas las fisonomías por la iluminación interior. Entonces el rey mismo, en pocas palabras, y con aquella voz escasa que, según los antiguos, tenían los oráculos de los dioses, frente a la noche y al imperio resumido en su metrópoli colosal, declaró la guerra.

Lo que resonó durante un minuto, fué el más vasto rugido que sea dado concebir, despedazado como la marea sobre lós guijarros, en millares de aplausos cuyo choque recordaba el castañeteo de colmillos del jabalí. Mas apenas húbose descargado en aquel alarido que ya no era palabra, sino estallado metal, la tensión de los corazones, el himno real elevóse como un gran viento. Durante su majestuoso resonar, en la onda de música rodó la esfera del mundo: el océano dominado y civilizado por los navíos de Inglaterra; los países donde su bandera, árbol inmenso de justicia, cobija cuatrocientos millones de almas; y las riquezas de los climas; y el poderío y la opulencia más grandes que hayan visto las gentes; y comprendidos por su ámbito, que todavía se dilata en la gratitud de los hombres libres, el día con su oro, como un rajah de la India, y la noche con sus diamantes, como una princesa del Zululand. *Pues ese canto expresaba, efectivamente, la unidad inquebrantable del imperio.*

Retiróse el soberano entre nuevos aplausos. Su rostro, muy pálido, pareció de yeso bajo el rayo de luz eléctrica que resbaló fugaz en su barba cerrada; y como en ese momento, desde el cordón de la acera, un yanqui que había enorbolado en el sombrero la bandera estrellada, le gritara con clamor potente: "King George, America is with you!" — viósele saludar con la mano temblorosa.

Y los grupos dislocáronse con un inmenso vítor a Francia. Banderas tricolores unidas al pabellón inglés salieron no se sabe de dónde. Durante dos horas, el clamoreo fué dilatándose por los diversos barrios; y nada revelaba con mayor intensidad el estado de violencia, como aquella alteración del orden en la Londres nocturna, que habitualmente defiende con tanto rigor su honesto sueño. Pero no hubo que registrar un solo atentado contra los numerosos residentes alemanes, ni siquiera un grito contra la nación enemiga.

Poco a poco cesaron los últimos vítores, la noche engulló en silencio la ciudad con su boca de lobo; y desde el balcón donde calmábamos nuestra ansiedad al murmullo de la lenta lluvia, advertimos que por la calle desierta, más abundantes ahora, como las gotas de las nubes, seguían pasando soldados. Oíamos, sin verlos, su marcha en la obscuridad. Allá lejos, en dirección a las arboledas del Regent's Park, rodaban con su estrépito peculiar numerosas piezas de artillería...

Los diarios de la mañana, no habían tenido tiempo para comentar la declaración de guerra, limitándose a transcribir su breve texto, salvo el "Daily Telegraph", cuyo editorial estuvo, quizá, escrito de antemano. El tono de este artículo, era belicoso, pero sin desmesura, puesto que no contenía cargo alguno contra Alemania, echando la responsabilidad de la guerra sobre la autocracia militarista. Las hojas de la tarde, observaron igual cir-

cunspección, nada extraña en la prensa liberal, pacifista de suyo y hasta germanófila. Donde resaltaba, manifestando la caballeresca sangre fría del pueblo inglés, era en los órganos conservadores, que habían estado encareciendo la necesidad de la guerra y la transformación de la "entente" en alianza. He mencionado ya el artículo matutino del "Daily Telegraph". El más exaltado de aquellos órganos, la "Pall Mall Gazette", que representa por definición al barrio de los clubs aristocráticos, o "Clubland", como dicen los londonenses, publicó otro, que era un modelo en su género. No nos hagamos ilusiones, decía. El pueblo con quien entramos en guerra, merece ser temido, como mereció ser respetado en la paz por su civilización magnífica y su energía laboriosa. La victoria nos costará cara. No la obtendremos sino a costa de esfuerzos heroicos y de padecimientos terribles. Rindamos también el debido homenaje a la abnegación patriótica, el espíritu de sacrificio y la formidable audacia con que el pueblo alemán se lanza a la guerra contra Europa, en un ímpetu quizá sin precedentes por la solidaridad ejemplar y el espléndido coraje que revela.

Esta apreciación, tan justa como exacta, revelaba por su generalidad, pues toda la prensa comentó los sucesos de un modo análogo, la altura del carácter inglés. A pesar de que esa tarde súpose ya el maltrato infligido al personal de la embajada rusa por el pueblo de Berlín, así como la explosión de odio contra Inglaterra en que dicho pueblo había estallado, Londres no se conmovió. La gente seguía entregada a sus tareas como de costumbre. La ciudad conservaba exactamente su aspecto del día anterior. Éramos vecinos muy próximos del consulado alemán, asediado desde las últimas cuarenta y ocho horas por una multitud en demanda de pasaportes. Nadie la molestaba en lo más mínimo. Hasta se evitaba mi-

rarla con insistencia. Y eso que nadie ignoraba la existencia en Londres de numerosos espías alemanes. Tampoco hubo manifestación alguna contra las legaciones. Añadiré un detalle que demuestra la generalidad de esta moderación. A bordo del barco inglés en el cual regresamos, venían tres pasajeros alemanes, entre una gran mayoría de ingleses. No tuvieron que sufrir la más mínima descortesía, y cuando se empavesó el buque para la fiesta ecuatorial, la bandera alemana figuró al lado de la inglesa. En los sitios de mayor concurrencia, los transeuntes deteníanse a leer tranquilamente la breve y moderada proclama del rey.

Las cámaras del parlamento manifestaron esta tarde del cinco de agosto, igual confianza y sereno entusiasmo. Con notable celeridad, al mismo tiempo que con ejemplar respeto a la representación del pueblo, el gabinete suministró a los legisladores un "libro blanco" que contenía toda la documentación antecedente de la guerra. Y haré notar de paso que, no obstante las graves circunstancias, las cámaras no celebraron una sola sesión secreta, como sucede aquí por cualquier motivo, aun cuando dichas sesiones son antidemocráticas e inconstitucionales. Inútil advertir que la prensa conservó, asimismo, toda su libertad. Solamente el órgano de los revolucionarios rusos "The Dark Russia", dejó de aparecer, en voluntario homenaje a la hospitalidad inglesa.

En la cámara de los lores, fué particularmente celebrada la adhesión de los dominios y colonias, que habían iniciado con singular entusiasmo el Canadá y Australia. Esto demuestra, dijo lord Lasdowne con oportuna elocuencia, que el Imperio Británico no existe únicamente sobre el papel. En la cámara de los comunes, donde la entrada de Mr. Asquith fué saludada con unánimes aplausos, Mr. Lloyd George anunció que la situación económi-

ca era excelente. El Banco de Inglaterra que había elevado su tasa al 10 o|o, mientras afianzaba el encaje, iba a rebajarla al 6; los depósitos y ahorros hallábanse perfectamente garantidos, y el gobierno iba a pedir al día siguiente, con entera confianza, un crédito de guerra de cien millones de libras. Recomendaba, entonces, al público, que no hiciera innecesarias extracciones de oro para guardarlo en las cajas particulares, ni acopio de artículos alimenticios, enteramente inútiles dada la abundancia de provisiones, así como la seguridad del transporte marítimo, pues ambas cosas producirían tan sólo una ficticia escasez, perjudicial a los más necesitados. Tal conducta, añadió, es cobarde y traicionera.

Apenas se conoció este discurso, cesaron los aprovisionamientos que algunas familias habían comenzado, de manera que no llegó a existir alza apreciable en los precios de menudeo. La calma crecía con la resolución, y la firmeza con la realidad del peligro. Entonces pudo apreciarse la importancia del principio que resume toda la moral práctica de la política inglesa: "un ministro inglés no miente". El mismo embajador alemán habrá podido apreciarlo el 29 de julio, cuando sir Grey le declaró que la intención de Inglaterra era intervenir en el conflicto, apenas se generalizara; pues no quería que el tono amistoso de sus conversaciones, fuese a interpretarse por él y su gobierno, en sentido contrario, para no merecer reproche alguno, si, a pesar de todo, se engañaban.

La concordia de los partidos, presentaba, asimismo, un frente compacto a la calamidad. El trámite de los dos proyectos de ley concernientes a la autonomía irlandesa, quedó suspendido. El "leader" conservador Mr. Chamberlain (hijo) tomaba parte, a pedido de Mr. Lloyd George, en los consejos del ministerio de hacienda. En el gabinete, el ministro del trabajo Mr. Burns, represen-

tante del partido laborista, y lord Morley, llamado el Néstor del partido liberal, habían renunciado para que sus principios pacifistas no perturbaran la unidad de acción de sus colegas: incidente previsto, cuya importancia exageraron, sin duda, los políticos alemanes, al obstinarse en descontar hasta el fin la neutralidad inglesa. Por lo que respecta a la cartera de guerra, Mr. Asquith que la había asumido para contener el motín de los oficiales unionistas contrarios a la autonomía del Ulster, hubo de renunciarla a su vez. La provisión de tan importante puesto, motivó una incidente significativo.

El gabinete había resuelto nombrar a lord Haldane, reconocido como uno de los más grandes organizadores militares y miembro del partido liberal; pero ya desde la noche anterior, los manifestantes de Buckingham Palace, congregados otra vez el 5 a la misma hora, habían lanzado este grito, que era, indudablemente, la voz de Londres: "Kitchener a la guerra".

Aquella indicación que el gobierno hubo de aceptar a las diez de la noche, dando un nuevo ejemplo de respeto democrático y de concordia ante el peligro, tenía una gran significación. La preferencia que manifestaba por la eficacia del hombre de guerra uníase a esta circunstancia especial: lord Haldane fué siempre uno de los más activos propagandistas del acuerdo anglo-alemán, y nadie ignora su amistad personal con el emperador Guillermo. Entonces, lo que significaba además aquella predilección por lord Kitchener — enteramente ajena, desde luego, a la menor sospecha injuriosa para el candidato liberal, en quien nadie desconocía un hombre de honor — era la irrevocabilidad de la decisión británica, la terrible voluntad de victoria que parece encender con tenebroso fuego los arrogantes ojos del guerrero irlandés, compatriota, pues, de Wellington, y como él fundi-

do en el mismo hierro celta. Así acabó el 5 de agosto sobre Londres, que había recobrado su nocturna tranquilidad bajo un capuz de tenebrosa garúa.

Y el 6 a las doce salimos de Londres. La compañía Nelson, con sangre fría y seriedad dignas de encomio, no había alterado — excepción única, según creo — sus plazos ni sus tarifas. Así pudimos embarcarnos en el valiente *Highland Glen,* capitán Roberts, a la hora indicada. Tampoco en aquel barrio ya suburbano de los docks, notábase inquietud alguna. El "Times" de esa mañana, había formulado a la cabeza de sus columnas las reglas del patriotismo práctico, que el pueblo no necesitaba por cierto, habiéndolas anticipado con su actitud; pero que son acabada muestra del carácter inglés, puesto tan gravemente a prueba:

"Manténgase tranquilo; desempeñe a conciencia y sin sobresalto sus tareas; no se entregue a demostraciones excesivas. Acuérdese de los demás; pórtese bien con sus vecinos; piense en el peligro común. Contribuya a que todo ande bien, ocupando su puesto en su respectiva esfera; sea sobrio y económico; no derroche. No acopie provisiones, creando una escasez ficticia en perjuicio de los otros: este es un acto necio y cobarde. No reserve oro; déjelo circular; facilite las transacciones. Pague puntualmente, sobretodo a sus acreedores pobres, obreros y criados; no despida a sus empleados mientras pueda; y si es empleado, considere las dificultades de su patrón. Antes de pensar en sus propias privaciones, recuerde que son infinitamente peores las de los que están en la guerra defendiendo los bienes de todos. Aplauda y ayude a nuestros soldados, y contribuya a su comodidad. Explique a los jóvenes y a los ignorantes, lo que le guerra es, y por qué nos hemos visto obligados a hacerla".

Este pequeño tratado, que a mi vez resumo para ganar espacio, fué, por decirlo así, el último eco de Londres. El me llevó hasta el puente de la nave ya en marcha, la voz de una conciencia nacional tan elevada como justa; y si he de expresar todo mi pensamiento, añadiré que en aquellos días de tanto discurso y tanto artículo notables, nada me causó igual impresión de elocuencia.

Venteaba frío y fuerte sobre el río verdoso. Un cielo casi invernal, amagaba chubascos a cada instante. Veíamos desde la cubierta, con la tristeza de quien abandona a un amigo atribulado, las riberas laboriosas de aquel Támesis fabril que parecía vestido con la remendada ropa del trabajo; las barcazas de velámen embreado, las dragas lodosas, las grúas estridentes. Aquello nos transportaba lejos de la Londres guerrera, de las calles populosas, de la emoción excesiva que nos había quebrantado como un tragín brutal, y empezábamos a calmarnos en una especie de atónita quietud, cuando al pasar frente al arsenal de Woolwich, un relámpago y un estampido nos sacudieron. Estaban probando cañones cuyas amarillentas llamaradas sucedíanse minuto a minuto. Luego, al enfrentar el puerto fluvial de Tilbury, donde hay un fuerte que lo defiende, el buque se detiene y empieza a virar en redondo. Una falúa de guerra atraca poco después a estribor, y cunde la alarma entre los pasajeros: ¿Volveremos a Londres? Alguien dice que así lo ordena el almirantazgo. Los oficiales han desaparecido, probablemente para evitar preguntas, y sólo al entrar la noche sabemos la verdad. Es que, de orden superior, ha debido desembarcarse todo el cargamento de artículos alimenticios consignado a nuestra plaza: mil toneladas de jamón, te, bizcochos y dulces.

A eso de las ocho, mientras hacemos la primera

comida a bordo, el camarero nos dice, que, afuera, hay algo digno de ver; y desde la borda donde reflejan extrañas luces, asistimos a un espectáculo imponente.

Estamos entre Southend y Shoeburyness, puntos extremos del labio superior, que es también el más corto del Támesis, pues este río tiene boca de bagre; y la escuadrilla de torpederos fondeada a la margen opuesta, frente al aeródromo militar de la isla de Grain, cruza el río con sus proyectores.

Reina profunda obscuridad, bufa la racha salpicada de lluvia, el buque deslízase apenas, como fugando, sobre la mansedumbre negra del agua. Allá lejos, al acecho en las tinieblas aspilleradas como bastiones por los haces de luz, los ojos fulgurantes buscan con desasosiego feroz, ora al ras del agua que brilla detallada como un dibujo a pluma, en reverberación de estaño fundido; ora a la altura de nuestra borda, donde siguen clavados hasta que otros nos toman al pasar, como las punterías de los cazadores sobre la liebre; ora en gigantesca barredura de luz, por el cielo tenebroso que puede ocultar los aviones enemigos. Nada causa tanta impresión de alarma como esa silenciosa actividad de la luz en la inmensa noche. Es que ya estamos en un escenario de guerra. Aquello constituye la guardia de Londres: tres flotillas de submarinos, que no podemos ver, agazapados como se hallan detrás de los once torpederos bajo cuyos proyectores pasamos; veintiocho "destroyers" que están más allá, frente a Sheerness, defendiendo a la vez la boca del Medway, y ocho fuertes, sin contar la torre de la isla de Grain, que a manera de un cíclope entre lobos hunde en la sombra su ojo enorme. No obstante su refulgencia, la frialdad de aquellas luces desola el alma y torna la obscuridad más siniestra. Poco a poco, modifícase la primera idea de acecho. Los pares de focos que

brillan a ras de agua como volcánicas troneras, o en el aire a diversas alturas, antójasenos bocas de morteros candentes que están cañoneando luz, de tal modo desbarata su proyección en brechas gigantescas las paredes de la noche. Y así pasan las horas, hasta que un soplo, ya oceánico, parece colarse por la puerta abierta del mar, susurrándonos en un escalofrío los riesgos que oculta el norte obscuro. Ahora navegamos frente a los últimos "destroyers", más encarnizados todavía en su vigilancia. He aquí que uno nos asesta, altos en la sombra y llenos de helada ferocidad, dos ojos de buho; otro, en la misma línea de las olas, enciende sus pupilas terribles, como una fiera agazapada detrás de un matorral; otro apaga de golpe sus fuegos, que con el repentino eclipse, parecen haber brillado muy cerca, como si pretendiera agredirnos a traición; otro aun, desenvaina hasta las nubes, bruscamente, su cuchilla deslumbradora sobre nuestras cabezas. Y lo más impresionante, es que como no podemos distinguir una masa ni una silueta, aquello viene a ser la noche misma, despierta en la inquietud de un delirio trágico, para erigirse centinela colosal ante el peligro de Inglaterra.

Por fin, con el alba, aparece la mar, florida en blanco cual una pradera, la última costa inglesa, de matiz cretáceo, algunos escollos, una gaviota que regresa ya, la inmensidad celeste...

Y son los quince primeros días sobre el mar desierto, absolutamente desierto, como si ya la barbarie triunfante empezara a aislarnos; la ruta desusada que nuestro bravo capitán emprende en secreto, sin revelarnos su línea en la carta, ni hacernos concebir la esperanza de una escala, ni dejarnos ver la brújula que ha sido puesta fuera de nuestro alcance, ni comunicarnos los misteriosos radiogramas que recibe, nadie sabe de

quién, apagadas al principio las luces, tapados con redondeles de caucho los ojos de buey, como a tientas sobre el mar obscuro, donde solo tenemos, pobre recurso, el consuelo de esperar las estrellas familiares cuyo panorama domina la soberbia joya del sur. Hasta que una noche, vimos al mismo tiempo, alzarse de la sombra austral el deseado asterisco, mientras en aquel cielo de agosto, dominado por el mal signo del escorpión, que imperaba en el cénit con siniestra magnificencia, caía al norte la septenaria constelación polar, como deshecha en lágrimas sobre la desventurada Europa.

VICTORIAS BELGAS

Para LE CRI DE BELGIQUE

Mayo de 1915.

El atropello del militarismo alemán contra Bélgica, ha creado al Imperio un conflicto tan grave, que no ofrece sino dos salidas: *o el mundo entero se vuelve alemán, o el Imperio tiene que desaparecer como entidad política, al haberse puesto, por su propia voluntad, fuera del derecho de las naciones.*

La violación cometida y su comentario respecto al valor de los convenios entre naciones, apareja esta consecuencia terrible: nadie puede ya tratar de buena fé con el Imperio. Todo tratado con esta entidad, comporta, desde que la violación se cometió, una sumisión motivada por el miedo. Mas, en el mundo hay mucha gente que no tiene miedo; y los alemanes, que son tan valerosos, han de comprenderlo sin dificultad. Bélgica misma es la mejor prueba.

El éxito militar que consiguió llevar la guerra al suelo belga, pues éste y no otro fué el motivo de la invasión, produjo en el militarismo alemán un estado de embriaguez, precioso para el mundo, por las verdades que revelara. Estas verdades pueden reducirse a una, capital entre todas: el pangermanismo no se propone dominar al mundo para civilizarlo a su manera e incorporárselo así; sino para explotarlo como a un siervo. Cuan-

do se nos habla de "cultura alemana" se olvida que este fenómeno tiene como expresión social eminente a la autocracia militar, que según los más brillantes pensadores alemanes, no es una delicia. Por esto, según los hechos van demostrándolo, el mundo no quiere ser alemán. *Y esto progresará en razón inversa: cuanto más triunfe Alemania, menos alemán querrá ser el mundo.*

Resta la hipótesis de que Alemania consiga vencer al mundo entero y dominarlo, al ser, como el pangermanismo lo pretende, el super-pueblo elegido por la divinidad con este fin.

Semejante idea es la manifestación de un misticismo bárbaro, que si no se presenta en la historia por primera vez, ha ofrecido siempre a la observación los mismos rasgos patológicos. Jerjes estaba enfermo de eso y se estrelló en Grecia: otra Bélgica. De suerte que la maravilla se ha visto ya, lo cual demuestra que puede repetirse. El pueblo de Israel declaróse elegido por Dios para dominar al mundo, y lo único que consiguió fué desaparecer para siempre. Verdad es que se trataba de un pueblo pequeño; pero los pangermanistas cuya devoción es notoria, no ignoran que Dios era *efectivamente* su aliado. Y aún así...

Esto nos lleva a reflexionar sobre otras dos victorias belgas de importancia capital, puesto que son irrevocables: la sumisión de la Iglesia al despotismo, por el cobarde consentimiento del Papa, y el ingreso de Inglaterra en el concierto de la latinidad. Todo lo que en Europa es opresión material y moral, está de un lado; todo lo que es libertad, está del otro — gracias á Bélgica.

No tampoco por primera vez, aquella tierra de heroísmo y de martirio es el punto donde se resuelven análogos definitivos problemas. Bélgica es el despeñadero continental del despotismo, como Inglaterra es su es-

collo en el mar. Y todavía constituyen, bajo este concepto, un sistema análogo al de las estrellas dobles, y lo son en el cielo de la libertad, para mayor evidencia de su destino.

Efectivamente, Felipe II — y va uno — decretó la supresión de Bélgica; mas sólo para estrellarse en ella, mientras la Grande Armada, al hundirse, despejaba sobre toda la haz del mar el imperio oceánico de Inglaterra. Napoleón — y van dos — sufrió sus dos reveses definitivos en Trafalgar y en Waterloo. Guillermo II — y *van* tres — está ahí mismo con sus ejércitos atollados, mientras el dominio del mar hállase más que nunca en poder de Inglaterra. El carácter patológico inherente al delirio del imperio universal, resalta visible en el modo como insiste por las mismas direcciones, persiguiendo la misma quimera: horrendo sueño, que no puede realizarse en virtud de su propia desmesura, como no prosperan los monstruos, aunque nazcan erizados de garras y colmillos.

Y he aquí una más entre las victorias ya alcanzadas por la nación mártir: la seguridad de la esperanza. El martirio no suprime, ni aun cuando mate. Los que sí desaparecen, y bajo qué espantoso olvido, son los verdugos. Llega un momento, como se ve por los cartuchos faraónicos y los ladrillos ninivitas, en que ni siquiera causa horror la jactancia de sus exterminios. No es más que vanilocuencia pedantesca y helada.

Por último, si la opinión ajena tiene alguna importancia para los conquistadores, según parece demostrarlo su afán de publicidad, tampoco el éxito les sonríe.

A pesar de su organización formidable, de su ciencia asombrosa, de su espíritu de sacrificio, de su constancia, de su valor, lo admirable no es Alemania que ataca, sino Bélgica que se defiende.

Pues aquí está el castigo de la fuerza que abusa: todo cuanto en ella realiza es mérito del débil que resiste. Las victorias de Alemania contra Bélgica son gloria de Bélgica. En aquel pozo de sangre donde no han podido enterrar a la libertad, es el despotismo lo que va a ahogarse.

LA DEVOLUCIÓN DEL "PRESIDENTE MITRE"

(Revista Argentina de Ciencias Políticas)

Enero de 1916.

Para que pueda apreciarse en toda su magnitud el triunfo diplomático alcanzado por nuestro ministro de relaciones exteriores con la devolución del vapor "Presidente Mitre", así como la importancia del acto amistoso que hacia nosotros comporta la resolución del gobierno inglés, considero útil publicar los antecedentes que siguen, y por los cuales quedará demostrado que, al capturar dicho vapor, Inglaterra estuvo en su derecho.

Resultará, asimismo, establecido el exceso de celo con que se intentó sacar el asunto de la oficina donde con tanto acierto lo tramitaban, a juzgar por el desenlace, y la buena fe de la nación inglesa en dicho episodio.

El caso en cuestión, hallábase regido, en efecto, por el artículo VII del tratado del 2 de febrero de 1825, entre nuestro país y la Gran Bretaña, que dice a la letra:

"Con el fin de evitar cualquier mala inteligencia por lo tocante a los reglamentos que puedan respectivamente constituir un buque británico o un buque de las dichas Provincias Unidas, se estipula por el presente, que todos los buques construídos en los dominios de S. M. B., que sean poseídos, tripulados y matriculados

con arreglo a las leyes de la Gran Bretaña, serán considerados como buques británicos; y que todos los buques construídos en los territorios de dichas provincias, debidamente matriculados y poseídos por los ciudadanos de las mismas o cualquiera de ellos, y cuyo capitán y tres cuartas partes de la tripulación sean ciudadanos de dichas Provincias Unidas, serán considerados como buques de las dichas Provincias Unidas".

Si ese tratado está vigente, Inglaterra ha tenido razón para no considerar buque argentino al "Presidente Mitre"; pues dicha embarcación no ha sido construída en nuestro territorio, sino en Alemania, al paso que sus dueños tampoco son argentinos, sino alemanes; quedando por demostrar la nacionalidad de su capitán y la de los dos tercios de su tripulación.

Aunque uno y otra fueran argentinos naturalizados, como se asegura, la falta de las dos primeras condiciones bastaría; pues, en caso de duda, es práctica constante del derecho internacional, que la nacionalidad del buque sea definida por la de sus propietarios.

Vale la pena recordar a este propósito, ya que se ha mencionado la declaración de Londres, que el derecho internacional es, tan sólo, el cuerpo de doctrina constituído por los tratados vigentes. La declaración de Londres no es uno de éstos, como va a verse acto continuo; la República Argentina no se adhirió a ella, ni ella ha alcanzado, a lo menos, validez legal en Inglaterra. Adoptada por la conferencia que, a iniciativa de sir Edward Grey, reunióse en aquella ciudad (diciembre 1908 a febrero 1909), no la ha ratificado debidamente ninguna de las naciones que asistieron bajo expresa invitación: Alemania, Austria, España, Estados Unidos, Francia, Holanda, Italia, Japón, Rusia, y la propia Inglaterra. Aprobada por la cámara de los co-

munes, en junio de 1911, fué rechazada por la de los lores en julio del mismo año: y nadie ignora que los tratados, en Inglaterra como acá, no tienen validez sino cuando están aprobados por los parlamentos.

Ahora, vemos si el tratado del 2 de febrero de 1825 está vigente, pues se ha sostenido que no, declarándoselo caduco, en virtud de tres razones:

1.ª Que concertado, aprobado y canjeado debidamente por la nación constituída bajo el sistema unitario en 1825, necesitó la ratificación de cada provincia, al reasumir ellas su soberanía, cuando quedó disuelta la unidad nacional.

2.ª Que por el estado de guerra en que nos hallamos con la Gran Bretaña, durante los años de 1845 a 1849, dicho tratado quedó abrogado de hecho.

3.ª Que sus cláusulas son incompatibles con la constitución nacional.

No es ésta, por cierto, la opinión del gobierno argentino.

En el tomo VIII de la colección de "Tratados, Convenciones, Protocolos, Actos y Acuerdos Internacionales.—Publicación oficial, 1911", hállase inserto el citado de 1825, con toda la documentación correspondiente, desde la pág. 278 a la 288, en la cual dice: "Está en vigencia".

Tratándose de una publicación oficial de 1911, ello basta, ciertamente, como reconocimiento de validez. Pero nuestro gobierno ha podido equivocarse por ignorancia o por desidia

Nada de esto.

La primera "razón" de caducidad fué ya aducida en el congreso general constituyente 1853, por el P. Manuel Pérez, representante de Tucumán quien oponiéndose a la cláusula del art. 14 de la constitución que, declara la libertad de cultos, dijo:

"Que al presente, en la provincia de Tucumán que tenía el honor de representar, había ocasionado una alarma la sola aparición del proyecto de constitución del señor Alberdi, lo que hizo se dirigiese a los diputados de aquella provincia la ley sancionada en ella y vigente, en que se rechazaba el tratado celebrado con la Inglaterra el año 25, ley que tenía el derecho de establecer, a consecuencia de la ley del congreso de aquel tiempo, que autorizaba a las provincias para aceptar o no las que emanasen de él".

Gorostiaga, miembro informante de la comisión redactora, formuló, entonces, la doctrina justa, diciendo:

"Que se había expuesto varias razones, mirando el asunto bajo dos aspectos: teológico y político. Que era bajo este último que debía considerarse la cuestión, y contestando al diputado preopinante, agregó: que creía bastante recordar el tratado con la Gran Bretaña, que estaba vigente y era obligatorio a toda la república, sin que ninguna provincia pudiera negarse a su cumplimiento, ni ante el poder de la Inglaterra, ni ante el poder de la razón, por ser un tratado ratificado por el jefe supremo nacional; que la ley de 23 de enero de mil ochocientos veinticinco, que se había invocado, sólo daba a las provincias el derecho de aceptar la constitución, pero no las demás leyes y actos del congreso; por lo que pedía la aceptación del artículo en discusión."

Y como así se hizo, por trece votos contra cinco, en aquella memorable sesión del 24 de abril, que señala uno de los más bellos triunfos de la libertad argentina, tal es, desde entonces, la doctrina constitucional.

Mas, no fué aquello una manifestación accidental, provocada por la oposición del fraile recalcitrante y fanático. La comisión de negocios constitucionales, formada por Díaz Colodrero, Zapata, Del Campillo, Leiva,

Ferré, Gutiérrez y Gorostiaga, aunque era clerical en su mayoría, expresábase así en el informe con que acompañara su proyecto de constitución (abril 18 de 1853):

"El tratado de dos de febrero de mil ochocientos veinticinco, acuerda a los súbditos británicos la libertad de la conciencia y el derecho de concurrir a sus ritos públicamente; y tanto esta facultad como las demás que encierra aquel tratado, se han realizado sin interrupción desde esa fecha, y también durante el aislamiento de los pueblos, cuando sólo existía un encargado de relaciones exteriores. Éste es, pues, un derecho perfecto conquistado bajo la fe de tratados solemnes, a cuyo cumplimiento no podía negarse el gobierno federal."

Ya en la sesión anterior a la del 24 de abril (la del 23), Gutiérrez, dando réplica a los convencionales Zapata y Pérez, sobre el mismo asunto, había dicho:

"Que la declaración que se proponía, de que la religión católica era la religión del Estado, sería falsa, porque no todos los habitantes de la confederación, ni todos los ciudadanos de ella eran católicos, puesto que el pertenecer a la comunión católica, jamás había sido por nuestras leyes un requisito para obtener la ciudadanía; y que ni a los hijos de los ingleses, que por el tratado del año 25 pueden ejercer libremente su culto en la confederación, se les ha exigido, para ser ciudadanos nativos, que renieguen la religión de sus padres".

Tal era lo que opinaban los padres de la constitución; y según se ve, ninguno, fuera o no reaccionario, argumentó con la caducidad del tratado porque hubiese habido estado de guerra con la Gran Bretaña, no obstante la proximidad de dicho acontecimiento (el tratado de paz fué firmado entre aquel país y el nuestro el 24 de noviembre de 1849), ni creyó que dicho instrumento fuera incompatible con la constitución.

Asimismo, Alberdi en las *Bases* (XVI, págs. 61-62, 1.ª edición), decía:

"Como el origen antiguo, presente y venidero de nuestra civilización y progreso reside en el exterior, nuestra constitución debe ser calculada, en su conjunto y pormenores, para estimular, atraer y facilitar la acción de ese influjo externo, en vez de contenerlo y alejarlo. A este respecto, la República Argentina sólo tendrá que generalizar y extender a todas las naciones extranjeras, los antecedentes que ya tiene consignados en su tratado con la Inglaterra. No debe haber más que un derecho público extranjero; toda distinción y excepción son odiosas. La constitución argentina debe tener una sección destinada especialmente a fijar los principios y reglas del derecho público de los extranjeros en el Río de la Plata, y esas reglas no deben ser otras que las contenidas en el tratado con la Inglaterra celebrado el 2 de febrero de 1825".

Para Alberdi, pues, ese tratado debía ser una de las bases de la constitución. Y esto lo decía en 1852, a dos años solamente de nuestra guerra con la Gran Bretaña.

No existen, como se ve, autoridades más altas ni ratificaciones más augustas. El tratado, que para mayor gloria, lleva al pie de su canje definitivo las firmas de Rivadavia y de Canning, se halla vigente; y así como esta preciosa circunstancia nos ofreció en 1853 un argumento definitivo para adoptar la libertad de conciencia, sigue, ahora, asegurándonos en Inglaterra el tratamiento de nación más favorecida (artículo IX). Constituye el primer documento en que aquella nación reconoció verdaderamente nuestra independencia; y su denuncia, o la declaración de su caducidad, comportarían la más insigne torpeza.

Tampoco es admisible esa teoría de los tratados

caducos sin previa denuncia, ni que el estado de guerra los abrogue en absoluto, puesto que empieza por haber tratados reglamentarios de la guerra misma.

Reviste, pues, la importancia de un señalado triunfo diplomático el desenlace favorable de este episodio que restablece bajo un concepto tan elevado de amistosa consideración, la perfecta armonía de nuestras relaciones con Inglaterra.

Y como nobleza obliga, creo llenar un deber de argentino, ofreciendo a la gran nación el tributo de verdad que le corresponde.

EN EL HOMENAGE A LA MEMORIA DE RUBEN DARIO

Marzo de 1916.

. . . . . .

"Porque claro está que ese libertador, ese griego de alma, ese creador del mucho espíritu en la poca materia, fué un hijo espiritual de Francia. Así repetíanse en él dos fenómenos por vez primera correlacionados para el máximo efecto: la renovación de la literatura española, que desde los tiempos del "Romancero" procede siempre de Francia, y las revoluciones libertadoras de América, que son también cosa francesa. No hay por ello nada más falso y más cursi que el horror académico al galicismo. Si algún país debe legítimamente influir sobre la cultura española, es el de Francia, por generoso, y por hermano. Reconocerlo es una prueba de sencillo buen gusto; negarlo, un grosero alarde para llamar la atención, violando la conocida regla en cuya virtud la verdadera elegancia consiste en no hacerse notar, o una antigualla reaccionaria. No hay obra humana de belleza o de bondad que prospere sin su grano de sal francesa. Este grano de sal es perla que ha germinado en siglos y siglos de labor, de dolor, de heroísmo, de genio, de arte, de gloria. Y por esto, porque constituye la síntesis, excelente entre todas, del espíritu humano bajo su concepto superior, a todo comunica con la mis-

ma eficacia las propiedades substanciales de la sal: la claridad, la franqueza, la sobriedad, el sabor, la sazón, la fuerza".

"He aquí por qué la influencia de Darío fué superior a la de Martí, genio, héroe y mártir. Es que este último, en su propia magnificencia, escribió todavía el castellano académico. Hizo las del Cid, que es decir, cosas grandes entre las más excelsas; pero no habló como él. Pues el Campeador de las Españas cometía galicismos..."

"Amar a Francia es ya una obra de belleza. Gloriarse de ello ahora, es un acto de dignidad humana. Su heroico dolor ha sido la revelación de esta grandeza: que la justicia de la humanidad es la justicia de Francia. En el peligro de Francia fermenta en sangre la barbarie de Europa. Y nosotros no podemos desentendernos de ello, sin renegar nuestra propia civilización. La miserable neutralidad de los pueblos que se llaman libres, aun cuando con ella se exhiben esclavos del miedo, es una aceptación anticipada de la felonía, el terrorismo y la infamia. La esperanza, este bien supremo que ilumina la existencia del último miserable, es una flor de Francia: una intrépida amapola de sus campiñas, en cuya seda ligera palpita el hervor de hierro de la sangre de Francia. Y dijérase que en el estremecimiento de la flor, el gallo de las Galias yergue su cresta mordida".

"Esto que ahora se ve tan claro, fué lo qué el gran poeta nos anticipara en su anunciación de belleza. Y para que se note cómo es cierto que en todo gran poeta hay el "vate" de los antiguos, el ser profético para quien se anticipa el día en la altura de su espíritu, recordaré aquel magnífico grito de alarma, lanzado una tarde, hace veintisiete años, por Rubén Darío, quien per-

cibió desde el Arco del Triunfo, en la sugestión clarividente de la gloria, el avance de la horda gigantesca sobre su Francia negligente y hermosa:

¡Los bárbaros, Francia! ¡Los bárbaros cara Lutecia!"

"Así, resucitando en su lengua nueva el viejo pentámetro de Roma, cual si despertara en su sér uno de aquellos latinos del siglo V y encabritara a modo de corcel el verso para más ver la horrenda gente, ha sentido:"

"El viento que arrecia del lado del férreo Berlín".

"Y entonces clama con precisión maravillosa:

Suspende, oh Bizancio, tu fiesta mortal y divina
Oh Roma, suspende tu fiesta divina y mortal.
Hay algo que viene como una invasión aquilina
Que aguarda temblando la curva del Arco Triunfal.
¡Tannhauser! *Resuena la estrofa marcial y argentina,*
Y amaga a lo lejos el águila de un casco imperial.

Colaboración en el número especial con que "La Patria Degli Italiani", *conmemoró el 9 de Julio de 1916, centenario de la independencia argentina.*

DUE POESIE DI LEOPOLDO LUGONES

"Dobbiamo il piacere e l'onore di ornare il nostro numero odierno con queste composizioni poetiche di Leopoldo Lugones alle circostanze esposte nella seguente lettera che ci dirigeva giorni fa l'illustre letterato:

BUENOS AIRES, 4 luglio 1916.

Signor direttore della "PATRIA DEGLI ITALIANI",

A causa delle mie molte occupazioni e per altri motivi, soltanto adesso vengo a conoscere la polemica dibattutasi nel suo stimato giornale a proposito della mia versione del Canto V dell'Odissea.

Atteggiamento cosí cortese obbliga la mia gratitudine e mi move a offrirle, come fo, la versione della "Calandra" di Giovanni Pascoli di cui diedi lettura l'anno scorso, insieme col testo, in una delle mie lezioni di estetica all'Universitá della Plata, e che ho conservato inedita.

Fu il Pascoli, ch'io stimo uno dei maggiori poeti d'Italia, la quale ne conta di cosí grandi, il mio autore preferito durante tutto quel corso, e cosí arrivai a volgere una ventina delle sue composizioni. La presente versione — non dico traduzione perché sarebbe fuor della mia portata — mi presentó difficoltá quasi disperanti al ricercare l'equivalente delle sue espressioni cosí superbamente concise, come se fossero latine, e di tanti

nomi di uccelli e di piante. Valgate ció di scusa presso di lei e presso i lettori.

Le rimetto pure un sonetto in gloria della bandiera italiana che figura nel libro compilato a benefizio della Croce Rossa, dalla Signora Parravicini l'anno scorso, e che forse merita di essere riprodotto, sia per ragioni di opportunitá, certamente gratissime ai miei sensi italofili, sia perché é di Dante il verso che lo chiude.

Il sud dev. mo.

Leopoldo Lugones.

LA CALANDRIA

I

Borbolla en lo alto un parlotear canoro.
Es la calandria, inmóvil en el pleno
Sol meridiano, como un punto de oro.

Sólo su voz domina en el sereno
Y vasto azul, mientras se va callando
La copla del gañán en el centeno,

Y el cascabel, tan argentino, cuando
Pasa la jardinera, ya lejana:
Que el cochero, a la sombra, está almorzando.

Ni hay más cigarras, ni más ronca rana,
Ni un soplo, ni un volido por la umbría.
Unica en todo el cielo, ella se ufana.

Se ufana y canta, y su himno que gloría
La música del alba y de los setos,
Como el iris del ópalo varía.

Canta, y oyes los silbos indiscretos
Del mirlo matinal, y te robora
Picante olor de enebros y de abetos.

Y en un frescor de umbría gemidora,
De rocío y corteza, la incitante
Fragancia del madroño y de la mora.

Por do quier, si en el bosque vas errante,
Los trinos son más líquidos y ricos.
Después, se oye cual golpes de distante
Picapedrero, martillar los picos.

II

Mas, nó: *dib, dib;* si es gorrión..... Ya llena
La bruma el campo en que, desde la aurora,
Muje el buey y trajina la faena.

Humean tierra y cielo a aquella hora,
Y tras el seto de álamos temblones,
La humedad del abono se evapora.

Bórranse, allá en la niebla, los peones;
Acá el arado emerge, por encanto,
Entre un piar de míseros gorriones.

Mas, de dónde lanzó su dulce canto
La codorniz? Ya el girasol, orondo
Se despliega, y perfuma el ojiacanto.

Quizás es ya la tarde, y en el fondo
Del estival paisage que se azula,
Canta la codorniz al trigo blondo.

El maizal de luciérnagas pulula
Y de grillos el prado; en los almiares,
El heno, perfumando, se acumula.

Y no; es la aurora; bajo los alares,
Cual gárrulas zagalas, junto al nido
Charlan las golondrinas familiares.

La casa duerme; el jarro preferido
Del buen café, nadie hurga todavía.
Vuela y revuela el matinal silbido,
Ante la verde, inmóvil celosía.

III

El grito del cernícalo... Una hirsuta
Soledad... Rudas peñas al contorno...
Matorrales de ajenjo y de cicuta...

Abruma al cielo el estival bochorno,
Y como un ebrio en el paisage huraño,
Ronca un torrente de impetuoso torno;

Cuando he aquí que en el perfíl extraño
De un alto escombro dentellado en piedra,
Se oye cantar al pájaro ermitaño.

Cantas como alma fiel que no se arredra
Con el dulce penar, desde la ruina
Amortajada de piadosa hiedra,

Pájaro azul. Mas, ya oigo que, vecina,
La curruca gorgeó. Donde? En un huerto
Cercado por el boj y la uva espina.

Allá rojea entre el follage muerto
Tal cual manzana, dórase la pera,
O algún higo se arruga al descubierto;

Y cantan la alondrinlla y la parlera...
Mas, no; eres tú, que inmóvil al sol pleno,
Trinas, calandria, sobre la pradera.

Sólo tu voz expláyase en el seno
Del claro azul, con la virtud secreta
De un sortilegio límpido y sereno:
¡Grande en tus breves alas, oh poeta!

TRICOLOR

Amor d'Italia, o cari...
Leopardi.

Sangre latina, al riesgo de su fama,
Refluyendo en la punta de la tela,
Con nuevo ardor hacia la gloria anhela,
Tal así como al sol tiende la llama.

Encarrujando espumas en su trama,
Resume el mar la faja paralela;
Y los campos geórgicos cuartela
El primer brote de la heroica rama,

Sea aquel rojo el signo que atestigua.
Aquel blanco, un claror de espada antigua
—La alegre gladia que barbaries doma.—

Y el otro, iluminándose, recuerde
Que nada ha muerto del laurel de Roma,
Mentre che la speranza ha fior del verde.

EN UNA TARJETA POSTAL A BENEFICIO DE LA CRUZ ROJA BELGA

Julio de 1916.

Les trois couleurs de la Belgique
Hantent victimes et bourreaux,
Quand un rayon d'espoir tragique
S'obstine en ces sombres vitraux.

Les bourreaux:

Le rouge est la cruauté morne
Sur tout ce pays desolé,
Le noir est la terreur sans bornes,
Le jaune l'or que'on a volé.

Les victimes:

Le rouge est l'ardeur sans relâche
D'un heroïsme nonpareil,
Le noir un linceul pour ces lâches,
Et le jaune un cri de soleil.

PRESENTACIÓN DE LOS DIPUTADOS BELGAS M. M. ARTHUR BUYSSE Y AUGUSTE MÉLOT, EN EL ODEÓN

Octubre de 1916.

Mesdames, Messieurs:

J'ai l'honneur de vous présenter Messieurs Auguste Mélot et Arthur Buysse, députés de la Belgique indépendante et souveraine. Ils sont venus chez nous en mission de verité, pour nous raconter, ainsi qu'aux temps obscurs du cinquième siècle, les forfaits des barbares: tellement la civilisation a reculé dans l'ombre, depuis à peine deux ans, sous ce fléau sinistre. Messieurs Buysse et Mélot représentent, donc, la patrie et la vérité. C'est tout dire en leur hommage.

Et j'ai aussi l'avantage de vous présenter, Messieurs les députés, dans ce groupe choisi de dames et de gentilshommes Argentins, les gens qui n'ont pas peur. Ils n'ont pas voulu non plus oublier qu'ils sont des hommes et des femmes devant l'honneur, des êtres loyaux parce que libres.

J'entends vous le faire mieux sentir par l'emploi de cette langue de France qui méprise le biais; étant droiture et lumière; mais plus encore par cette éloquence du cœur qu'elle amène aux lèvres pour l'y parfumer de ses mots presque maternels.

Voilà ma tâche accomplie, si je devais me borner

au cérémonial des présentations officielles. Mais évidemment on a voulu de moi quelqu'autre chose. Et c'etait la glorification de la Belgique, avant qu'on nous racontât son martyre.

Eh bien, oui. Nous croyons d'adord à la victoire de l'esprit d'équité sur les puissances monstrueuses, nous saluons, déjà vainqueur, le peuple héroïque. Et cela parce que nous avons réfléchi sur les rapports mystérieux des faits avec la destinée des nations: ces *signes* qui donnent seuls un sens à l'histoire.

Tout peuple qui se croit prédestiné à la conquête du monde prend la voie de perdition. La folie de la domination universelle, dans le même éclat trompeur de son paroxysme, est un symptôme de décadence. Voyez, Messieurs, ces empires d'Assyrie et d'Egypte, dont seules nous restent les vantardises sur des pierres brisées. Voyez le peuple d'Israël errant à travers les âges. Voyez la conquête des Arabes, cet ouragan si tôt fatigué sous le poids de son propre sable. Voyez l'Espagne de Philippe II aprés le songe funeste de l'"Empire Chrétien". Voyez la puissance temporelle des Papes...

Le délire du colossal qu'inspirent ces entreprises est, en outre, un indice de mort. Ainsi que les espèces de la zoologie, les peuples de l'histoire atteints de gigantisme disparaissent sans retour. Ils ne sauvent pas même l'esprit que le pédantisme étouffe et qu'égare la maladresse, bien connue, des géants.

Mais il y a mieux encore: c'est la prédestination de la Belgique, trois fois manifestée par les événements d'une façon tout à fait identique. On dirait que le despotisme, étant une maladie, se trouve soumis à la fatalité aveugle. Voilà pourquoi tous les peuples l'ont plus ou moins subi, et ce serait aussi la cause qui lui fait suivre les mêmes chemins, comme s'il s'agissait de ces

inductions que nous pourrions dénommer "lignes d'insistance" pour les cataclysmes naturels.

Philippe II décrete la suppression de la Belgique, et c'est lui qui succombe à la fin, vaincu sur mer par l'Angleterre. C'est encore l'Anglais qui sur un champ de bataille belge consomme la défaite de Napoleon, certaine depuis le jour où il n'eut plus l'Océan. Et le monde coalisé contre les tyrans, fut ces deux fois pour l'Angleterre et la Belgique.

Maintenant, le monstre recommence, comme toujours. Et il n'a pas la mer. Et le monde est contre lui pour la croisade, peut-être définitive.

La croisade! Ce mot d'idéal et d'héroïsme recèle encore une signification, la plus importante pour moi, parce qu'elle est symbolique entre toutes: le belge Godefroy de Bouillon fut le chef de la première croisade et le premier roi de Jérusalem reconquise. Or, c'était le temps des Urbains et des Grégoires qui ne se taisaient pas.

Et, Messieurs, c'est tout, car je n'ai pas de place pour la haine. Cette passion dont la laideur synthétise toutes les difformités, n'est pas latine. Laissons sa glorification aux chantres Germaniques. Nous savons d'autre part que la haine est une exaspération de la crainte dont seuls pâlissent ces artisans de la terreur. La petite Belgique a remporté sur eux une autre victoire. Elle leur a montré qu'il ne faut plus compter sur la peur des faibles. Mieux encore: qu'il n'y a point de faibles parmi les gens d'honneur.

Là-bas, sur ce dernier coin de patrie où s'enracine l'espoir des braves, le drapeau sauvé, selon la règle, quand tout était perdu, semble l'affirmer en face des cieux avec le frisson tragique de ses couleurs qui montent dans une violente splendeur comme des vers de Verhae-

ren. On dirait le triple rayon d'une flamme qui se détord pour mieux briller. Entre le noir qui est la source de volonté sombre, et le rouge du martyre, le jaune arbore le soleil.

Soleil des Flandres sur les clochers qu'embrume d'or et sur la mer argentée par ses rayons qui semblent amener aux pêcheurs les harengs d'Islande; soleil de ce Brabant où la civilisation était encore plus douce que la nature

"Faite à souhait pour Fénelon"

comme disait Verlaine; soleil d'espoir et de justice; soleil des forts, soleil des braves; soleil d'Argentine aussi sur le pavillon blanc et bleu des exploits semblables; soleil d'amour, même sur le crime; soleil divin, tu resplendiras!

NEUTRALIDAD IMPOSIBLE

De LA NACIÓN

Abril 7 de 1917.

La guerra está ya en América con todos los requisitos que podría exigir la timidez más escrupulosa; y su tremenda evidencia viene a dar como una pedrada en la cabeza de avestruz de la neutralidad, así desahuciada de sus quiméricos resguardos. El gobierno alemán habíase, por lo demás, anticipado a este hecho, cuando notificó su decisión de torpedear buques neutrales siempre que le convenga y con violación sistemática de las propias leyes de la guerra; mas aunque una declaración semejante comportó en todo tiempo la ruptura de hostilidades, la neutralidad tenía miedo y prefirió esperar las vías de hecho, sin perjuicio de seguir tergiversando y humillándose cuando ellas se produjeran. El terrorismo había calculado bien sobre la consabida perspicacia oficial que consiste en no ver el fuego sino cuando está en casa, pues nada hay tan torpe como la habilidad del político, formada por partes iguales de ciega materialidad y de egoísmo sin escrúpulos. Así acabamos por perder toda noción de integridad con nuestro pasado, todo concepto de honor ante la fuerza bruta, toda previsión trascendental ante el conflicto gigantesco cuya gravedad consiste, precisamente, en su trascendencia; y olvidando que para el hombre, sér espiritual ante todo, la realidad tangible

no es sino la manifestación de un estado intelectual y moral que en ella se exterioriza y la determina, consentimos por impremeditación el crimen contrario a nuestra propia existencia.

El hombre honrado se diferencia del bandolero en una cosa, que es la conducta. Y esta palabra significa un conjunto de principios morales que determinan los actos de la vida. El bandolero, a su vez, determina su conducta por los actos, considerando buenos todos aquellos que le convienen. El hombre honrado sabe, antes de proceder, que ciertas cosas no puede hacerlas, aun cuando sean de su conveniencia o de su agrado; y hasta conoce algunas, que el riesgo de su propia vida no podría justificar. Esas cosas son para él "lo malo", que, naturalmente, no puede convertirse en bueno porque, en vez de uno, lo cometan varios; pues, ante un criterio recto, lo malo se agravaría más bien con ello: el crimen perpetrado por muchos perjudica más que si lo ejecuta uno solo. Los hombres no han llegado a comprender y aceptar en parte el imperio de una sola moral para el individuo y para el grupo, sino después de una laboriosa evolución; y en esto consiste, moralmente hablando, la civilización humana.

Como no quiero emplear alusiones, porque no las necesita quien tiene asumida, aun ante el error, la responsabilidad de cuanto dice, afirmo, en consecuencia, que todo país, al sostener una doble moral, sin otra mira que su conveniencia, asume voluntariamente la barbarie. Al declarar que "su" necesidad no reconoce ley, se pone por voluntad propia fuera de toda ley, imposibilitando cualquier convenio fundado en el honor. Porque el honor es aquella virtud que somete nuestras necesidades, inclusive la de conservar la vida, a ciertas leyes llamadas la moral: no mentir, no faltar a la pala-

bra empeñada, no ensañarse con el indefenso y el vencido...

Por esto, porque hay cosas más preciosas que la vida, el heroísmo con que se la sacrifica no basta para justificarlo todo, aun cuando sea estupendo como lo es, sin duda, el heroísmo alemán. La doble moral arbitraria en que consiste la barbarie, como he dicho, es también compatible con un progreso tan maravilloso como el que Alemania había alcanzado por el esfuerzo de sus hijos. Así, he precisado ya que la adopción de la doble moral equivale a asumir voluntariamente la barbarie. Y esto, por desgracia, resulta peor que ser bárbaro de suyo.

Bajo tales conceptos, lo que realmente separa al hombre honrado del bandolero, no es el crimen en sí mismo, sino la disconformidad moral. El crimen es un accidente de la imperfección humana, que, en determinado momento, el virtuoso no sabría, quizá, evitar; y por esto, reconociendo en la miseria del criminal su propia miseria, compadece y perdona. Pero, la inmoralidad que sistematiza el crimen y lo filosofa para explotarlo, ésa, no puede tener perdón, porque perdonarla sería consentirla. Semejante inmoralidad es el programa sintético del despotismo; y con ello, lo que diferencia en la guerra actual a los grupos de naciones combatientes. Existe, pues, entre ellos, una diferencia esencial que impone a la conciencia humana decisiones del mismo género. Trátase, efectivamente, de una lucha entre la civilización que todo lo subordina al principio de equidad, y la barbarie que pretende el dominio absoluto por medio de la fuerza, constituyéndolo la única sanción moral. Si para un espíritu civilizado, que es decir, equitativo, nada hay tan respetable como la debilidad, y si para un alma bárbara la debilidad autoriza el abuso, esto crea entre ambas entidades una profunda diferen-

cia. Es la que existe, por ejemplo, entre los agresores y los defensores de Bélgica. Y tan verdaderamente se trata de un estado de conciencia, en cuya virtud nunca tiene razón el débil, que los invasores de Bélgica, no obstante su gigantesca superioridad, la insultaron y procuraron cubrirla de baldón después de haberla vencido.

Es que el despotismo constituye para los pueblos una verdadera enfermedad moral. La iniquidad que les impone los torna inícuos. Los pueblos tiranizados acaban por concebir la tiranía como un estado natural, y tienden, así, a ejercerla sobre los otros pueblos. El culto al hombre, que es el fundamento del despotismo, engendra el derecho divino de los reyes para mandar, y, por lógica extensión, el derecho divino de los pueblos para conquistar: los "pueblos elegidos" que acaban siendo, sin uno sola excepción, los irremediables fracasados de la historia. Y como el culto al hombre, no obstante ser la más miserable de las idolatrías, adquiere, al transformarse en derecho divino, aquella idealidad sin la cual son imposibles el heroísmo y el sacrificio, los pueblos despotizados conviértense de buena fe en agentes del mal. El despotismo germánico insiste por tercera vez en su locura específica del dominio universal, que ya produjo en los tiempos la funesta victoria sobre Roma y el fracaso colosal de Carlos V. No es del enemigo, sino del actual emperador, la comparación de sus alemanes con los hunos y con los vándalos.

Pero, los otros pueblos no alcanzaron el estado de libertad por artificio o por dialéctica, sino por evolución natural, de tal suerte, que la libertad confúndese para ellos con la vida misma; y he aquí por qué, tratándose de cosas inconciliables, la lucha actual no tiene, para uno y otro principio, más desenlace que la victoria.

He creído necesario precisar, así, la moral de la

guerra, a fin de que se vea mejor cómo es, imperativamente, la misma para nosotros, y cómo nos obliga — según me propongo demostrarlo — a ponernos de parte de los Estados Unidos, si no son palabras vanas nuestra dignidad y hasta nuestra conveniencia.

Entretanto, los escépticos que reclamaban hechos, ahí los tienen.

La guerra está en casa; y este acontecimiento nos compele a las resoluciones ineludibles. O respetamos la integridad de nuestro pasado, en nombre de la solidaridad americana, que es ley de vida y de honor para todos los pueblos del continente, revelando, al mismo tiempo, la inteligencia necesaria de nuestro presente y nuestro porvenir, o nos subordinamos por grosera cobardía al terrorismo de los déspotas. Tal es el dilema, como va a verse.

*

* *

En enero de 1914, al lanzar en París el primer número de la *Revue Sud-Américaine,* creí que su mejor programa consistiría en una definición del panamericanismo. Los párrafos que siguen son del artículo escrito con ese objeto: "El panamericanismo, su forma y su fórmula"; y los reproduzco con alguna extensión, traduciéndolos de mi propio original francés, no sólo para mostrar al lector que los acontecimientos actuales no me han tomado de sorpresa, lo cual ha de valerme, sin duda, un poco más de su confianza, sino porque unos definen, con autoridad ya un poco histórica, el alcance de los otros.

Sostenía yo que la forma y la fórmula del panamericanismo debían consistir en la adopción y práctica generalizada de la doctrina de Monroe, completada con la

doctrina de Drago, por todas las naciones de América. Y he aquí lo que dije entonces:

"El panamericanismo carece de significación sin los Estados Unidos, que representan en América la realización del derecho a la independencia y el triunfo de la democracia."

. . . . . .

"Los Estados Unidos saben que la democracia es una *necesidad vital* para los pueblos americanos donde, por no existir aristocracia, la monarquía constituiría, siempre, una empresa de recolonización o de conquista."

. . . . . .

"La doctrina de Monroe continúa, pues, siendo necesaria a la seguridad americana; pero, en el propio interés de los Estados Unidos, conviene que las repúblicas latinas del Nuevo Continente concurran con menos pasividad a su aplicación."

. . . . . .

"La primera fórmula del panamericanismo limitado a la necesidad defensiva, que era, entonces, lo más urgente, fué la doctrina de Monroe."

. . . . . .

"La doctrina de Monroe, debe pertenecer a toda la América y no tan sólo a los Estados Unidos: cuanto mayor sea el número de naciones que la adopten, menos posible resultará abusar de ella. Para volverla más eficaz, habría que completarla con la doctrina de Drago, que los Estados Unidos han aceptado, por lo demás, bajo la única reserva de que el cobro compulsivo de las deudas entre naciones, será tolerado cuando el deudor

rehuse someterse al arbitraje o a la sentencia pronunciada contra él."

. . . . . .

"Quisiera que mi patria diera el ejemplo (de adoptarla), y a ello la incito en la medida de mis fuerzas."

. . . . . .

"Nuestros países son entidades de paz y de derecho; su porvenir depende de la conservación de tal carácter. La exageración actual del positivismo militarista, permite presagiar una reacción idealista, próxima quizá. Si esto no ocurre, puede preverse sin exageración el naufragio de la civilización europea en la miseria y en la sangre. En ambos casos, nuestro turno habrá llegado."

"Pero, mientras dure la actual tensión, estemos prontos. Ya el otro día se dejaron decir en Alemania que la eficacia de la doctrina de Monroe depende del alcance que tengan los cañones de los Estados Unidos. Quizá este alcance no baste, ante el monstruoso crecimiento del militarismo europeo. Pero, puede sumarse eficazmente a aquellos cañones, los de la Argentina, el Brasil y Chile. Los países americanos que no poseen artillería, tienen caletas, paraderos, puertos, hombres; y esto les permitiría participar en la defensa común si se requiriera."

"Esta forma práctica del panamericanismo, ofrece una trascendencia que constituye, quizá, lo más interesante de dicho asunto."

"Tarde o temprano, la democracia tendrá que rechazar con implacable energía el ataque igualmente decisivo del despotismo, para el cual la guerra representa una suprema probabilidad de reacción. Nosotros podre-

mos prestar, entonces, un servicio inapreciable a la democracia europea."

Y recordando el concepto profético de Canning, al reconocer en 1823 la independencia de las antiguas colonias españolas: "He llamado a la existencia un nuevo mundo, para restablecer el equilibrio del antiguo", añadía por último:

"Estamos con toda evidencia en vísperas de un nuevo conflicto, análogo a aquel otro de la Santa Alianza con la Europa liberal; y podemos ser, para la civilización progresivamente constituída en democracia, lo que fuimos ya para el equilibrio del Viejo Mundo". (Revista citada, núm. 1, enero de 1914, pág. 31-40).

Cuando el presidente Wilson nos propuso que acompañáramos a los Estados Unidos en su actitud ante el bloqueo pirático, rompiendo también nuestras relaciones con Alemania, aquella medida, fuera de ser una apelación al honor nacional, nos recordaba la parte que nos toca. Nuestra negativa quebrantó gravemente la solidaridad americana, pues comportaba una declaración de aislamiento ante el más grave peligro continental. Fuimos ingratos con la nación hermana, y torpes con nuestro propio destino.

Lo que defiende aquélla, en efecto, es exactamente lo mismo que nosotros debemos defender: el respeto de los neutrales y del derecho inerme, la igualdad de los fuertes y de los débiles ante las leyes de la humanidad. Reprodújose en aquel caso, aunque con gravedad mucho mayor, el mismo error que cuando callamos ante la invasión de Bélgica, la misma falta de inteligencia y de verdadera dignidad: que carece de todo esto quien es capaz de contemplar impasible la tortura del inocente.

Actitud todavía más insensata que cobarde. El miedo a la fiera, engendra la hostilidad contra ella. Sola-

mente contra la fiera despótica, que es, entre todas, la peor, la habilidad de los políticos consiste en dejarla hacer...

Y para qué? Para una de esas dos cosas, seguramente, porque el despotismo no tolera igualdad: para ser su esclavo o su víctima. El triunfo del despotismo, como el de la fiera, no le sirve más que a él.

Pero, existe otra razón inmediata que aun fortifica el deber de solidaridad. Con todos los inconvenientes de la distancia, de las razas y lenguas distintas, América constituye una entidad mucho más uniforme que Europa. En esto consiste su grandioso porvenir. Defender su integridad, física y moralmente, es tener la noción del propio bien en el bien común.

Mas, qué importa, dirá el pesimista, la protesta del débil a los gigantes desenfrenados? Profundo error. No hay protesta despreciable, por la sencilla razón de que no hay enemigo chico. Lo único despreciable es la actitud del que, por creerse chico, no protesta, constituyendo, así, a la dignidad, en privilegio de los fuertes. Tal es lo que pretende el despotismo, y son sus cómplices quienes proceden así.

El mensaje del presidente Wilson es una expresión de estos valores morales. El grande hombre sabe que le democracia, necesidad vital para nuestra América, acaba de convertirse en un triunfo humano con la revolución de Rusia. Comprende que este es el golpe más rudo recibido por el despotismo alemán durante la guerra; y que si el despotismo triunfara sobre todo esto, volverían a abrirse para el mundo las épocas obscuras en que permaneciera más de mil años la humanidad desde el triunfo de los bárbaros sobre Roma. Y va con su pueblo a la guerra que así se convierte en una cruzada de la libertad. Las naciones, ha dicho, deben formar, con

este objeto, una liga de honor. Lo ha dicho y lo ha hecho. La liga está formada. ¿Podremos nosotros verlo con indiferencia? Si tal ocurriera, sólo quedaría que hablase por nuestro honor el silencio de nuestros grandes muertos: aquellos argentinos que no habrían dejado, ciertamente, de acudir. Pues tal es la fuerza de la conciencia: que habla por boca de tumba cuando callan las lenguas cobardes.

La palabra argentina es ineludible en este momento. Palabra de simpatía y de solidaridad con los principios que la gran nación defiende, ahora, a fuerza de armas. Los "mercaderes yanquis" cuyo materialismo ha dado tanto asunto a la latinidad verbal, emprenden, ahora, una guerra idealista. Veremos quiénes son los que se quedan consultando el cajón de su mostrador. Quiénes los que negocian tristemente su miedo.

Aquel mismo año de 1914, explicando al público europeo, en aquella misma revista de París, la conducta de Wilson respecto a Méjico, escribí: "Suponen ingenuo al presidente Wilson, porque lo saben idealista. Es sencillamente un grande hombre que cree en la acción bienhechora de la libertad, *hasta cuando ella abreva de impura sangre los surcos*". El mensaje de la guerra confirma esa definición. Es el mismo tono de la proclama de Alejandro al invadir el Asia; el mismo con que anunciaba a los pueblos libertad y fraternidad la Revolución Francesa. Es "nuestra cosa" griega y latina, que adoptada por el mundo anglo-sajón, realiza al fin su ideal de humanidad libre. ¿Contra el germano terrible y heróico cual los númenes combatientes de su leyenda? No, con él.

*

* *

El castigo del despotismo alemán consiste ya en su tremendo desengaño. Todos los valores morales con que su astucia guerrera no contó, despreciándolos, hanse vuelto en contra suya con decisiva eficacia. El imperio británico que pensó trastornar por repercusión del conflicto, ha probado que sólo la libertad realiza la unión de los hombres. La revolución social que presumía en Francia, ha estallado en Rusia cantando la Marsellesa. El terrorismo que proponíase imponer a los débiles, fracasó ante Bélgica y ante Serbia. Su victoria no ha podido consumarse sino sobre los pequeños. El propio heroísmo alemán, con haber llegado a lo maravilloso, es todavía inferior al heroísmo serbio y al heroísmo belga, porque éstos combatieron sin orgullo y sin esperanza. Alemania ha provocado la admiración del mundo, pero también el odio, peor que las armas, porque mata sin tocar. La fría perversidad con que sus déspotas le han envenenado el alma, llevóla a festejar con igual entusiasmo la prodigiosa victoria de Tannenberg y el horrendo crimen del Lusitania. Su propia turbación siniestra ha ganado la conciencia humana, y nada cuesta más en este momento que conservarse justo ante tamaño desvarío.

El imperio se declara invencible por fuerza de armas, y quizá lo sea, y mejor es que lo fuera, si su vencedor ha de ser la conciencia del pueblo alemán; pero causa el efecto de un titán insensato cavando el agua. Cuanto más cava, más agua viene; y así, el miedo italiano con que también contaba, resultó fiera decisión para combatirlo, y el "mercantilismo" americano que creía amedrentar, alza en su contra el estandarte idealista.

Y he aquí por qué la guerra está para él irremisiblemente perdida.

Existe una ley histórica a cuya virtud el triunfo de

todo país traficante consiste en el dominio del mar. La entrada de los Estados Unidos en la guerra, desvanece toda esperanza que el despotismo abrigue al respecto (1) El sólo hecho de que sus buques no pueden navegar sino bajo el agua, y al único objeto de causar daño, es una prueba. Este esfuerzo máximo, resulta, a su vez, negativo. Y semejante carácter revela, por ser común a toda la política del despotismo, que éste no es sino un agente del mal.

He aquí un tema de meditación que podría proponerse a nuestros germanófilos, si éstos no constituyeran, a su vez, una fuerza negativa. Porque, es menester desengañar a los mismos alemanes: nuestros germanófilos, no lo son por cariño, sino por odio, por pedantería y por interés. El odio es de los clericales que aborrecen a la Francia de la Revolución, a la Inglaterra de la justicia social, a la Italia del 20 de septiembre: católicos que prefieren el imperio hereje a la Bélgica correligionaria, demostrando, así, en forma inequívoca, cómo lo principal de su credo — su credo mismo, para decirlo mejor — es el dogma de obediencia. La pedantería concierne a ciertos badulaques "nietzscheanos" en cuyo inmoralismo promedian la jactancia y el miedo. El interés impulsa al militarismo y al socialismo. El primero, no necesita comento. El segundo merece párrafo aparte.

Tengo dicho que el socialismo es un invento alemán cuya eficacia para el espionaje y la traición han experimentado Italia y Francia con evidencia terrible. Su

---

(1) En su alocución a las tropas de Flandes, el 23 de Agosto de 1917, el Kaiser ha dicho: "Inglaterra debe, pues, ser aniquilada sin pensar en las dificultades que esto presenta. Lo que se está jugando en la guerra es la vida y la libertad del pueblo alemán, porque la libertad del mar es la libertad de la patria".

odio a la república individualista; su reducción de todos los valores morales al común denominador del salario; su disciplina negativa de la personalidad; su rigor dogmático que proclama la sumisión del disidente por medio de la fuerza bruta; su impudor sectario para contraer alianzas con Dios y son Satanás, según convenga; su materialismo colectivista, en suma, lo acerca a las potencias de opresión con impulso irresistible. A semejanza de lo que ocurre con el ejército, el clero y la nobleza, pone su interés gremial sobre la razón y la justicia. Sordo ante crímenes como el hundimiento del Lusitania y la ejecución de miss Cavell, protestó ruidosamente contra la prisión más decorativa que rigurosa del diputado Liebknecht. Apenas Alemania lanzó el otro día su proposición de paz germánica, apresuróse a recogerla en el congreso. No bien los Estados Unidos rompieron sus relaciones con Alemania, celebró un mitin pacifista que significaba la condenación de esa medida. La actitud de su prensa en el mundo entero y de sus diputados en Italia, ante el triunfo de la revolución rusa, han acabado por comprobar hasta el exceso que entre el despotismo y la república, el socialismo está más cerca de aquél. Así, el órgano oficial en Alemania no vacila en declarar ahora mismo su preferencia por la monarquía constitucional, en la cual finca, sin duda, sus esperanzas colectivistas. El socialismo, germanófilo por condición esencial, como el jesuitismo con que tanto se parece, merecía, pues, un poco más de atención, al resultar, según se ve, el enemigo más hipócrita de la democracia. El utilitarismo materialista engendra de suyo al amo, porque es la negación de la libertad.

En tal forma, una evolución irresistible agrupa, de un lado a las democracias, y del otro a las potencias de opresión. Todo lo que es casta y secta, militarismo, cle-

ricalismo, colectivismo, manifiesta su verdadero y a veces recóndito fundamento conceptual, aun a pesar suyo, determinándolo por sus preferencias; mientras del otro lado está el hombre libre, mente y conciencia de la civilización. Así la neutralidad es inconcebible y nadie la quiere, a empezar por los mismos beligerantes. La guerra submarina la ha transformado, prácticamente, en una sumisión al imperio alemán. Es éste mismo quien ha abolido la neutralidad, al anunciar su decisión de perjudicar, despojar y matar a los neutrales sin previo aviso, vale decir, alevosamente, en el mar libre de las naciones.

Corren, con este motivo, graves rumores a nuestro respecto en los pueblos que combaten por la civilización. Creen allá, y mucho lo creen, que nuestro país es germanófilo. Obligados a interpretar nuestro sentimiento por los actos oficiales, puesto que la opinión no da señales de vida, el desacierto de aquéllos imprime visos de certidumbre al error. No habrá, no la hay, sin duda, intención germanófila en el gobierno. Pero los hechos, aunque la mala intención no exista, nos resultan contrarios.

Así, la respuesta argentina a la notificación del bloqueo pirático, causó ingrata sorpresa en todos los países aliados cuya prensa la reflejó sin excepción. La prensa alemana, con igual generalidad, prodigóle regocijados aplausos. Esto es un hecho.

La resolución que prohibe exportar trigo y harina, tomada con premura fácil de inferir, por la falta de estudio previo que revelan sus rectificaciones inmediatas, y por la inadvertencia de su carácter gravemente inconstitucional, será para el gobierno, así lo creo, una medida de salud pública. Pero, su coincidencia con el relativo fracaso de la campaña submarina, y su semejanza con una de las más sospechosas propuestas del gobierno mejicano, constituyen, ciertamente, otro hecho ingrato.

Al propio tiempo, parece que nuestra situación diplomática en los países aliados, no es ventajosa. La disminución del tráfico internacional toma poco a poco, el carácter de un bloqueo por ausencia. Permanecemos sentados con pesadez en el umbral de una puerta que va cerrándose. Nuestro medroso silencio, es ya el aislamiento. El temor de comprometernos, lleva camino de malquistarnos con medio mundo.

Es que, a pesar nuestro, estamos irremediablemente comprometidos. Lo estamos por nuestra conciencia y nuestro afecto, tanto como por nuestro temor. Aquellos nos crea un vínculo superior con los pueblos libres; esto nos sujeta a la servidumbre de sus enemigos. La guerra ha transformado ya en gran parte nuestra economía. Las transformaciones sociales que producirá han de tocarnos también. Así la solidaridad humana, se nos impone a pesar nuestro, y la neutralidad resulta una mentira que a nadie engaña.

Pero la verdad es que todos hemos contribuído un poco a crearnos aquella ambigua situación. Aunque bien comprendíamos lo que las naciones aliadas jugaban en la partida, el afán patriótico de conservar la paz, la esperanza de que tuvieran razón quienes presumían posible la neutralidad de América, llevónos, tal vez, a prescindir demasiado. Nadie sabrá, nunca lo que hemos luchado para ello con nuestro propio corazón; lo que éste ha sangrado de angustia, en nuestras manos prisionero. Nuestra dolorosa satisfacción consiste, ahora, en que el inmenso crimen no llegó a amendrentarnos; en que nuestro amor hacia los pueblos mártires y los pueblos héroes, constituyó siempre un acto de fe. Fuimos hombres, sobre todo, porque nunca perdimos la noción de la justicia, ni ocultamos nuestras lágrimas por el débil cuando sólo se podía llorar.

Por el débil que es todo inocente conducido a matar y a morir.

Efectivamente, en el crimen del despotismo, nadie cuenta algo que también lo constituye: la sangre y la miseria del pueblo alemán, todavía preñados de expiación futura. Que éste, en su engaño, desprecie aún tal concepto — ¡y quién sabe!... — escupiéndonos con desdén, en pedazos de hierro su corazón endurecido: su magnífica bravura, su grandeza en la adversidad, su martirio, inevitable, porque comporta una sanción de la justicia humana, son, para nosotros, el precio de su libertad. Esta es la única prenda de victoria que aún nos falta.

Una voz alemana acaba de decir con franqueza: el mundo entero nos aborrece y persigue. Se equivoca. Lo que les persigue el mundo es la fiera que tienen adentro. Lo que va a malograrles para su bien, es el esfuerzo suicida de un despotismo que se ha vuelto loco por exceso de poder: enfermedad bien conocida en la historia. No hay derecho a equivocarse cuando se juega la vida de un pueblo. Alemania tiene que arreglar esta cuenta con sus déspotas, que son los equivocados.

No me tendría por un hijo espiritual de Francia, por un miembro de la latinidad, qué es decir, un ciudadano de Roma; no respondería al grito fraternal del mundo ruso cuya redención vale ya la guerra; no me creería digno de aquella hospitalaria y noble Inglaterra, donde un día fuí inglés porque la habitara; ni de la América libre, ni de mi Argentina, siempre delantera en las empresas de emancipar, si igualándome a la barbarie que combato, proclamara el odio como instrumento de justicia. Este sentimiento mejora mi corazón, impregnándolo con una viril bondad de América washing-

toniana y de Francia girondina. Siento que en él pasa, estremecida de bronce, la Marsellesa del día de gloria que va a llegar; pero también preluciendo en su remonte la aurora que aun no se ve, como aquella alondra de las Galias que coronaba el casco del legionario.

¡Oid, mortales! será el caso de prorrumpir con la anunciación de otro canto análogo. Oid, mortales; levantaos, caídos; redimíos, esclavos. La Nación de Mayo no faltó a su deber ni renegó su destino. No dejó que la apostrofaran con su propio clamor inicial, ni que le sacudieran ante los ojos esquivos los laureles que supo conseguir. No rebajó su sol a cuño de sórdida moneda. Lo alzó tan alto como volaba el águila capitolina del Norte. Su triple grito de libertad, se oyó adelante. Los libres del mundo la saludaban al pasar.

EL INMORALISMO

Abril de 1917.

La enfermedad mental llamada despotismo, presenta características constantes que permiten su determinación histórica. Todas ellas resúmense en una preponderante: la inmoralidad, que, políticamente sistematizada, constituye el inmoralismo. Este viene a resultar, pues, la filosofía despótica por excelencia; con lo que, estudiarlo, es descubrir los propósitos de la guerra actual en la conducta de sus autores.

El inmoralista, por lo mismo que está mentalmente enfermo, cree normal su estado y sostiene de buena fe la inmoralidad en que consiste. Su lógica, que, como todas las lógicas, es una serie de posiciones coordinadas en cierta dirección, desvíalo progresivamente hacia el mal, sin que lo advierta por lo mismo. Esa lógica procede del absoluto egoísmo, o hipertrofia de la personalidad, que es común a todos los enajenados; pues éstos suman al egoísmo natural del enfermo el que comporta su divergencia patológica con el resto de los hombres. De aquí que, en los manicomios, cada loco se da cuenta de que los demás lo son, pero no de serlo él mismo. Su locura es, para él, la razón única que está sobre toda otra razón.

Nadie ignora tampoco que, fuera de su manía, el enajenado procede y razona bien, dando, así, la impre-

sión de la cordura. Al propio tiempo, si olvidamos la divergencia inicial de su enajenación, la lógica correspondiente puede causarnos una ilusión de probabilidad o de certidumbre. Así llega a tomarse en serio — y se tomó durante largos años — las demostraciones de la cuadratura del círculo y los sistemas de movimiento perpetuo. En los diversos dominios de la ciencia, hay, al menos, una docena de estas locuras clásicas, entre las cuales, la posibilidad de una comunicación interplanetaria por medio de fuerzas terrestres superiores a la atracción de la tierra, está en boga todavía. Todas ellas especulan sobre el olvido del absurdo inicial que es la primera posición de su lógica.

Si esto sucede en el raciocinio científico, tan frío de suyo y tan deslindado de cualesquiera otras nociones que la exactitud y la verdad demostrada, es de presumir su posibilidad mucho mayor en el campo de la moral accesible al sentimiento y a la pasión. Así ocurre con el fanatismo, suprema injusticia que mata y muere con la pasión de lo justo.

El egoísmo del enajenado engendra, con su exclusividad de afección y de lógica, el aislamiento compasivo u hostil, según sea el carácter de la enajenación; pero, en todos los casos, infinitamente orgulloso. Por otra parte, es característica también la indiferencia afectuosa del enajenado. Regularmente le interesa más inspirar temor que afecto. La persecución, la megalomanía, el misticismo, todas o casi todas las formas de enajenación, resuélvense en una vaguedad grandiosa que tiene por centro al enfermo cuya personalidad viene a constituir la única cosa importante del universo. El loco pródigo existe. El loco caritativo es inconcebible. La noción del sacrificio desinteresado es una forma superior de cordura.

Por último, la exaltación del desvarío que localiza en su divergente proyección todas las potencias, resulta, en los primeros tiempos, una fuerza material extraordinaria. El enajenado, en su arrebato, puede con la resistencia de cuatro y cinco individuos. No conoce el miedo y parece insensible al dolor.

*
* *

El déspota es un enajenado, como lo demuestra su insistencia fatal en las mismas direcciones. Créese, siempre, agente divino para juzgar y castigar; con lo que se le convierte en dios su propio desmesurado egoísmo. Su conveniencia o su necesidad constituyen la suprema ley a que todo debe subordinarse. Quien a ellas resiste, aun cuando sea en resguardo de su vida y de su honor, es un imbécil si puede menos y un tirano si puede más. Pero, al mismo tiempo, esto no ha de concebirlo y practicarlo sino el déspota. Si es otro quien lo hace, el déspota comprende acto continuo la iniquidad y la condena: Así el militarismo alemán que sacrificó a Bélgica, se escandaliza de la presión ejercida sobre Grecia por los aliados.

La enfermedad del despotismo no tiene patria. Es universal. Padeciéronla lo mismo Bonifacio VIII el papa, que era italiano; Felipe II, español; Napoleón I, francés. Ahora la sufre Guillermo II de Alemania. Así que el déspota nace en un pueblo donde la noble virtud de la lealtad se ha exagerado a expensas de la razón, o donde la fe en Dios ha engendrado, con el derecho divino, el culto al hombre, o donde las circunstancias han creado un ejército excesivo, o donde esos tres fe-

nómenos concurren, el despotismo conviértese en un peligro humano. La aspiración al dominio universal trastorna los espíritus. Bonifacio formula el absolutismo católico; Felipe inventa el Imperio Cristiano; Napoleón el Imperio Francés que debía hacer de Europa una sola Francia. El actual emperador de Alemania es del mismo grupo. Mas, no pertenece al linaje de los tiranos hipócritas como el papa y el corso, ni al de los místicos siniestros como el rey español. Recuerda uno de aquellos grandes bárbaros de la primer quinicenturia de la era, evocados y admirados por él. Lleva en el alma funesta el fiero dios de su derecho, tal como aquéllos lo erigían bajo la forma de una espada puesta de punta sobre la dura tierra. Su crueldad implacable es la gravitación del destino. Resume al tártaro de las hordas, abuelo de húngaros y turcos, y al vándalo que la traición cristiana declaró agente de Dios para el castigo de Roma. En esto consiste su terrible locura. Es un retardado de las épocas abolidas, uno que regresa de las sombras, sombra él mismo y habitado por la sombra colosal en que consiste su quimera. Pues el atentado contra la civilización no volverá a lograrse. La humanidad no quiere otros mil años de obediencia, de iniquidad y de terror como los que ha padecido a consecuencia del triunfo bárbaro sobre el helenismo y la latinidad. La democracia beligerante cuya victoria consiste ya en que ella, no el despotismo, ha efectuado la unión del mundo, es cosa de Atena Eleuteria, su patrona (1), y de Apolo Manumisor (2). Los númenes inmortales no son ni pueden ser aquellos mismos de la obediencia y de la muerte.

---

(1) Atena Libertadora. Era en Atenas la diosa de la democracia.

(2) El sacrificio más agradable a Apolo era la manumisión de un esclavo.

Pero, veamos al inmoralismo en acción; es decir, definiéndose por sus hechos.

La campaña submarina, que ha causado la guerra con los Estados Unidos, tiene esta explicación satisfactoria según el gobierno alemán:

Inglaterra hace contra Alemania una guerra implacable cuyo objeto es reducirla a la inanición, por medio del hambre que acosa a su pueblo sin distinción de sexo ni edad. En esta lucha por la vida, Alemania tiene que emplear todos los medios de que dispone.

Nadie le niega este derecho que, desde el comienzo de las hostilidades, habíase ella tomado con tremenda amplitud. Pero, es que el gobierno alemán — y aquí empieza la divergencia patológica — no usa esos medios contra Inglaterra, su enemiga, sino contra el neutral que nada le ha hecho. Para preservar su vida, parécele razonable tomar la de cualquiera, aun cuando éste sea un amigo, sin otra limitación que la voluntad alemana. Es como si un individuo que se está dando de balazos con otro, tomara a un transeunte cualquiera para cubrirse con él, sin reparar todavía, en edad ni sexo. La notificación previa de que lo hará, si el caso llega, lejos de constituir una disculpa, agrava el atentado con la premeditación. El criminal no es menos responsable del crimen que comete, porque lo haya anunciado.

El gobierno alemán sostiene que eso es un bloqueo, y que sus agentes no matan a los neutrales por causarles daño, sino por interrumpir el comercio inglés, así como Inglaterra ha interrumpido el comercio alemán. Pero, no hay bloqueo que autorice a tomar la vida del traficante neutral cuando éste intenta eludirlo. Semejante contingencia es ya la guerra. Un país que mata a los ciudadanos de otro y los perjudica cuándo y cómo se le antoja, está en guerra con ese país. Pues en esto, precisamente, consiste la guerra.

No hay tal bloqueo, entonces, sino piratería lisa y llana. El bloqueador nunca es dueño de la vida del neutral que intenta eludir su bloqueo. Puede tomarle, unas veces, el cargamento de su buque, y otras veces, buque y cargamento. Y otras, aun, "debe" limitarse a rechazarlo. "Debe", para hacer honor a los compromisos que contrajo, aunque le resulten incómodos; pues de lo contrario, reniega su propia honra.

El bloqueo que los aliados practican contra Alemania está en esas condiciones. Será tan duro como se quiera, pero no mata a nadie ni perjudica ciegamente, destruyendo al azar. Hay, pues, una diferencia, y ésta es nada menos que la vida humana.

Mas, el bloqueo de los aliados, dice el gobierno alemán, es implacable y amenaza la existencia misma de mi nación. Esa es una cuenta que Alemania debe arreglar con quienes la perjudican, no con los inocentes que la respeten. De lo contrario, estos últimos quedarían, respecto de los alemanes, en la misma condición de las reses ante el hombre: que para vivir él, las mata a su exclusivo albedrío.

Porque tal es la monstruosidad de un extravío semejante, que la condición de neutral resulta, así, peor que la de enemigo. Este último padece y muere, pero, a su vez, inflige iguales daños y se promete las compensaciones del triunfo. El neutral no tiene otro destino que padecer y morir, con el objeto de que triunfe el propio autor de sus padecimientos y de su muerte.

Los aliados respetan la vida del neutral y las reglas del bloqueo convenidas con éste antes de la guerra. Si le impiden el comercio con Alemania, asegúranle el suyo propio. El gobierno alemán nada respeta y nada asegura. Con tal de vivir, todo lo atropella sin contemplaciones. Entre su vida, aun cuando sea manchada con

el crimen, y la del inocente confiado en su buena fe, prefiere aquélla. Esto reviste, quizá, la grandeza de la desesperación; pero la ley de honor que obliga a individuos y naciones, manda otra cosa. Por esto tengo dicho que la notificación de un bloqueo semejante es una declaración de guerra, y que aceptarla es someterse a la servidumbre del imperio alemán. Por esto, también, los Estados Unidos tuvieron que reconocer la existencia del estado de guerra.

Mucho se ha tardado en advertir que esa teoría de la subordinación del mundo entero a las conveniencias de Alemania, es la misma en cuya virtud el imperio atropelló a Bélgica. Afortunadamente, es el propio imperio quien, llevándola a sus últimas consecuencias, esclarece su horrenda monstruosidad. "La necesidad no reconoce ley", dijo el imperio. Pero, asegurar o mejorar la propia vida a costa de otra vida inocente, es el procedimiento característico de la fiera. Así procede el irracional, y con él se iguala el hombre cuando lo imita.

Por esto, el inmoralismo es doctrina de perdición. Su apóstol más señalado, porque fué quien con más audacia la expuso, el filósofo Nietzsche, murió loco, y quizá siempre lo fué. Su cuervo le sacó los ojos del alma.

Y del otro lado están la libertad y la democracia.

La neutralidad, entonces, comporta una indiferencia perfecta ante unos y otros. Entre el imperio inmoralista y la democracia que para honra de América erige como estandarte la equidad, el neutral no prefiere ni se decide. Para él todo es lo mismo. Para él, para su sórdida conveniencia o su miedo, sí. Para los otros, para la conciencia humana, nunca. Quien, puesto a decidir entre el bien y el mal, no se resuelve por el bien, está con el mal, entonces. El mal, que es tan activo

como el bien, le hará sentir pronto su dominio. El bien huirá de su contacto. Conforme a una lapidaria sentencia dantesca, quien por vileza renuncia a la acción, se condena como si hubiera pecado.

Entretanto, la nación hermana del Brasil está ya en su sitio. Ella tampoco busca, como la otra, conquistas ni provecho. Allá no ha habido, siquiera, mercaderes que negociaran. El honor la mueve, la libertad la inspira. ¡Salud a los bravos que saben peligrar!

Y entonces, el campeón de las grandes jornadas americanas, alzóse fuerte y sereno.

No había querido retraerse entre los Caínes, solitario en la noche con su conciencia que habría estado andándole eternamente adentro, como una hiena, envejecido de oprobio en plena juventud, devorado por el hambre insaciable de la justicia que negara.

Volvió a ser el mismo de los Andes dominados como terrazas de transitar por la pica con el gorro frigio. Y el mundo vió — según queríamos, madre, que te viera el mundo — cómo en tu bandera parecía rasgarse el cielo al blanco vuelo de una paloma fiel, y cómo resplandecía en su trapo el sol de la libertad que allá fijaste una vez para que nunca se te pusiera.

EL AMERICANISMO

Abril de 1917.

La noción de que América es una entidad representativa de un nuevo derecho, nace con la emancipación así definida en toda su trascendencia. Antes de eso, los países débiles no habían podido subsistir sino por el consentimiento de los más fuertes. El concepto idealista de la independencia que pueden y deben gozar los pueblos emancipados, no a virtud de su fuerza material, sino por su voluntad únicamente, dió a la democracia una eficiencia internacional de que hasta entonces había carecido. Ya no fué sólo un sistema de organización interna, sino la razón misma de existir para las naciones de todo un continente. La independencia de los pueblos subyugados, que fuera en Europa obra de los reyes, quedando, así, radicalmente unida a las dinastias nacionales, careció aquí de ese vínculo, porque no las había. El fundamento histórico y el fundamento moral de nuestra emancipación resúmense, pues, en la democracia. Las tentativas monárquicas nunca prosperaron aquí, a despecho de la razón que políticamente las asistía, porque todo trasplante de príncipes extranjeros para gobernarnos, habría resultado en el hecho una reconquista o una recolonización.

El sincronismo de las revoluciones emancipadoras y la comunidad de esfuerzos que no reconocieron fronteras para prestar ayuda a los pueblos hermanos, ci-

mentaron la fraternidad en la sangre derramada para el logro de un ideal también común. Por esto la democracia y la emancipación resultan cosas americanas. Los movimientos continentales de la edad contemporánea iniciámoslos nosotros. Ahora que eso se define con nuestra participación en la guerra universal, puede verse que fué la iniciativa de una nueva civilización.

Semejantes movimientos son siempre idealistas y generales. Así aquel de las Cruzadas, que, por razón de perspectiva histórica, vemos ya en conjunto, cuando duró varios siglos, tal cual sucederá con el que inició en 1774 la revolución de los Estados Unidos. Ambos manifiestan la misma tendencia, porque otra no puede haber en el progreso hacia la libertad, que constituye la razón superior de la existencia humana: la emancipación personal del hombre igualado "prácticamente" ante el ideal.

Al restablecer las líneas de insistencia, o, mejor dicho, la orientación del helenismo, con su penetración hacia el Oriente, las Cruzadas definieron sin saberlo su verdadera importancia. Sacaron a la luz que nunca muere, la barbarie encovada como un lobo durante seis siglos, del VI al XII, en las ruinas que ella misma acumulara. El hombre volvió a valer por sí solo, "renació", para decirlo con el término ya histórico, a la humana dignidad de los bellos tiempos paganos. Entre la servidumbre que persistía con su obscuro colectivismo, fué perceptible el siervo. Este pudo sacudir, con volverse soldado de la gran causa, la múltiple opresión que sobre él pesaba en lo moral y en lo material, sin excluir la de los duros gremios, tan semejantes a los de hoy, que ni el simbolismo rojo les faltaba. Sobre la tierra de Oriente, santa, pues, con doble motivo, las huestes volviéronse groseras democracias. Entonces, solamente,

empezó a haber civilización cristiana. Así florece en el siglo XIII el arte social de las catedrales góticas. El XIV es el de las herejías en que torpemente renacen las escuelas helénicas. En el otro, es visible ya que la edad moderna se ha inaugurado. El descubrimiento de América confirma el poderío humano, y siendo un hecho científico y comercial, eclipsa los milagros más famosos. El conquistador, aventurero obscuro abandonado a su albedrío y su calidad intrínseca, sin amo ni ley, supera las hazañas de todos los reyes y paladines de la historia y de la leyenda; y de esta suerte, con él, adquiere en América su máximo valor el hombre. La democracia americana, es pues, desde el comienzo, una manifestación de heroica libertad y de soberbio individualismo.

Me he extendido un poco sobre la empresa medioeval, puesto que de cruzada hemos hablado a propósito del mensaje del presidente Wilson, para que se infiera por su trascendencia la del actual fenómeno, en cuya virtud el triunfo de la democracia resulta ser, ahora, lo principal. Al definir así su objeto, universalizándose, la guera coincide con el ideal americano que la humanidad adoptaría, a no dudarlo, si triunfara la alianza. Pero, lo contrario también es verdad: si triunfara el despotismo, la democracia fracasaría en el mundo entero. Y como ella constituye nuestra razón de existir independientes, aquel fracaso comportaría nuestra recolonización. En esa lucha se juega también nuestro destino, y poner de nuestra parte algo para asegurarlo, es asunto de mero interés.

La comunidad de orígenes, esfuerzos y destinos, así como el concepto principalmente moral de su soberanía, impone a las naciones americanas la fraternidad. Toda guerra entre ellas resulta una estupidez criminal, al ser la negación palmaria de su propia razón de existir.

Cada vez que este principio se olvidó, la consecuencia funesta no se hizo esperar.

La guerra de los Estados Unidos contra Méjico, abrió la puerta legal a la intervención francesa y al establecimiento del imperio, cuyo principal objeto fué crear un foco de reacción contra la democracia americana.

Prefiero este hecho, por ser el más significativo, dada la participación que en él tuvo la Gran República.

Los Estados Unidos no son un país de santos incorruptibles. Como toda colectividad humana, y como todo hombre, han cometido errores que fuera cobardía disimular. Pero, salvo pasajeros eclipses de la razón política, mantuvieron siempre con eficacia los principios democráticos y la soberanía de las naciones americanas.

Dos veces intentó la Europa reaccionaria empresas continentales de reconquista o de recolonización en aquéllas. La más grave, concertada por la Santa Alanza en 1823, fué desbaratada por la Gran República que formuló entonces su doctrina americanista en el famoso mensaje de Monroe. La otra, inconfesa, pero mucho más efectiva y prolongada (1861-65) fundó en Méjico el imperio, e inició un protectorado en el Ecuador por agencia francesa; subyugó Santo Domingo al poder de España y lanzó a esta nación en guerra recoloniadora contra el Perú y Chile: todo ello simultáneo con la guerra civil que ensangrentaba a los Estados Unidos. Estos malograron otra vez dicho plan; de suerte que los dos únicos peligros continentales corridos a manos de la Europa reaccionaria, desvanecíólos la Gran Repúblia en defensa del ideal americano. Elijo, desde luego, entre los hechos históricos, los más típicos para abreviar, porque este artículo es, principalmente, una sintéticaexpresión de conceptos.

El gobierno argentino emplea, pues, con acierto la

palabra "fraternidad" en su respuesta a la comunicación del Brasil. El desuso de dicho término en las fórmulas y comunicaciones de la diplomacia europea, acentúa el carácter bien americano de dicha nota. La fraternidad de estos pueblos es un valor moral positivo con que debe contar el mundo. Así lo entendimos, por lo demás, desde los primeros tiempos de nuestra vida independiente.

He aquí un acto característico:

En 1823, o sea el mismo año en que el presidente Monroe formuló su doctrina, y cuando este hecho no se había producido aún, Rivadavia concertaba y ratificaba con la República de Colombia un tratado de amistad y reciprocidad cuyo artículo tercero dice:

"La República de Colombia y el Estado de Buenos Aires contraen a perpetuidad alianza defensiva en sostén de su independencia de la nación española y de cualquier otra dominación extranjera".

Entonces, mucho más que ahora, no teníamos relaciones materiales de ningún genero con aquel país; pero la razón moral en cuya virtud su integridad soberana éranos tan preciosa como la nuestra propia, constituía un fundamento positivo de nuestro derecho internacional. El gobierno argentino está dentro de esa línea.

Precisamente, la notificación del llamado bloqueo de los submarinos, ratificada por los actos piráticos que acaban de ultrajar los pabellones brasileño y argentino, es un caso de dominación extranjera. El eufemismo con que se llama neutralidad a una situación semejante, no quita que ella sea, para las naciones agredidas, una verdadera servidumbre. Y porque los valores morales predominan en nuestra constitución de naciones libres, tenemos que dar a semejantes atentados una importancia

mayor. Nuestra bandera no puede quedar impunemente insultada. Me basta saber que el gobierno está compuesto de argentinos y ver la altura con que proceden, para comprender que no quedará.

Así, la realidad profunda del americanismo, mucho más positiva que las fórmulas timoratas de los congresos, nos acerca imperiosamente a los Estados Unidos y al Brasil. Nuestro destino es encabezar junto con ellos la nueva era de la libertad humana. El principio de honor en que el presidente Wilson ha resumido la conducta de los pueblos libres, consiste, prácticamente, en el respeto al derecho del más débil. Tal es, repito, el fundamento de la libertad americana que nuestro país reconoció siempre y robusteció, todavía, por medio de la doctrina de Drago, para defender la soberanía de Venezuela, con quien tampoco teníamos ninguna relación material.

"He aquí — dije en mi "Prometeo" hace siete años — he aquí lo que triunfará mañana en la realidad optimista del bien". Y como siempre creí ver claro lo que representaban para la humanidad estas patrias de justicia y de concordia, atrevíme a formular el objeto trascendente del ideal argentino: "llevar un poco de blanco y de azul a la conciencia de las naciones".

Entretanto, una cavilosa desconfianza de patriotas sinceros, sin duda, pero egoístas, y, con ello, inhábiles, porque es condición del alma que toda pasión mezquina la ha de cegar, así como un granito de arena basta para impedir la visión—anda, la tal desconfianza, pregonando fantásticas movilizaciones, para no quedarnos desprevenidos si el Brasil movilizara. Más la preocupa una intención atribuída al país hermano, quien, por cierto, no estará para echarse un nuevo enemigo en estas cir-

cunstancias, que el ultraje intolerable ante el cual recomienda, sin embargo, paciencia...

Pero, si el Brasil tuviera la intención de agredirnos, no empezaría por romper con Alemania, cuyo tremendo poder basta para preocuparlo, aun a lo lejos. Esta suposición se desvanece en el absurdo de su propio enunciado.

Si el Brasil tuviera que ir a la guerra, movilizaría, sin duda, sus fuerzas y las encaminaría al sur, pues allá es donde el peligro alemán se le ofrecería de inmediato. Cuarenta o cincuenta mil alemanes, resueltos y capaces como lo son, constituiríanlo. Y si se recuerda el trabajo que dieron no ha mucho unas cuantas pandillas de fanáticos mal armados, a los cuales ayudaba el terreno con eficacia casi insuperable, puede inferirse la importancia de la supuesta hostilidad.

El Brasil es, militarmente, más débil que la Argentina. Su efectivo teórico — pues presumo que, como en todos los países americanos, las cifras reales serán menores — consiste en dieciocho mil hombres para el tiempo de paz y cien mil para el caso de movilización; debiendo contarse, todavía, en su contra, las vastas zonas incomunicadas a que tales fuerzas pertenecen. Nosotros tenemos más tropas, mejores comunicaciones y artillería más uniforme.

Pero las obsesiones, al constituir un desarreglo mental, son invencibles por medio del raciocinio.

Cuando, en hora funesta para su economía y su propia tranquilidad interior, adquirió el Brasil sus grandes acorazados, los argumentos para lanzarnos en el mismo error fueron de idéntica naturaleza. Si no adquiríamos otros acorazados, nos atacaría el Brasil. En vano objetábamos que como esta nación tendría los suyos primero, era de suponer, dada, sobre todo, nuestra ac-

titud, que aprovechara su ventaja, con lo que llegarían tarde los nuestros. Y el Brasil los tuvo primero, en efecto, y no nos atacó. El recuerdo vale, sin duda, la pena.

Fuera de esto, no se ve o no quiere verse, que un procedimiento así comportaría la vileza de quien aprovechara la situación de un amigo comprometido en un lance de honor, para prepararse a acometerlo por la espalda.

Lo que hay en el fondo es una envidia encubierta de que, si triunfa la alianza, la actitud del Brasil le granjee preferencias entre los vencedores.

Pero, tan extraordinario sería que esto no ocurriera, como que a la Argentina le pasara sin haber hecho nada para obtenerlo. Por esto he dicho que en nuestra actitud solidaria con los Estados Unidos, coinciden el honor y el interés bien visto de la patria. Si el panamericanismo es una realidad, no hacer nada por él cuando peligra, equivale a colocarse fuera de él.

Y peligra como nunca.

La derrota de los Estados Unidos comportaría su fracaso irremediable. Las anteriores empresas de recolonización, siempre coincidentes con un debilitamiento presunto o real de la Gran República, revelan en el peligro pasado el riesgo futuro. La victoria de los Estados Unidos, abandonados por nosotros durante la lucha, desobligaríalos, quizá, de prestarnos apoyo, o nos impediría recurrir a ellos en caso necesario. El desequilibrio engendrado por el triunfo de dos o tres naciones, ante la apatía de las otras, podría constituir una tentación militarista. Dos o tres crisis de imperialismo americano revelan que ello es posible.

El mensaje del presidente Wilson, no es idealista sino en relación al antiguo derecho internacional, que

los procedimientos de esta guerra han ya abolido; pero formula la realidad venidera fundada en la liga de honor de las naciones. Si nos quedáramos fuera de ella, los ilusos vendríamos a ser nosotros.

No cabe duda de que la democracia ha ganado ya espiritualmente su batalla. La misma Prusia militarista ha debido reconocerlo. Sus dos objetos capitales, la reacción antiliberal y la ganancia a mano armada, pues toda guerra agresora tiene por objeto la depredación, han fracasado sin remedio. Lo primero, ya lo confiesa. Lo otro es no menos evidente.

"La paz armada — dije en enero de 1914 (1) — es una paradoja fatal que ha tenido hasta hoy por contrapeso las guerras coloniales o las intervenciones armadas en Africa y en Asia. Y ello porque el militarismo es un instrumento de conquista. Los inmensos capitales que exige su sostén, deben producir de cualquier manera a fin de evitar la bancarrota económica y política. El interés es la ley inexorable del capital, porque es su ley de vida. De suerte que si el militarismo no conquista a fuerza de armas, lo hace con su influencia. Para convencerse de ello, basta apreciar el resultado de los conflictos diplomáticos que las rivalidades coloniales producen" (2).

El costo de la guerra actual excede ya al precio de toda conquista. La quiebra del militarismo como sistema, es un hecho. Sólo la libertad humana vale tanto, y este es otro de los motivos que la hacen irrevocable. La paz que venga cerrará el ciclo iniciado por la paz de Westfalia. Así como la humanidad vivió hasta en-

---

(1) Rev. Sud-Américaine, número 1. "Le Panaméricanisme, sa forme et sa formule".

(2) En mi libro "El ejército de la Iliada" he demostrado que la misma guerra homérica tuvo objeto comercial.

tonces sin ejércitos permanentes, vivirá sin guerra. La gloria militar, el propio heroísmo, han sido sobrepujados por el horror. La desnaturalización completa de la guerra va a provenir de esta guerra sin conquistas. Y esto, no por humanidad de las naciones de la alianza, sino a insinuación del militarismo prusiano. Tal es el secreto a voces de la paz germánica que los imperios centrales propusieron el otro día.

Pero, tal como la vida del fuego es quemar, y la del capital es rédito, la ley vital de la guerra es la conquista. Los mismos guerreros no sabrían evitarlo. Así, la conquista de esta guerra será la libertad humana. Sólo ella resultará capaz de remediar sus males. Las potencias de opresión van a caer por impotencia para seguir manteniendo su siniestra mentira. Tanto se habrán sacrificado los pueblos, que, condolidos de su propia miseria, quizá no tengan alientos para odiarse.

Entretanto, América da su segundo paso hacia la nueva civilización que planteara al emanciparse. Bajo una especie de sombría fatalidad, el propio despotismo, con sus ultrajes, la arrastra al camino que debía emprender. Nuestra Argentina siente anticiparse el soplo inspirador de las supremas resoluciones en el estremecimiento de su bandera violada.

EL HONOR Y EL INTERES

Abril de 1917.

La acertada actitud de nuestro gobierno respecto a los Estados Unidos y al Brasil, engendró desde el primer momento un comentario suspicaz que era de esperarse. Conforme a él, ese acto de buen americanismo no habría sido espontáneo, sino diplomáticamente sugerido por los ministros de Inglaterra y de la Unión, bajo la amenaza de un "boycott" naval que empezaba con la prohibición de importar hulla en represalias de nuestra prohibición de exportar trigo.

Esta idea solapadamente germanófila, satisface a los neutralistas que manifiestan por esas calles, alternando, en significativo consorcio, los clamores de paz con los vítores a los imperios centrales.

Al propio tiempo, estas mismas personas cuya sensibilidad no se conmovió ante el asalto de Bélgica, traicionero y feroz como los peores atentados de la barbarie en los tiempos más negros de la historia, siéntense llenas de compasión por la suerte del militarismo alemán, cuyo propósito de aterrorizar al mundo entero vuélvese contra él, según debía esperarse, suscitándole un enemigo en cada nación agredida por sus piratas.

Entre esta provocación, cuya efectividad no es dudosa y cuyo carácter de extorsión brutal no admite réplica, al ser su objeto explícito la paralización del tráfico neutral por medio del terrorismo; entre eso y la

mera sospecha de una presión diplomática, el patriotismo neutralista no sabe decidir. Es necesario contenerse, sin perjuicio de ir indignándose un poco, no contra el que veja, anunciando el ultraje y cometiéndolo a mansalva, sino contra el que puede ser que hubiese habido de vejar.

No me corresponde hablar en defensa del gobierno argentino que, seguramente, tampoco la necesita. Pero, el honor del país me obliga a afirmar, pues tengo la información suficiente, que ese rumor es absolutamente falso. No hemos observado, ni siquiera por error formal, la conducta levantina que el neutralismo quisiera. Lo que tiene de más bello el acto argentino, es su carácter de libertad soberana.

El gobierno hablará si quiere, y tendrá una ocasión excelente para saber a qué altura aprecia su dignidad el neutralismo, quizá dentro de su propia casa. Yo salgo por cuenta propia al frente de la calumnia, todavía más vil en su perversa reticencia.

Lo que pasó con el trigo y con la hulla, no fué más que esto:

Al conocerse en Inglaterra y en los Estados Unidos la prohibición argentina de exportar dicho grano, hubo de considerarse que los buques importadores de carbón a nuestro país, perderían para aquel objeto su tonelaje de retorno. Juzgóse que, en consecuencia, ninguna otra carga compensaría los costos y los riesgos, por ser ella la más preciosa para aquellos países, como lo es para nosotros el carbón que ellos nos envían; y se entró a estudiar la restricción del transporte hullero, en cuanto dejaba de interesar su intercambio. Todo era, como se ve, un conflicto comercial de intereses equivalentes. En efecto, tan importante es para nosotros el carbón de los Estados Unidos y de Inglaterra, como pa-

ra estos países el trigo argentino. Y luego, conviene no olvidar que ello radicaba en una medida tomada por nosotros. Si comportaba un acto de hostilidad, nosotros habíamos empezado.

Pretender que nuestro país puede hacer para su resguardo cuanto le convenga, aunque perjudique a los otros, y que éstos no se hallen respecto a él en las mismas condiciones, es la doctrina del militarismo alemán. Con ella se toma la vía de perdición por abuso de fuerza. Cuando se carece de ésta, al fracaso suele agregarse el ridículo.

Sólo cuando defiende la justicia es honrosa la actitud del débil. Comporta, todavía, el honor supremo, pues no la sustenta sino a precio de heroísmo. Hermoso es que sea bravo el fuerte en la anticipada gloria de su triunfo. Que lo sea el débil sin esperanza, es sublime.

Para individuos y naciones, el honor consiste en defender la justicia sin eludir sacrificio alguno. Quien así no lo hace, es el cobarde cubierto de infamia. Porque la fama es el crédito que nos prestan de que, llegado el momento, sabríamos defender así la justicia.

Llamamos justicia al derecho de vivir honradamente. El que no quiere vivir así, tiene que hacerlo a costa de los honrados, y éste es el injusto. Cuando su injusticia es solamente de principios, decimos que se trata de un inmoral. Cuando la ejerce sobre otros, es el bribón o el bandido.

Nadie ignora que los hombres han instituído la patria para asegurarse la justicia. Este es su único objeto. De suerte que el honor, la conservación del honor, es el supremo interés de la patria.

Esto explica por qué es tan grave el ultraje a la bandera. La bandera es el símbolo de justicia que la

patria erige para significar el derecho de sus hijos a vivir honradamente. Allá donde está la bandera, está ella, porque está su honor; así como donde está la firma del hombre, está su honor, como si el hombre mismo se hallara presente. Todavía, cuando el hombre desconoce aquella firma que es el símbolo de su honor, el símbolo vale más que el hombre. La sociedad lo obliga a respetarse en él y le inflige el oprobio que merece quien a sí mismo se reniega. Lo que sucede al hombre ante los otros hombres, ocurre también a la patria renegada del honor, ante las otras patrias.

No cabe, entonces, conflicto entre la dignidad y el interés de la patria, sin que ello resulte una siniestra paradoja. El egoísmo que lo acepta, comporta, de suyo, un error, al sostener que se puede vivir solo. No se puede. Y todavía hay otro axioma moral: todo ser vive más para los otros que para sí mismo. Cuando ha muerto, dejando ya de existir para él, existe aún para los otros por su materia y por su espíritu. El egoísmo es una forma de imbecilidad.

Cómo podría resultar, entonces, útil a la patria?...

Así que en un país cualquiera puede haber intereses superiores al honor, este estado de infamia es una sentencia de muerte. Tal, por ejemplo, el caso que se supone en la actitud argentina ante los Estados Unidos y el Brasil. Lo curioso es que haya gente capaz de suponerlo y de quedarse tranquila. Pero, también, no olvidemos que lo mismo nos aconsejan ante el "bloqueo" submarino. La neutralidad resultaría, así, una compensación de infamias. El hecho de haber cedido ante una presión americana y británica, constituiría razón para aceptar el ultraje prusiano. ¡Curioso concepto del honor nacional!

Y lo peor es que, de ese modo, nos habrían arran-

cado, no una concesión material, una actitud negativa, siquiera, sino una de esas expresiones de noble adhesión a la justicia, que vacilan en formular los hipócritas más miserables. Habríamos, así, con ese voto espiritual, prostituído el alma a un aumento de tonelaje: como si el sentimiento del honor no consistiera, precisamente, en sacrificar todos los intereses materiales de la vida, incluso ésta misma, a la integridad moral que la constituye como fenómeno superior. Eso tenía que ser una mentira atroz. Y lo es, en efecto.

Tal sería la escuela del egoísmo patriótico en que el interés se sobrepone al honor. Asaltar a traición, matar, depredar, violar la fe de los tratados con insultante jactancia: todo esto es nada con tal que se le dé el título de guerra preventiva. Luego, cuando el mismo que de este modo se ha puesto fuera de la ley de las naciones, suscita a éstas en contra suya, hartas ya de ultraje y de humillación, va a resultar indecoroso que todas caigan sobre él.

Pero si es él quien las obliga. La neutralidad que pretende imponerles, les cuesta a ellas todo, sin que él les ofrezca nada. Lo que su terrorismo se propone obtener es que dejen de vivir honradamente. Y esto no constituye una presunción. España está muriéndose de hambre por Alemania, y ha perdido ya la libertad, entre todas preciosa, de expresar sin trabas su pensamiento. Si se necesitara una prueba de lo que significa la neutralidad impuesta por el despotismo, ahí estaría. El despotismo no sabe producir más que opresión, porque tal es su naturaleza. Amos y siervos: he aquí lo que lo constituye. Insensato fuera esperar que, sometiéndonos a él, nos contara entre los primeros.

Así agregaríamos a la humillación de la servidumbre sus miserias materiales. Poco más de un siglo hace

que salimos de un estado semejante, con la cual tenemos a la vista los beneficios morales y físicos de la libertad. Nuestro honor incólume, nos ha dado, con la alegría de vivir que comporta el pleno ejercicio de semejante virtud, el provecho de la vida. Esta patria no existe, grande ya y respetable, por sus sementeras y sus ganados que también podrían los esclavos producir, sino por el ejercicio de la vida honrada que no es dado al siervo practicar. Nuestro interés y nuestro honor nos vinculan, pues, a los pueblos libres.

Los mismos déspotas, en su orgullo, padecen el horror de la soledad. El aislamiento anticipa la tumba, cavándola dentro del triste que lo soporta. La fraternidad de los que, aun sin esperanza, combaten por la justicia, o siquiera la lloran juntos, triunfa siempre. A despecho de lo que sostienen los mismos cristianos, el cristianismo no triunfó por la voluntad de Dios. Si fuera así, no habría necesitado cinco siglos de lucha, porque Dios es omnipotente. El cristianismo triunfó por el heroísmo de los mártires.

No hay para la patria, como para el hombre honrado, provecho con deshonor. Como hombre, como ser humano, vive uno de honra. Como animal de la especie, vive de materia. Pero la patria no es un enjambre ni un rebaño, sino una asociación espiritual. Sus atributos más preciosos son, por lo tanto, inmateriales. como la transparencia del éter que nos asegura el bien supremo de la luz.

NUESTRO DEBER

Junio de 1917.

El Brasil acaba de tomar ante la guerra entre Alemania y los Estados Unidos la misma posición en que nosotros nos hallamos. Esta afirmación puede sorprender a primera vista, pero es exacta. Lo que el país hermano ha hecho es derogar su decreto de neutralidad. Nuestro gobierno habíase abstenido de dictar ninguno. La prudencia de esta omisión resalta, ahora, ante aquel acto brasileño. Quiere decir que se previó con acierto lo insostenible de la neutralidad, prefiriéndose omitirla para no tener que romperla. Y que esto fué deliberado, lo prueba la nota de solidaridad simultáneamente remitida al gobierno de los Estados Unidos. Así, la actitud argentina era algo más que una neutralidad simpática, sin llegar por ello a la beligerancia: cosa nueva, si se quiere, aunque no sorprendente, dado que ahora todo es nuevo en el derecho internacional. Tenemos, pues, que el Brasil y la Argentina no son neutrales en la guerra de Alemania con los Estados Unidos: aquél, por haber dejado de serlo, y estotra, porque nunca lo fué. Ambos países reconocieron, además, la justicia y la razón de los Estados Unidos en el conflicto. La actitud recíproca de los dos fué todavía más explícita. Cuando el Brasil rompió sus relaciones con Alemania, la Argentino creyó del caso renovarle sus sentimientos de fraternidad. El panamericanismo se reafirmaba, pues, bajo

el concepto fundamental que lo determina, o sea el de la colaboración eficaz. Y tan evidente era esto, que al punto lo hubieron de entender los más interesados en comprenderlo. En un día y hora dados, con simultaneidad que, una vez más, demuestra la organización prusiana — y quizá otra cosa — las tripulaciones de los buques alemanes y austriacos surtos en nuestros puertos destruyeron sus máquinas. La República Argentina, en sus dos notas a los Estados Unidos y al Brasil, había escrito, efectivamente, palabras irrevocables.

Su actitud, al declarar en seguida que consideraba innecesario el decreto de neutralidad, era, todavía, una confirmación. Insisto, pues, en que comportaba la anticipación del acto brasileño.

No es cierto, entonces, que hasta ahora hayamos abandonado nuestro papel de campeones del derecho y de la libertad en la América latina; y lo digo con perfecto desembarazo, por lo mismo que, según va a verse, no estoy conforme con el gobierno en muchas cosas, así como políticamente no me importa nada de él.

Creyéndolo buen argentino, lo supuse, con razón que es imperiosa a mi ver, buen americano; y así como basado en aquello me adelanté a sostener por cuenta propia — y luego se confirmó — que en su acto no había mediado ninguna influencia extranjera, anticípome a la consecuencia natural de aquello, que la saco, por conceptuarlo deliberado con acierto.

Es así que una escuadra de los Estados Unidos llegará al Brasil dentro de pocos días, con el objeto de patrullar el Atlántico, defendiendo las aguas americanas contra los corsarios teutones. La amenaza que éstos representan no es efectiva, solamente, en los propósitos ya declarados por el gobierno alemán. Desde la escuadra hundida en las Malvinas por los ingleses, hasta los bu-

ques sueltos que frecuentemente merodean por el Atlántico ecuatorial, aquello existe y tenderá a agravarse. No es menester mucho pesimismo para suponerlo así. Todo permite conjeturar, y el gobierno debe saber algo de esto, que hay preparativos más o menos importantes. Las operaciones de patrulla marítima nos interesan, pues, tanto como al Brasil.

Y más, acaso, si bien se mira.

Carecemos, efectivamente, o casi, de buques mercantes sobre los mares. Pero esto, lejos de favorecer nuestra neutralidad, nos obliga a solidarizarnos *velis nolis,* con los dueños del tonelaje que nuestra exportación necesita, si no queremos perecer de inanición en la ruina y el aislamiento. La conservación de ese tonelaje es tan preciosa para nosotros como para sus dueños; y todavía con la desventaja de que éstos nos lo pueden negar, mediante la suspensión del tráfico, sin dejarnos ni el recurso de la protesta.

Es que el comercio marítimo ha dejado de ser una actividad pacífica, para transformarse en una operación de guerra. Tal es lo que, entre otras calamidades desatadas sobre la humanidad entera, comporta la guerra submarina. De esta suerte, por el mero hecho de comerciar, ya estamos nosotros en la guerra, según la teoría alemana que podemos, sin duda, discutir, pero que el imperio pretende imponernos a fuerza de armas torpedeando los buques en los cuales traficamos. Tal es la realidad, precisamente confirmada por el caso del "Monte Protegido".

Las explicaciones que el imperio nos dió, constituyeron, sin duda, un triunfo diplomático, pero no tocaron el fondo del asunto, y ambos países quedaron en sus posiciones. Lo que hizo Alemania fué convenir en que no habiendo podido conocer el buque torpedeado la

declaración del "bloqueo" submarino, correspondía dar las explicaciones pedidas. Esto quiere decir, y así es, sin duda, que si se repitiera el hundimiento de un barco embanderado con nuestro pabellón, pero sabedor del bloqueo, Alemania no nos daría explicaciones. En cambio, ha convenido al darlas bajo el otro concepto, que el pabellón queda agraviado por la destrucción del barco que cubre, aun cuando dicha embarcación sea mercante y esté tripulada por extranjeros. El neutralismo, que sostenía lo contrario, recibió, así, de quien menos lo esperaba, una lección sobre la cual insistiré más abajo.

Aquel mismo hecho, con ser, repito, un triunfo diplomático, puesto que el gobierno consiguió lo que exigía en circunstancias harto difíciles; aquello mismo resultó la confirmación del derecho que el imperio alemán pretende arrogarse sobre todas las naciones, para permitirles traficar por donde a él solo le convenga, y castigarlas con la destrucción y la muerte si no acatan su imposición.

En estas condiciones, y debiendo contar, sin substitución posible, con tonelaje, que, además de ser ajeno, pertenece a naciones beligerantes, resulta un hecho fatal nuestra propia beligerancia. Tal es la condición a que nos reduce el "bloqueo" submarino con el cual Alemania declaró, efectivamente, la guerra a los neutrales. Para evitarlo, no les queda a éstos, y sobre todo a nosotros por carencia de flota mercante propia, otro recurso que suspender su tráfico: vale decir, arruinarse por Alemania que no promete compensación alguna, y padecer como ella todos los rigores del sitio, que ella soporta; pero, sin ninguna de las esperanzas y resarcimientos que ella lograría con la victoria. Así es como el miedo produciría sus consabidos frutos: derrota, servidumbre, ruina. Hay en qué elegir.

La gente de la cabeza de perdiz, la que no quiere dar por cierto sino lo que le gusta, tiene, todavía, un argumento. Dejemos a los aliados patrullar el océano. Si necesitan de nuestros productos, vendrán a llevarlos por su precio, y nosotros seguiremos tan cómodos...

Pero, de aquí a reconocer junto con esa custodia una verdadera sumisión, no hay más que un paso. Este paso no tardarían en darlo los fuertes que se arriesgan, contra el egoísta poltrón, así reducido a la última infamia. Empezaría por la fijación de precios irrisorios que, al no existir sino un comprador, deberíamos aceptar; seguiría con la exigencia de nuestras deudas; acabaría por llevarnos a una situación de guerra con los aliados, peor que la misma a que Alemania nos arrastra. Por otra parte, lo que más vale en el comercio de las naciones, no es la compraventa, sino el intercambio. A este respecto, nosotros necesitamos más de los países aliados que ellos de nosotros. Basta decir que somos sus deudores por ingentes sumas, para entenderlo de seguida. Ahora mismo, su carbón nos es ya más precioso que su dinero.

Esto, para quienes siguen creyendo en la desvinculación, y aun en la oposición moral de los ideales con los intereses argentinos. Acabo de exponer sintéticamente los últimos, y tengo dicho ya que los primeros consisten en la justicia internacional, la democracia, sinónima de independencia para nosotros, y la solidaridad americana.

Y es que la civilización consiste, esencialmente, en esto: no hay interés superior a la verdad, el honor y la justicia, porque para toda nación civilizada aquel provecho tiene que estar subordinado a estos principios. Quien así regula su conducta personal para no ser un bribón, tampoco querrá que su país haga lo contrario;

pues, en ambos casos, la deshonra es la misma. No se puede ser, a la vez, individualmente honrado y miembro de una gavilla de bandidos. Que en esto, en una gavilla grande, se convierte la nación cuando subordina a su interés la verdad, el honor y la justicia. Estos principios no pertenecen a nación alguna, ni ella puede modificarlos o desconceptuarlos a voluntad. Constituyen un estado humano al cual llamamos civilización por su imperio. Y no solamente los aplicamos a los pueblos que en dicho estado se encuentran, sino que nos hacemos un deber moral de proceder lo mismo con aquellos que aun se hallan en estado de barbarie, para que salgan de él. Tal es el concepto latino que une ahora a las democracias contra el germanismo, eterno enemigo de Roma, nuestra eterna madre. El principio que promovía las intervenciones romanas (más de una vez injustas, sin embargo, porque eran obra de hombres) formula el mismo lema de la caballería andante: respetar a los humildes y abatir a los soberbios. Y, todavía, aquello lo ponían primero en su latín, como lo hago yo en castellano. Y, ciertamente, el senado, cuya doctrina era, no constituía un cuerpo falto de espíritu práctico ni de amor a la patria. Ni cuando lo sustentaba, era todavía la "mala bestia" de Tácito, sino el gestor augusto de la Cosa Romana. Entre esto y la barbarie, que es lo contrario de suyo, debemos optar, aun a pesar nuestro.

En el hogar y en la escuela nos han dicho, porque es verdad, y para que, así, a lo íntimo del sér se nos adhiriera, que la patria vive de honor, de verdad y de justicia. Los niños de ayer, como los de hoy, reciben diariamente su lección de altivez, de veracidad, de equidad, en nombre de la patria. Es, se les dice, para que sean buenos argentinos como los próceres que deben constituir su dechado. Así nos educaron también a nos-

otros, y ésa es nuestra fe. Cómo nos van a salir, ahora, con que todo eso no es más que un engaño para niños, a quienes se mentiría abusando torpemente de su inocencia; con que la falsedad, la iniquidad, la deshonra, puede, justificarlas el provecho de la patria! Pero todo esto suelen, precisamente, expresarlo, y todavía creyendo mostrar superioridad con ello, los abogados, los políticos: — No es, dicen, que debamos ponernos de una u otra parte por razones morales, sino porque así nos convenga hacerlo.

Semejante disyuntiva, formula de suyo la inmoralidad más flagrante. Contiene la esencia del militarismo que perderá a Alemania sin remisión, aun cuando triunfara. Porque, si duro y humillante fué para el pueblo alemán el estado de paz armada, anterior a la guerra, doblemente empeorado le saldría con la conquista. Debería subordinarse más que nunca al despotismo militar; consumir, en armarse perpetuamente, todo el producto de sus esfuerzos.

Vivir trabajando para armarse, no es vivir. Sólo al militarismo le conviene, porque las armas son la profesión de que vive el militar; y así es cómo la iniquidad, la depredación, la violencia que mantienen a los pueblos en semejante estado vienen a constituir otros tantos intereses industriales del militarismo. Por esto he dicho alguna vez, que el militarismo, a pesar de las apariencias, es antipatriótico. Prolonga en plena civilización el estado de barbarie en que los individuos y los pueblos vivían de robarse, abusando de su fuerza; mientras el progreso de la idea de patria consiste en la mayor claridad que va adquiriendo la noción de justicia. La patria superior al rey, es un hecho democrático: el hecho característico de la civilización greco-latina que arruinaron los bárbaros del norte, y que restauraron tres revo-

luciones democráticas: la inglesa, la americana y la francesa, caracterizadas, a su vez, por el predominio del poder civil. Así es cómo en nuestra actitud favorable a los aliados, conciliaríanse franca y honradamente, el destino histórico, el ideal patriótico y la conveniencia nacional: que en ese acuerdo consisten, no en otra cosa, así para el individuo como para la colectividad, la dignidad de la vida y la paz de la conciencia.

Con esto, no bien llegue al Brasil esa escuadra de los Estados Unidos, tenemos que invitarla a venir y ofrecerle la colaboración de la nuestra. No hay decreto de neutralidad que nos lo impida; y si hemos reconocido la justicia en cuya virtud van a combatir esas escuadras, no podemos adoptar una actitud evasiva, sin resultar doblemente injustos. De otra suerte, aceptaríamos el papel de nación patrullada por los Estados Unidos y por el Brasil; y si este último país, como es muy probable, quedara encargado de guardar esta parte del Atlántico, parece no menos seguro que un día u otro nos pidiera cierta colaboración, en homenaje a la seguridad común, garantida por él sólo, y a las protestas de fraternidad que le hemos hecho. Porque el deber primordial entre hermanos es ayudarse.

Y todo esto, sería mejor que fuéramos y hubiéramos ido negociándolo con tiempo. Y es mejor, porque, de un modo u otro, tiene que venir.

Soberanía nacional, no significa aislamiento. Ni esta fué, jamás, nuestra política americana. Formamos parte, por nuestra propia voluntad, de un consorcio de naciones. Hemos invocado con ellas los vínculos, entre todos respetables, de la fraternidad y de la justicia. No podemos, pues, evadirnos sin deshonra. No es posible ser neutral entre el justo y el injusto, entre nuestro hermano y su enemigo. Porque, entonces, la neutralidad re-

sultaría ultrajante para el justo y traidora para el hermano.

Por esto, no puede verse sin asombro la persistencia del gobierno en convocar aquella asamblea de neutrales ideada antes de los acontecimientos susodichos, como si él continuara siendo neutral, cuando no lo es en el hecho ni el derecho. Cómo pretendería ser neutral en la guerra de Alemania con los Estados Unidos, el país que ha comprometido su honor reconociendo la justicia de uno de los beligerantes? El lenguaje de la gente honrada no tiene más que una significación. De otro modo, sería la jerigonza.

Esta fluctuación de conducta y de palabra, va produciéndonos un detrimento más que deplorable, alarmante, en la opinión del mundo entero.

La prensa alemana ha dejado de aplaudirnos, al propio tiempo que la de todos los países aliados, encabezada por sus principales órganos — vale decir, por la verdadera opinión — no repara en presentarnos sometidos a la influencia tudesca, como si fuéramos una Grecia sudamericana.

El gobierno, a lo que es cuenta, poco se cuida de tan grave asunto. Persiste en mantener al exterior la misma incomunicación antidemocrática que caracteriza su política interna; no rectifica, siquiera, las apariencias sospechosas que tanto daño están causándonos; pierde su tiempo en subalternas cuestiones de privilegio con un congreso inofensivo; no se preocupa sino de política, cuando nadie quiere hacerla, y cree, o parece creer, que con parar el reloj va a retardar las horas supremas.

Mientras tanto, se nos comenta tristemente, sin una palabra argentina que lo rectifique.

Preténdese por ahí que mientras prohibimos la exportación de trigo y de harina, en tal y cual estación

hay millares de bolsas de aquel cereal detenidas por sospechosos especuladores. Coméntase que la huelga agrícola no haya merecido la debida atención, a pesar de sus extrañas violencias. Esto ha de ser, creámoslo, suspicaz y erróneo; pero he aquí algo más serio:

A juzgar por la tramitación publicada en el caso del "Monte Protegido", el ministro alemán estuvo en comunicación telegráfica con su gobierno. Sabe el nuestro por dónde y cómo? Se ha preocupado de averiguarlo, si lo ignora?

El estado del mundo excita, a no dudarlo, la cavilación en los países que pelean. Pero es menester desvanecerla con una publicidad equivalente. La idea predominante ahora en Europa y en los Estados Unidos, es que nuestro país tiene el propósito de romper la unidad panamericana. Que estamos sometidos a influencias tudescas. Que nuestra neutralidad es hostil. He ahí hasta dónde pueden conducir las vacilación y el descuido.

De aquí que ya no sea posible remediar esto, sino con hechos. La declaración que bastó en abril, fuera completamente ineficaz reproducirla. Llega, sin remisión posible, el momento de obrar, puesto que no hacerlo equivale a proceder en sentido contrario. Y se hará. Esto es seguro, por ley de honor, a ser cierto mi postulado — y vive Dios si lo es — de que un gobierno argentino jamás reconocerá en vano la justicia de una causa. Yo conozco mi país, me lo sé de memoria desde el año diez, más y mejor que mi propia vida, en lección alta y gloriosa como si fuera un canto. La inmortalidad de aquellos grandes argentinos que, seguramente, procederían así, no es, a mi entender, una ficción retórica. Es una realidad que la existencia de la patria certifica. Y tal cual si de este modo fueran la conciencia de la patria presente, he aquí que tienen puestos sobre nuestra conducta, sin cerrarlos jamás, sus ojos de bronce.

Así resultara más deplorable el retardo.

En esta gigantesca cruzada de los pueblos libres, vamos quedándonos atrás, sin la más mínima intención de hacerlo, adoptando una posición equívoca que de seguro no queremos tomar, neutrales sin serlo, odiosos ante los mismos que amamos.

Moralmente — que es como vale — rompimos la neutralidad, y estamos ejerciendo, sin embargo, el patronato del neutralismo.

¡El neutralismo!

Cuando, la vez pasada, pueblo y gobierno unidos reclamaban del ultraje a la bandera, mucho más respetable por lo mismo que cobijaba tripulantes extranjeros, así acogidos al sagrado de su sombra, aquella doctrina de sumisión lanzóse, gallardamente, a probarnos lo contrario. Lo válido, en el caso, no era el ultraje, sino sus circunstancias: que la bandera fuese o no mercante; que el barco fuese o no tripulado por extranjeros; que otros — curioso efugio — hubiesen sido también insultados. Pues el neutralismo, que para explicar su indiferencia, se declara "exclusivamente argentino", no vacila en reconocer su solidaridad con la humillación ajena a fin de aguantar la propia.

El mismo autor del ultraje encargóse, como he dicho, de menospreciar semejantes argumentos, puesto que no los usó para eludir, ni siquiera para encarecer sus explicaciones. Tan cierto es que el neutralismo constituye un estado inferior.

Pero esta dichosa doctrina que consiste en aguantar por cuenta ajena y sin reparación alguna todas las calamidades de la guerra, afirma también que la mayoría le presta su asentimiento.

Argumentación especiosa e indemostrable. La mayoría, en los países democráticos, carece de expresión

válida fuera del comicio. No se gobierna con ella, ni ella tiene otra función gubernativa que la de elegir individuos para que ejerzan el gobierno. Una vez que, a este fin, les ha acordado su confianza, gobiernan ellos con la constitución y con su conciencia personal: que es decir, deliberan y resuelven por la mayoría, sin necesidad de llamarla a consulta. Fuera de esto, no hay más que la demagogia plebiscitaria o el motín. La llamada "expresión popular" de las masas gregales, no es otra cosa que un efectismo callejero.

Bajo su aspecto preservativo, el neutralismo comporta, además, la ruina. Pretende que, aislados de los imperios germánicos por el bloqueo efectivo de la Alianza, completemos nuestro aislamiento, aceptando el bloqueo eventual de Alemania que, prácticamente, es la piratería, cuando, precisamente por ser débiles, debemos sostener, con interés mayor, el imperio del derecho. Así han llegado en España a una miseria sin precedentes. Ciudades como Cádiz, yacen muertas y sin luz, porque los submarinos alemanes no les dejan llegar el carbón que necesitan. Entonces el neutralismo declara que irá hasta la guerra civil, si España se pone con la Alianza que ningún daño le hace. Por no combatir al pirata que arruina, el neutralismo español se pondrá a matar españoles.

Esta ceguera suicida e inmoral caracteriza al fanatismo que inspira todo aquello; pero, al mismo tiempo, indica la verdadera trascendencia de la lucha. El neutralismo es la sumisión a las potencias de opresión y de muerte.

Semejante doctrina, falsa en el dominio de los hechos, según se acaba de ver, lo es más aún en el del espíritu. La neutralidad no cabe en un alma sana y viril, puesto que substantiva, por definición, la carencia de se-

xo. Constituirá, a lo sumo, el aislamiento de algún pedante que blasona impasibilidad por echarla de filósofo, o la colocación oportuna de algún político que baraja con industria el chirimbolo malabar de su conciencia.

La verdad es que, desde el primer momento, el mundo entero tomó partido. El hombre de piedra del neutralismo, para quien no existe diferencia alguna entre la inocencia y el crimen, con tal que éste ande bien armado, entre la justicia y la iniquidad, entre la fuerza bruta y la razón, no existe sino como un fantasma en el cual deseara encarnarse el miedo. La fraternidad humana constituye de tal modo un hecho inevitable, que los hombres llegan a ser malos hermanos; pero hermanos, siempre lo son. Por esto es quimérico propalar la indiferencia ante víctimas y verdugos. Quimérico, lo mismo que la exclusividad nacional cuando los hombres combaten por la organización del mundo bajo los principios de obediencia o de libertad. Entonces, decidirse a tiempo es dar pruebas de mediana inteligencia; puesto que no hacerlo significa aceptar la sumisión o el aislamiento que la equivale. No quiere el hombre la libertad, sino para comunicarse sin reatos. Y por esto, la libertad más preciosa es la del pensamiento con que su alma comunica.

He aquí la razón que une a los pueblos libres en esta hora suprema. Unicamente el sórdido materialismo que no aprecia sino el terror inmediato y la pitanza del día presente, asocia al dogma de obediencia su irremediable inclinación servil.

Dije el otro día que el socialismo es un invento alemán puesto en juego por la política prusiana para ejercer el espionaje y la traición. Casi al mismo tiempo pudimos verlo operando en Estocolmo contra la democracia rusa, tal como quince días antes de estallar la gue-

rra operó en Bruselas contra la democracia francesa: el pacifismo y el desarme de los otros, para entregarlos indefensos al déspota militar en nombre de la solidaridad humana.

Y esto, no soy yo quien lo afirma. Es la propia minoría del partido alemán, capitaneada por el diputado Haasse, la que acaba de advertirlo a los socialistas suecos. Los pasaportes que el emperador acordaba a aquellos agentes suyos, resultaron, todavía, sincrónicos con el decreto de readmisión de los jesuitas en el imperio.

Mas, si aun cupiera duda, recuérdese lo que ha pasado aquí. No bien los directores, ahogados por la voz de la conciencia, recuerdan un instante la justicia y la patria, cuando el internacionalismo "made in Germany" los descalabra con grosera infidelidad. En aquella sesión memorable, donde llovieron a cántaros las injurias contra este país y contra los gobiernos de la Alianza, la más mínima referencia irrespetuosa al emperador alemán, era reprimida con gritos de escandalizada obsecuencia. Los jesuitas, aludidos por un orador, merecieron consideraciones análogas. No es solamente, como se ve, el kaiser quien amnistía...

Y triunfó, era de esperarlo, el neutralismo.

No obstante, los vencedores eran en su mayoría extranjeros no naturalizados, o comprendidos aún en los diez años de excepción militar que les acuerda la ley: singular coincidencia con los partidarios del argentinismo exclusivo.

Entretanto, de dónde saldría esta dichosa exclusividad?

Cuando los padres de nuestra patria echáronse a guerrear por el mundo de América y sobre los mares, llevaban por verbo esa misma sublime canción que el neutralismo entona en sus manifestaciones; pero que

lejos de proclamar el aislamiento, concita a los libres del mundo para la grande empresa de emancipar. Nuestra grandeza histórica consiste en aquel magnífico desinterés.

"¿No los veis sobre Méjico y Quito..."

Pongamos ahí Bélgica y Servia, y oiremos el mismo clamor que pasa las fronteras invocando en favor de los mártires el deber solidario de la justicia.

"¿No los véis devorando cual fieras
Todo pueblo que logran rendir?"

Palabras que no parecen, sino que son de ayer, de hoy, de mañana. Palabras eternas que contienen nuestro destino. En ese canto inicial, hay más América que Argentina. La libertad que celebra, no es un bien egoísta. Convoca a los mortales, a los pueblos del mundo, a la tierra entera de un polo al otro. Es su preocupación dominante, y así lo repite una y otra vez. En aquel arrebato lírico está ya el venerable preámbulo de la constitución. Esto prueba que, poetas o legisladores, soldados o ciudadanos, así en el entusiasmo de emanciparnos como en el grave razonamiento de constituirnos, nunca quisimos el bien para nosotros solos.

Tal es lo que se aprende en el Himno de los argentinos, y por ello me vuelve con tanta insistencia su augusta lección.

Estas cosas de la libertad, de la bondad, de la justicia, de la rectitud, son sencillas como la luz y como el agua que gozan en su plenitud el filósofo y el jilguero. No constituyen enigmas diplomáticos, ni secretos de políticos. En la santa indignación con que condenamos el atentado a las naciones mártires, hay tanta justicia co-

mo en toda la sabiduría de las cortes supremas. Ese impulso de solidaridad que nos acerca a los Estados Unidos, campeones del derecho, contiene toda la diplomacia de Washington y de Monroe, de San Martín y de Mitre. Nuestra conciencia es un tribunal ante el cual comparecen, aun a pesar nuestro, sin que podamos evitarlo, el crimen del autócrata y el derecho del desvalido. Allá no hay neutralismo posible. La justicia tiene que hablar. Si no lo hace, es que el alma ha muerto de terror, de pedantería, de infamia. Y entonces nada se oye, nada se ve. Solamente hiede...

DISCURSO

pronunciado el 4 de Julio de 1917 en el Politeama Argentino

Señores: Cuando el presidente Wilson fundó con su mensaje inmortal la "Liga del Honor" entre las naciones, ese hecho histórico vino a establecer dos cosas de la mayor importancia: que cada nación es ante todo, una entidad moral, y que, en consecuencia, no hay naciones grandes ni pequeñas ante la igualdad del derecho. Así se generalizó la doctrina de Monroe que, hasta entonces, había garantido solamente la integridad de las naciones americanas, con una eficacia auspiciosa, por cierto, para aquella coordinación. Y de esta suerte, América precisó el significado de la guerra colosal, en una fórmula de civilización más noble y más bella.

Tal es el concepto de nuestra adhesión a la política de los Estados Unidos, que en eso mismo consiste.

En eso; es decir, en lo que nuestros padres llamaron, durante la grande empresa de la emancipación "el credo de Mayo".

La creación de estas naciones, constituyó, efectivamente, un fenómeno moral. Lo mínimo en ella, fué la realidad física, tan desproporcionada con la inspiración y con las resultas, que, de suyo, lo demuestra. Así empezó en la historia la nueva civilización que florecerá para el mundo sobre el tremendo derrumbe de la antigua. Y por esto es, también, grave hasta lo trágico, nuestro deber de no defraudar esa esperanza.

Para la antigua civilización, la que va a morir en su ley de iniquidad y de sangre, lo principal es la realidad física. Antes que una entidad moral, la patria la representa una porción geográfica, y con ello, su grandeza que viene a consistir en la dilatación territorial, lleva implícita la amenaza contra el territorio ajeno. Esa civilización tiene por filosofía el materialismo. Su moral es doble: vale decir, infame. Consiste en declarar bueno para la colectividad, aquello mismo que al individuo deshonraría. Su política es la sistematización, más o menos ingeniosa, del egoísmo brutal con que el tigre de la selva se suaviza en el acecho para mejor descalabrar en el asalto. El instrumento de su predilección resulta, entonces, el militarismo. Todo valor humano lo determina por la eficacia de la fuerza bruta. Si no se le subordina, si no concurre a aumentarla, es peligroso o reprensible. Y como la fuerza bruta aumenta con la masa de valores humanos puesta a su servicio, ninguno le parece tan naturalmente hostil como la razón individual que se diferencia. Por esto crea aquellas dos morales, asignando superioridad a la del grupo sobre la del individuo, hasta perfeccionar la máquina de servidumbre que el colectivismo es, en una especie de renunciamiento místico. Esto lo llamo el dogma de obediencia, y es lo que se halla realmente en pugna con el espíritu de libertad.

La consecuencia es que todas esas individualidades, anuladas para la propia acción, engendran una entidad monstruosa: el amo. Entonces queda fundado el despotismo. El amo piensa y dirige por todos, convirtiéndose, muy luego, en la encarnación de la patria. Sobreviene el culto al hombre, que es la mayor bajeza humana, por los demás hombres renegados de su conciencia y su razón. El bienestar material, ya consista en la ren-

ta del potentado, ya en el salario del obrero, llena exclusivo aquel hueco del alma, como la víbora solitaria el agujero que ganó. La ponzoña le viene con la bajeza. Pueblo tiranizado, es pueblo feroz. No puede dar sino lo que tiene con estarlo así, que es odio y torpe codicia.

Al propio tiempo, el despotismo que, esencialmente, es la iniquidad, no sólo se ejercita en la patria ajena, sino en la misma del déspota. La conquista no aprovecha, así, más que a ese y a los suyos. El resto carga únicamente con el peligro y el rencor que toda iniquidad suscita. Por esta doble circunstancia, el pueblo conquistador debe hallarse constantemente pronto para volver a empezar. La paz es la preparación de la guerra. Semejante adopción del bandolerismo, pone a todos los demás en condiciones análogas para precaverse. Tal es la aplicación social del dogma de obediencia en que se funda la civilización ya medio arruinada, y que el militarismo declara eterno por su continuidad desde el fondo más remoto de la barbarie.

Pero este concepto es la negación del progreso humano. Aplicado a la obscuridad y a la distancia, a la miseria y al dolor, el hombre no habría inventado la luz con que suprime la noche, las comunicaciones con que envía a través de tierras y mares su pensamiento instantáneo, las comodidades con que vive mejor que los reyes de hace dos siglos, los auxilios medicinales que puede ya dispensar al último miserable en el lecho del hospital. Tenemos, pues, tantos hechos como el militarismo, y muchos más, para desmentir esa fatalidad de la barbarie. La libertad es como la salud o el bienestar: se puede adquirirla y mejorarla. Rusia emancipada está haciéndolo. Nosotros mismos lo realizamos ayer.

Asombra, en efecto, la duda patente en ciertos es-

píritus ante el sencillo caso de conciencia que nos plantea la guerra actual.

Nuestros padres no vacilaron, con ser todo, para ellos, mucho más difícil y obscuro. Tres siglos de servidumbre constituían nuestra historia, definiendo, sin una sola transgresión, la ley de persistencia a que se atiene el militarismo. Faltaba de tal modo a las naciones por ellos fundadas, la capacidad de subsistir, que su acierto nos causa, ahora, la impresión de un prodigio. Para muchas de ellas, la nuestra inclusive, la nacionalidad consistió al principio en un himno y una bandera. El resto valía menos que nada, puesto que resultaba adverso de suyo. Nunca salió más cierto aquel principio platónico de que es el alma quien forma la materia del cuerpo.

Y el alma de nuestra nacionalidad fué el honor.

Aquellos caballeros conocían lo que vale la virtud de la honra. Nadie, mejor que ellos, la conocía. Y entonces se les borró del ánimo la noción de la pequeñez. Porque el honor es un estado de grandeza. Así, decimos que es magnánimo el hombre de honor. Cómo sería para San Martín de grande su Argentina, y de igual a lo mejor, que no vaciló en ponerla sobre los Andes y llevársela hasta el otro océano, por ese Chile y esos Perús, a libertar pueblos con la fuerza que le sobraba. Y para el poeta del Himno, que convocó a los mortales — así, dice Homero — y a la faz de la tierra se las alzó, nueva y gloriosa desde la sien al pie arrogante, qué no sería! ¿Y para aquél corsario que desplegó como de un tirón sus colores sobre los mares del globo y los fué afirmando ante las naciones con el estampido audaz de su carronada? ¿Y para los héroes cívicos (porque todo vate predecesor es un guerrero) para los hombres de la Constitución, qué fué? Lo que ante déspotas y conquis-

tadores, sobre la tierra y los mares, aunque rueden sus montes y se partan sus cielos, será — ¡atrás los cobardes! — será, mientras conserve grande el alma.

¿Quién anda, entonces, diciendo por ahí que no debemos adoptar sin ambages la política de los Estados Unidos, no sea que ellos nos ponga como a remolque de la nación más fuerte, y por qué únicamente hemos de valer aislándonos? ¿Quién? El que crea chica a su Argentina, entonces; el menguado, el infeliz que, con aminorarse, entre sus pares se desiguala. Tal, por ejemplo, ese palurdo que en la reunión de gente fina elige un evasivo rincón, hallando, así, a pesar suyo, el sitio que le cuadraba. La igualdad heroica que yo quisiera para mi patria, como que otra más digna de ello no podría querer, es la única nobleza que nadie confiere, pues, por mano propia, se la toma él igual. Es esa la "noble igualdad" que exaltó el poeta en su Himno; la que todos cantamos desde la infancia; la nuestra, pues.

Lo que estamos pidiendo es la continuidad de nuestra política histórica.

¡Si ella no es, ahora, de los Estados Unidos, más que por haber dicho país reivindicado sus principios cuando el resto de América los olvidaba! Si el panamericanismo, que es de todos por definición, no consiste más que en eso. Si nuestra Argentina no podría ir a remolque de nadie, como dicen malamente, que la frase no es mía, sino cuando olvidara su honor y su deber, y los otros tuvieran que recordárselo.

Porque fincar la razón de la existencia en aquellos principios, cuando se carece de fuerza material, comporta muy serias responsabilidades. Entre otras, la de cooperar con quienes se vean obligados a usar la fuerza que tienen, para defender ese honor, cuando se halla agredido por los déspotas, y a fin de que ese honor

sobre el cual se vive, salga triunfante. Pues, de lo contrario, el honor resulta una voz encubridora de la infamia. La liga de que hablaba el presidente Wilson, existe ya. Menester es entrar a ella o quedar afuera para siempre. Y esto exige algo más que palabras, siquiera sean ellas de esa preciosa materia gubernativa que tanto se ahorra, como si el ejercicio del mando dificultara singularmente la expresión de la justicia y de la verdad.

Dijérase que el poder presume lo contrario, allá, a lo menos, donde la democracia excluye o debe excluir a ese vejestorio aristocrático llamado el maquiavelismo.

Pero, hasta esas pocas palabras adolecen de una deplorable ambigüedad.

Así, el mismo día en que el senado de la nación declara públicamente su conformidad con el poder ejecutivo sobre la manera amistosa de recibir la visita eventual de la escuadra americana, reconociendo por ello, al parecer, una preferencia hacia los Estados Unidos, el presidente envía al congreso su mensaje anual donde dice textualmente que "a pesar de las complicaciones causadas por la guerra europea, la república cultiva relaciones amistosas con todos los estados, y es firme propósito de este gobierno mantenerlas en el mismo pie de perfecta cordialidad".

Como si esto no bastara, se nos hace saber que el gobierno recibiría a la escuadra de los Estados Unidos, no por lo que representa, sino en virtud de cierta convención de La Haya que nos permite hacerlo; añadiendo, todavía, que esa convención fué una propuesta alemana.

Todo esto es, pues, además de inútil, contraproducente.

El recibimiento de la escuadra americana carece de la necesaria significación, si no tiene este doble objeto:

declararnos solidarios con la política internacional de los Estados Unidos, y cooperadores efectivos en la empresa que debe realizar esa flota. Esto será inscribirnos en la liga del honor, que generaliza para el mundo entero aquella política de la cual somos tan iniciadores y tan responsables como la gran nación que encabeza ese consorcio.

En caso contrario, perderemos a la vez la beligerancia voluntaria y la neutralidad. Ya no será aquello un remolque, sino un arrastre inevitable a la perdición. Y ello por obra exclusiva de la fatalidad. En el estado actual de las cosas, conviene más a las naciones neutrales entenderse con las de la Alianza, que no a éstas forzarlas en tal sentido. Para las que así no lo comprendan, el peor castigo, si tal se quisiera, consistiría en dejarlas aislarse. El suicidio es un accidente de la libertad...

Los imperios centrales pelean ya a la defensiva. Han perdido sin esperanza el mar cuya posesión les interesaba más que el dominio terrestre. Seguir conservando la neutralidad, vale decir, obedeciendo sus órdenes, pues bien sabemos que a esto equivale aquello, es realizar una opción germanófila, y aceptar las consecuencias del aislamiento que arruinará al bloque teutón, aplicándole las consecuencias de su propia orgullosa filosofía.

Debe excluirse, pues, a mi entender, el peligro de una hostilidad aliada. Lo que nos amenaza es algo más terrible: el desprecio del mundo, que mata enterrando en silencio como el lodo del tremedal. La neutralidad argentina es una deserción. Lo es, porque a despecho de cuanto se diga, aquí no hay neutrales. Aquí, como en el mundo entero, hay dos potencias que combaten: el despotismo y la libertad. Y el objeto de la lucha gigan-

tesca es el derecho a vivir con honra, sin el cual resulta triste hasta la vida de los perros.

Cuando se intenta tergiversar con las dos morales del despotismo, preguntándose el teorizador de la doble conciencia, qué es lo que nos conviene, podemos contestarle sin vacilar: aquello mismo que sea nuestro deber. Esta es la fórmula del honor. Pues no hay dos honores, uno para la nación y otro distinto para el ciudadano; como no hay dos verdades ni dos justicias. Y así tienen el mismo precio, que es la vida, el honor individual y el de la patria.

Esto recibió desde el principio de la guerra, una ratificación sublime. Bélgica, ese átomo, en relación al coloso alemán, prefirió su honor a su vida. Ganó con ello su igualdad entre los grandes cuya protegida fuera hasta el día anterior. Pero qué digo igualdad. La grandeza histórica no tiene una culminación más alta. Y si algo vale para los espíritus que el materialismo no encanalló del todo, aquella satisfacción de la luz futura entrevista desde el fondo del martirio, qué triunfo el suyo. El heroísmo alemán, la estupenda potencia de Alemania, no han hecho otra cosa que trabajar para la gloria de Bélgica. Así el espíritu, con ser una chispa, subyuga a los titanes de la materialidad, y salta, estallando en luz, de entre las moles que le arrojan. La grandeza de alma es lo que iguala con los grandes.

Bajo estas impresiones, demasiado graves, por no decir ya tristes, el ánimo se me acobarda para evocar en mi cielo argentino el águila mensajera del estrellado pabellón. Temo, en su propia magnificencia, tanto como si la misma noche fuera, la soledad del sol...

¡Pero no, nunca!

El astro no puede mentir con la evidencia de su luz. El cielo no escupe con la nieve que arroja. Ni ésta

dura, tampoco, bajo aquel generoso fuego. Ni hay mortaja que no estalle al abrirse para la inmortalidad las alas del alma.

Todo nos detalla y nos certifica la bandera celeste, que no pueden arrollar los hombres, aun cuando lo quisieran, ni abatirla a la faz del honor, porque en su invención gloriosa, nuestros padres eligieron, con su doble color, una realidad permanente como la conciencia. Y así, todo, efectivamente, nos la detalla: aquel lienzo del cual se escapa la eterna Psiquis, la mariposa azul; aquella montaña nevada que, con la distancia, parece ir impregnándose de cielo profundo; y el firmamento inspirador con sus nubes que al infinito la van abriendo; y el mar brotado de espuma como si le floreciese inmarcesible su primavera.

Esta belleza, que es la presencia misma de la razón moral, podrá con las sombras acumuladas. El gobierno, en cuya esquivez respeto la misma sinceridad que yo pongo en mi arrebato; la conciencia argentina, imperturbable, a pesar de todo, en su recta noción de justicia: cuánto es, en suma, una entidad moral sensible a aquella cosa nuestra que sintetiza en su símbolo celeste la bondad, la verdad y la hermosura, no tardará en pronunciar su sí categórico. Ya no temeremos que el bronce de Washington, puesto allá entre nuestros héroes, nos eche a la cara, en forma de rubor, el ardor de su temple heróico. Triunfará el azul en el alma argentina. Seremos dignos del sol.

LA CANCIÓN DE FRANCIA

14 de Julio de 1917.

Dulce Francia, Madre Nuestra,
Madre de los hombres libres,
Que convocas con que vibres
El clarín de tu palestra.

Al resonar tu clarín
Sobre los campos del Marne,
Nuevo ardor puso en la carne
Del bronce de San Martín.

Que en tu mismo suelo, abierto
Al grande, común destino,
El fué el primer argentino
Por tu llamada despierto.

En nombre de ese inmortal,
Por sus lauros y sus palmas,
Juramos poner las almas
Al temple de su metal.

Y contigo en toda cumbre,
Plantar nuestro gorro frigio
Sobre el último vestigio
De barbarie y servidumbre.

Bajo el temprano arrebol
Que inició iguales anhelos,
En el giro de los cielos
Nos dió julio el mismo sol.

Cuando entre todos supera
Tu pabellón noble y franco,
En su propio azul y blanco
Veo flotar mi bandera.

Y al rizarse el viento en él,
Parece que, floreciendo,
Corre en el rojo tremendo
Savia de nuestro laurel.

A tu sangre que se inmola
Por hermanos y enemigos,
Como embellece los trigos
El primor de tu amapola,

En su altiva juventud
Nuestra Argentina la canta,
Y su propio himno levanta
Para decirte "¡Salud!"

Y cierta de tu victoria,
Te envía, grande entre grandes,
Por un cóndor de sus Andes
El mensaje de la gloria.

LOS AGENTES DE LA PAZ GERMANICA

El 22 de Julio de 1915, en un banquete con que celebramos la viril actitud del tribuno popular doctor Palacios, ante la tiranía dogmática del socialismo, dije, refiriéndome al papel que la mencionada secta desempeñaba durante la guerra:

"Hay reacción de todas las fuerzas opresoras, entre las cuales hállanse, desde luego, las sectas. El despotismo, cuya primera agresión triunfa siempre, viene en batalla, asistido por todos sus cómplices. No falta uno, desde el Gran Turco hasta el Papa; y el Socialismo alemán, dechado originario, raíz y tronco de todos los Socialismos, no ha querido, a su vez, eludir la cita".

. . . . . .

"Un eminente escritor alemán, ha dicho que, en materia de disciplina, y como elementos de dominación, existen dos instituciones perfectas: el ejército alemán y la Compañía de Jesús. Ese ejército, para quien ayer trabajaba el Socialismo bajo el látigo levantado, lo refunde, ahora, en su masa colosal, bajo el látigo consentido. El Socialismo, desenmascarado por la guerra, y el papado neutral, son, hasta hoy, las dos únicas derrotas definitivas."

Durante los años de 1912 y 1913, en muchas cartas enviadas desde Europa a "La Nación", anuncié el

próximo acercamiento del Socialismo a la Iglesia y al ejército, conforme lo anticipaba, ya entonces, la alianza política contraída en Francia por aquella secta con los elementos reaccionarios.

En los artículos que, desde abril del corriente año, llevo publicados sobre la guerra, tengo definida la notable semejanza de los socialistas con los jesuítas, según resulta de su organización y propósitos; y en el último de aquellos escritos, hice notar la coincidencia de la veneración que el reciente congreso socialista de Buenos Aires acababa de manifestar al Papa, con la readmisión de los jesuítas en el Imperio Alemán, decretada por el Kaiser.

He aquí, todavía, dos detalles más que, a modo de los arabescos marginales, comunican realce al texto: la diputación socialista de nuestro congreso, acaba de modificar su proyecto de divorcio para reconocer la indisolubilidad del matrimonio católico; y un diputado de la misma doctrina, anunció en pleno congreso, que su partido acababa de expulsar a un cofrade porque vestía demasiado bien. Con lo cual estamos ya a un paso del hábito y del uniforme.

El socialismo es una organización del pasado, un agente más del dogma de obediencia que, prácticamente, consiste en el colectivismo despótico cuya disciplina suprime la disención individual, aun cuando sólo por ésta progresa la razón humana. Su apariencia avanzada, proviene de las aspiraciones liberales con que se adorna por aditamiento circunstancial; pues el socialismo no es, estrictamente hablando, sino un partido político que se propone la transformación de la propiedad privada en propiedad colectiva. Nada más que esto. Lo demás, incluso el mejoramiento obrero, es un deseo humanitario que lo mismo puede comprenderlo — y rea-

lizarlo en gran parte — Bismarck, por conveniencia política, como predicarlo León XIII por motivos religiosos. Que, en cuanto a la emancipación moral, es iniciativa de la Revolución Francesa, detestada por los socialistas como un movimiento burgués, y resulta cada vez menos interesante al socialismo. Este movimiento se parece mucho, como debía suceder por razones de semejanza étnica, geográfica y política, a la reforma luterana, que en vez de iniciar la moderna era racionalista, como lo sostiene por consentimiento inerte la historia superficial, fué el último de aquellos cismas que tan fuertemente caracterizaron a la Edad Media (1). Así, aquel movimiento, lejos de estimular la libertad de conciencia, respecto a la cual adoptara contra el papismo la misma teoría y práctica de la inquisición papista — inclusive la hoguera — perfeccionó prácticamente el dogma asiático de la obediencia, en que el cristianismo consiste, como que es una religión asiática, agregando al poder temporal del emperador la potestad espiritual de jefe de la iglesia, tal como fuéronlo los faraones egipcios y los sares babilónicos (2). Con esto, el protestantismo resultó más cristiano que el catolicismo, siempre contrariado, allá en su Roma papal, por el indomable racionalismo latino. Y así es, también, cómo ha venido a ser el campeón del funesto dogma, convirtiendo al Papa en agente suyo, a la hora del desenlace supremo.

---

(1) Félix Kuhn, biógrafo y panegirista de Lutero, dice que éste, en cuanto se refiere a la existencia del mal "tenía las creencias de la edad media". "Representábase, añade, al universo entero como enredado en una lucha de gigantes que las potencias satánicas libran contra Dios y sus ángeles. El mundo satánico pesaba sobre él y lo aplastaba". No puede darse síntesis más perfecta de un espíritu medioeval.

(2) Lutero, en su famosa polémica con Erasmo, sobre el libre albedrío, sostuvo textualmente que, "sin duda alguna, Dios tiene resuelto de antemano qué hombres deben salvarse y cuáles nó". Esto equivale a la negación, por inútil, de todo esfuerzo racional, dado que somete el mundo a la fatalidad de la predestinación.

Mas, no adelantemos el comentario.

Estábamos en que el socialismo es una secta del pasado, no obstante la apariencia liberal que le da su lucha contra la iniquidad capitalista, tal como sucedió al luteranismo con la suya contra la iniquidad papal. Del propio modo que la aversión al papa no define la libertad de conciencia, el odio al burgués no comporta la emancipación social. En uno y otro caso, lo que con tales pasiones se manifiesta, es el apetito materialista del poder, la baja satisfacción de los instintos convertidos en los únicos móviles de la existencia; y como esto constituye una degradación esencial, luego, no más, requiere el amo. La libertad es un estado moral que consiste, esencialmente, en suprimir el dominio del instinto, como la llama sutil vive de consumir el leño grosero.

Así, en aquel mismo discurso citado al comenzar, definí el carácter del socialismo, diciendo:

"El socialismo es un invento alemán y participa del carácter peculiar a las instituciones políticas del Imperio: el materialismo que todo lo reduce a la satisfacción de necesidades y goces físicos; la fe exclusiva en la fuerza bruta de las masas y la consiguiente supresión de individualidad; la aspiración al dominio universal por el aplastamiento sin misericordia; la disciplina, prusiana por definición."

Semejante estructura moral esplica cómo el socialismo se ha convertido en agente de la paz germánica, que es la paz a costa de la justicia y del honor. Porque estos principios no interesan a la secta. Justicia es para ella sinónimo de confiscación y honor nada significa porque es "un prejuicio burgués". No puede darse nada más plebeyo y más brutalmente despótico al mismo tiempo. El "prejuicio burgués" del socialismo, corres-

ponde justamente al "retazo de papel" que son los tratados para el cesarismo alemán. Al socialismo no lo conmueve la justicia de Bélgica, ni el honor de las naciones, pisoteado con el ataque aleve contra dicho país. Sin embargo, en esto se basa la fórmula de la civilización futura enunciada por Wilson con su mensaje inmortal. El derecho ya no resultará, por ella, una sanción de la fuerza bruta, así sea ésta ejército de autócrata o mayoría democrática — que, al fin, lo mismo da — sino un producto de la razón libre y de la inclinación fraternal que entre los hombres existe.

Esto es un principio del paganismo renaciente: aquel "amor del género humano" que los estoicos daban por fundamento al derecho, juntamente con la razón filosófica. Así lo afirma Cicerón en su tratado de las leyes (I-XV): *quod est fundamentum juris.* Y en el párrafo siguiente, comentándolo con su altísima sagacidad, define la falacia de la fuerza bruta para constituir el derecho, que provenga ella del príncipe o del pueblo. No se dirá que elijo un antiguo reaccionario, ni un teorizador político. Nadie como aquel romano sabía a que atenerse, habiendo sido tribuno radical cuando la acusación a Verres, jefe del partido republicano, sutil amansador de la aristocracia, y espectador, entre todos avisado, del cesarismo que se fundaba. Ese, pues, dice:

"Si la voluntad de los pueblos, los decretos de los mandatarios y las sentencias de los jueces, constituyeran el derecho, robar resultaría lícito, y ser adúltero también; y simular testamentos falsos, lo sería igualmente, con tal que lo aprobaran los sufragios o las decisiones de la multitud".

Cuando uno piensa que a Cicerón le llamarían anarquista ahora, tal cual les dicen a otros que se honran de pensar como él, comprende solamente la di-

ferencia enorme entre la libertad pagana bajo cuyo seguro llegaban a dirigir el Estado hombres de semejante independencia moral, y nuestra derrengada libertad de cristianos y de socialistas.

Tal era la política platónica que renovara el genio de Rousseau, y que, así en el fracaso de la Revolución Francesa, como en el éxito de la república americana, constituye una operación filosófica: la de asegurar la justicia como un dictado de la razón y una aplicación de la bondad que así resulta moral práctica.

La otra política, la del brutal moderno positivismo formulado originariamente por Montesquieu, aun cuando éste era anticristiano; la que define escueta y tiránicamente la democracia por el sufragio universal, imponiendo la irracional razón del mayor número, dimana del plebiscito militarista y venal que arruinó a la civilización latina, y que las legiones aprendieron en su contacto con las bárbaras tribus del Norte cuyos jefes (exactamente te como hacían nuestros indios para cada malón) eran así designados. De tal modo engendraba, pues, sus déspotas la colectividad bárbara; y el funesto cataclismo histórico cuyas tinieblas han persistido por dos mil años, hasta condensarse en la actual horrenda guerra, provino de que se identificara un día con aquel despotismo, el despotismo oriental introducido en Roma bajo las especies políticas y religiosas de la potestad monárquica o derecho divino. En esto consistió el éxito del cristianismo, y así se impuso a la cristiandad el dogma de obediencia. La justicia no fué ya producto de la razón y de la simpatía humanas, sino mandamiento teológico; vale decir, prescripción autoritaria aplicada por medio de la fuerza material que así vino a definir, prácticamente, la justicia. Derecho y fuerza se confundieron. Y por esta razón, la democracia exclusivamente mayo-

ritaria o materialista, es una organización del pasado: una rama cristiana a su vez. La política platónica, la definió nuestro Alberdi diciendo: "El pueblo no es soberano sino de lo justo". Lo cual significa que la soberanía no es una razón de justicia, sino al contrario. La fuerza bruta del número, sea mayoría democrática o ejército imperial, podrá hacer el mal impunemente y pretender que lo justifica con ese éxito de bandido: "que Dios protege a los malos cuando son más que los buenos." Ante la conciencia humana, nunca transformará el mal en bien. La moral es, precisamente, la organización de la bondad, y la justicia el triunfo reconocido de la razón. Obsérvese cómo estos principios excluyen la necesidad de la obediencia, y constituyen la soberania del espíritu que los tiene por su norma. La democracia tiene que organizar sobre ellos el derecho, tal cual lo formula el tratado ciceroniano, o no es, de lo contrario, más que una nueva forma de iniquidad.

El materialismo político o positivismo mayoritario, que subordina la justicia y la moral al hecho consumado del escrutinio, como el autócrata militarista al de la victoria, oculta bajo su apariencia de realismo científico, su verdadero carácter. Es, efectivamente, el pesimismo práctico engendrado por dos mil años de iniquidad sin esperanza, en reacción igualmente inícua de siervos a quienes embrutecieran la obediencia y la resignación. Por otra parte, es seguro que el amo enseña a su siervo la iniquidad, con ejercerla sobre él. Y el amo, en la ocasión, era el agente de un culto cuya política inicial consistió siempre en el reconocimiento del hecho consumado por los poderosos.

Así, el cristianismo romano triunfa con el emperador Constantino cuyo libertinaje igualaba a penas su crueldad; pues fué, como nadie ignora, monstruoso ase-

sino, filicida y uxoricida a instigación de su "santa" madre. Siendo estos atentados "crimenes inexpiables" ante los dioses antiguos, el emperador halló en el nuevo culto el acomodo que a su interés convenía; pues el escándalo y el horror de la "inmoral" Roma pagana, ponían ya en peligro su seguridad. La reforma protestante ofrece análogos ejemplos: sus más decisivas y poderosas adhesiones, la conquista con la teológica justificación de bigamias reales.

La neutralidad del Papa en la actual contienda, no puede sorprendernos. Entre el dogma de obediencia encarnado por el luterano emperador de Alemania, y encarnado, al parecer, victoriosamente (1), y la justicia de Bélgica débil y católica, tenía que estar con lo que fuera más conforme a la invariable política del cristianismo.

El Papa declaróse, pues, neutral entre el imperio luterano que cometía la agresión, y la pequeña nación católica, humillada, saqueada y asesinada. El pretexto es que hay católicos en Alemania. Pero, Alemania entera era católica cuando el terrible Gregorio VII le planteó victoriosamente el dilema de la excomunión nacional en masa, o la rebelión contra el emperador excomulgado. Francia entera era católica cuando el mismo Papa la puso en entredicho como nación. Inglaterra contaba muchos más católicos que protestantes cuando Clemente VII excomulgó a Enrique VIII. Y ninguna de esas excomuniones tuvo por causa un atentado tan grave contra la justicia, un crimen tan horrendo contra la humanidad.

---

(1) Tengo recordado en carta abierta al diputado socialista, Dr. Bunge, que, según los teólogos de todos los tiempos, "la Iglesia está siempre con la victoria; porque, como es Dios quien discierne la victoria, allá donde estén los victoriosos está Dios, y, de consiguiente, está la Iglesia".

Pero, el Vaticano acaba de hacer una declaración más significativa que ningún comentario, para explicar esta diferencia de actitudes. El Papa, dice, no tiene fuerzas con qué hacerse respetar. ¿Y qué más fuerza que el Espíritu Santo? ¿Qué fuerza tuvo León I para contener a Atila, sino presentársele sólo y amenazarlo con la misma desastrosa muerte de Alarico?

Es que el cristianismo, como religión y como política, ha acabado por perder toda idealidad, toda confianza en sí mismo, para materializarse en las últimas consecuencias de su dogma que, al establecer la deificación del hombre con el derecho divino, comporta la más grosera materialidad. El triunfo de la Alemania autocrática, representaba la suprema esperanza de todos los reaccionarios y la consolidación del fundamento en que descansa la doctrina cristiana: el dogma de obediencia, impuesto como un castigo ejemplar a las naciones democráticas, y dispensado por Dios mismo — según expresión del Kaiser — a los pueblos sumisos, agentes notorios de su voluntad, bajo las especies de la victoria. Lo raro habría sido, pues, que el Papa no estuviera de ese lado.

Pero, fracasado el plan de los imperios centrales, era menester tratar de sacarlos incólumnes para la embestida futura que se preparará mejor, aprovechando las enseñanzas de la presente. Tal es el secreto de la paz germánica que el Papa y los socialistas se empeñan en asegurar.

Alemania sostiene, efectivamente, que está victoriosa. Ha llevado la devastación y la ruina al territorio ajeno, salvando de ellas el propio. Conserva intacta su escuadra, y siempre tremenda su potencia terrestre. La paz celebrada actualmente, aunque nada anexe ni pague indemnizaciones, dejaríala, pues, en evidente condición

de superioridad. Conocida su organización y las tendencias de su autocracia, no es menos seguro que, a penas rehecha, volvería a empezar. Habría ganado, entretanto, la famosa "libertad de los mares", para usarla en la forma que le es peculiar, según nos lo están revelando sus submarinos. Los tratados de arbitraje y desarme que celebrara, serían, conforme a su moral política, nuevos retazos de papel. Las otras naciones veríanse obligadas a convertirse en extensos campamentos, con mucho más rigor que ahora, o a desorganizarse en correlativos sacudimientos revolucionarios. Ambas cosas acarrearían el fracaso de la democracia y la subordinación de los pueblos a las potencias opresoras. El pesimismo consiguiente a la celebración de una paz, que así asegurara al bloque teutón la impunidad y la fuerza, haría el resto. Saben lo que hacen y a dónde van en el Vaticano, a pesar de ese aparente ingenuo humanitarismo.

Entretanto, Alemania ajustaría cuentas con los débiles, sin que nadie pudiera impedírselo. La guerra recomenzaría por América, (1) bajo el mismo concepto punitivo aplicado a Servia. Ya nos llegaría, a nosotros también, la hora de pagar nuestros delitos de lesa soberanía en los reclamos por agravio a la bandera y en los actos de solidaridad con los Estados Unidos. El "castigo" del Brasil no se haría esperar. Una colonia alemana, fronteriza de nuestro país, sería el resultado. Tales eran ya los propósitos del pan-germanismo. Tal es el método alemán que, ahora, tiene a la vista todo el mundo.

---

(1) Hoy, 27 de Agosto de 1917, acaba de publicarse en "La Nación" este despacho de Washington: "El secretario de estado Mr. R. Lansing, ha declarado que el gobierno tiene confirmación de la declaración de lord Robert Cecil de que Alemania tenía proyectado hacer la guerra a los Estados Unidos después de derrotar a Francia y la Gran Bretaña."

Porque, resumámoslo para apreciarlo mejor:

Si, como sostienen alemanes y germanófilos, el bloque teutón está triunfante, cae de suyo que sus enemigos se hallan derrotados. Una paz entre beligerantes de tal condición, resultará, simplemente, el reconocimiento de aquella victoria. Habrá que celebrarla por medio de un tratado, que estipularía ciertas renuncias de los vencedores a sus propósitos. Pero, es que para los tales, según lo tienen dicho con jactancia, los tratados son retazos de papel. Y fuera broma pesada confiar en la generosidad, la humanidad, la equidad de los autócratas militares, para quienes la guerra, con su rapacidad, su crueldad y su injusticia, es la industria predilecta. La paz germánica tiene, forzosamente, que ser, o el reconocimiento de la supremacía teutona, basada en la conquista, o la preparación de una nueva guerra. Fracasado ya lo primero, el Papa y los socialistas se empeñan en conseguir lo segundo.

Vano intento, pues, el de ponerse a buscar si estos agentes de la obediencia estaban de acuerdo con las potencias centrales. Lo están de hecho, y con mucho mayor eficacia que si los uniera un acuerdo circunstancial. Los une el concepto materialista en cuya virtud el hecho consumado por la fuerza bruta, es fuente de razón y de justicia. Así lo prueba, mejor que nada, la actitud de la prensa universal ante la iniciativa del Papa. En los países de la alianza, contraria. En los del bloque teutón, evasiva, conforme a consignas que no es difícil presumir. Unicamente los diarios socialistas del mundo entero, sin acuerdo posible dada la actual incomunicación: el "Worwaerts" alemán, "L'Humanité" francesa, el "Avanti" italiano, para no citar más que los principales, alzan simultánea loa. El programa de Estocolmo, padrón de ignominia y de estupidez, sugerido por

los agentes alemanes al socialismo ruso, acaba de asegurarse un eminente colaborador.

Sólo que éste es mucho más hábil. Tira al futuro de la paz germánica, que comporta la supermilitarización del mundo, mientras lo otro es mera fórmula simplista de la paz a toda costa con que la plebe certifica su lastimosa ceguedad.

Pero, esa conferencia de Estocolmo, en cuyo trámite, la política alemana sigue su conocido método de prórrogas y de argumentaciones divergentes para tergiversar, es algo tan monstruoso, que únicamente el fanatismo impide verlo.

La traición que el socialismo alemán prepara con ella a los sectarios de los países aliados, no puede ser más evidente. Es lo que cien veces les hizo ya antes de la guerra, explotando la misma fraternidad de Caín. Agente del Kaiser, sigue su misma política de no precisar nada, va y viene con su salvoconducto, aparentando disidencias que luego, no más, resultan farsas visibles. Así, un día, el diputado socialista Haasse denuncia el gubernismo de su colega Scheideman, encargado de la escenografía en Estocolmo, y declara que él y su minoría no irán. Ahora resulta que concurren, también. con imperial salvoconducto. Otra vez se nos anuncia la prisión del "mártir" Liebneckt, apóstol anti-militarista y oficial prusiano para mayor perfección. A poco de esto, y sin duda por causa de las penurias sufridas, llega la noticia de que el infeliz está agonizando en el hospital de la cárcel. Una semana después resulta electo delegado a la conferencia de Estocolmo...

Pero, estas mismas comprobaciones son inútiles. Dado el regimen prusiano, basta reflexionar que esos empresarios con salvoconducto imperial, tendrán que volver a Alemania después de su desempeño en Suecia...

Los gobiernos de la alianza, con su prohibición a los socialistas, hácenles, pues, el servicio de impedirles que se deshonren otra vez. En cambio, aquellos incorregibles políticos persisten, por vanagloria de redentores, en hacer el juego de la autocracia. No los ha escarmentado su fracaso de internacionalistas, pacifistas, fraternizantes y parlamentarios, ante la guerra que prometían impedir con la huelga militar y demás conocidas paparruchas de buena o de mala fe. Siguen creyéndose, a lo que es cuenta, los apóstoles de la paz que traicionaron o abandonaron cobardemente; y la autocracia, al explotarles esta triste debilidad, continúa usándolos de instrumento.

Así se propone paralizar a los pueblos de la alianza con una trégua que buena falta la hace; introducirles el desórden que ya inició en Inglaterra la mala acción del ministro socialista Henderson; sembrar la traición, que ella no teme, porque su socialismo nacional es su dócil instrumento. La conducta de ese partido durante la guerra, autoriza semejante suposición.

Mientras tanto, paz sin anexiones ni indemnizaciones, significa paz sin reparación. ¿Qué idea, no digamos ya de justicia, sino de equidad, tendrán esos pacifistas, a quienes, nada importa, según se vé, la destrucción de Bélgica y de Servia, así condenados a la perpetua postración? Esa es la doctrina de resignación cristiana, inventada, como todo la concerniente al dogma de obediencia, para provecho de los fuertes, garantidos contra toda reacción de sus víctimas, tal cual ahora se pretende; y nada extraño, pues, que en ello coincidan los demócratas fatalistas, para quienes son sinónimos derecho y fuerza, y el jefe de una religión organizada sobre el mismo principio.

Tal fué la iniquidad que los agentes alemanes

sembraron en la bien preparada tierra del socialismo ruso, así arrastrado a cometer su gran traición. Miedos de plebe, inmundicias de políticos, cinismo de sectarios delirante o vendidos, ciega ignorancia de masas convertidas por el sacudimiento en hordas, ausencia de aquel sentimiento de responsabilidad colectiva en que consiste el espíritu nacional: todo eso fermentó en el obscuro lodo de infamia y de resignación, formado por siglos de embrutecimiento místico. ¿Qué otra cosa podía salir de ahí, sino la iniquidad plebiscitaria del texto ciceroniano?

Pero, un día apareció el hombre necesario, el individuo tan aborrecido por las sectas. La dictadura de Kerenski señaló el fin del gobierno socialista que, para mayor jesuitismo, no daba la cara, operando en la vaguedad impune de las comisiones provisionales. El plan de Estocolmo quedó desbaratado, al no constituir ya una aspiración del gobierno ruso. Irán, pues, a reunirse en aquella ciudad germánica por la raza y por las simpatías, los que debían estar: germanófilos de todo cariz y agentes del emperador de Alemania. La última tentativa de complicidad con la autocracia, habrá fracasado así, revelando nuevamente la impotencia de cosa muerta que el socialismo ya es. El hedor de traición que en todas partes exhala, está revelándolo.

La misma significativa rapidez señala el fracaso de la nota pontificia. Al día siguiente de comunicada, pudo advertirse lo que tendría para ella de mortal la helada cortesía de los gabinetes. Es que todo eso llega a destiempo. El mundo está desengañado y sabe que no hay paz posible, si ha de fundársela en tratados con los responsables de la calamidad. Porque éstos renegaron voluntariamente el honor de su palabra. Ni eso que proponen el Papa y los socialistas — la paz germánica,

pues — es tal paz en modo alguno: antes método de recobro y ventaja asegurada para los imperios agresores que volverían a empezar, tras un breve período de terrorismo pesimista.

Ello, sin contar el fracaso de la democracia en la supermilitarización del mundo, a virtud de una razón que daré para concluir.

La democracia deja cada vez más de interesar al socialismo, porque esta secta colectivista, se halla, a causa de su organización fundamental, más cerca de la autocracia militarista que de la república. Su actitud germanófila me ahorra pruebas.

Ahora bien: la paz germánica, al perpetuar con la supermilitarización que produciría, el actual acaparamiento de todas las fuerzas vivas de la nación en poder del Estado, realizaría el ideal sectario que la república de los derechos del hombre excluye, al ser de suyo la libertad individual sobre la base de la propiedad privada. Esta conquista de las dos grandes revoluciones, americana y francesa, merece el odio irreconciliable de monarcas absolutos, papas y socialistas, así definidos por la misma animadversión, porque todos ellos son agentes del viejo dogma de obediencia cuya perfección social consiste, precisamente, en el colectivismo; al paso que la república individualista planea la civilización futura sobre este principio de Rousseau que hicieron suyo los padres de la constitución americana: a menos gobierno, más libertad.

El mundo viejo que organizaron los déspotas, aprecia la felicidad por la satisfacción de las necesidades materiales: dicha de acémila, que consiste en comer y descansar. Ese es el mundo de los autócratas, los cristianos y los socialistas. El mundo venidero que restablecerá el vínculo de belleza y de bondad con la noble vida

pagana, finca la dicha en las satisfacciones espirituales cuyo disfrute comporta de suyo la prosperidad material. Por tal razón, aquéllo es compatible con la autocracia y con el papado, y esto nó. Ese principio del honor que que los socialistas llaman "prejuicio burgués", el Papa "respeto humano" (por supuesto que con deprimente ironía) y el despotismo alemán "retazo de papel", es, para nosotros los del bando opuesto, una cosa más preciosa que la vida. La paz germánica se definiría por aquellos conceptos cuya identidad revela, mejor que nada, el aire de familia. La que nosotros deseamos para el mundo, estará, como ha dicho Wilson, fundada en el honor.

Bajo este concepto, hay, también, algo más precioso que la paz, y es la libertad que únicamente la asegura; algo más imperioso que el hombre, y es la dignidad; algo más compasible que la miseria, y es la servidumbre. La vida libre, como el oro amonedado, no tiene más precio que ella misma. Comprarla con cualquiera otra especie, es rebajarla de su condición.

Por ello el estoicismo, sublime escuela de libertad, enseñaba, entre muchas otras bellas cosas del alma, la nobleza de morir. Las sectas colectivistas, cuyo propósito es la conservación del siervo para provecho del amo, prescriben, por el contrario, la resignación a la vida indigna: la vida a toda costa, la paz a toda costa, aunque sea bajo el látigo. Así, para el hombre libre, vivir es un arte, según el concepto helénico. Para el sectario de la obediencia, un oficio. Este se satisface con la escudilla común que contiene la hartura de su día. El otro bebe en la copa hermosa que por su mano labró, la miel que encanta la vida, o la cicuta salvadora que la adormece en la eternidad.

INDICE

	Página
Prólogo	5
Partida peligrosa	13
En son de guerra	20
Panorama histórico de la guerra	26
Los puntos críticos del problema	44
La Europa de hierro	55
La Ley del destino	66
La Revista de Spithead	74
Las vísperas trágicas (I)	86
,, ,, ,, (II)	99
,, ,, ,, (III)	111
Victorias belgas	132
La devolución del "Presidente Mitre"	136
En el homenaje a la memoria de Ruben Darío	143
Colaboración en "La Patria degli Italiani"	146
La Calandria (poesía)	147
Tricolor (,,)	150
En una tarjeta postal (poesía)	151
Presentación de los diputados belgas	152
Neutralidad imposible	156
El inmoralismo	173
El americanismo	181
El honor y el interés	191
Nuestro deber	197
Discurso en el Politeama Argentino	213
La canción de Francia	222
Los agentes de la paz germánica	224